



PERSPECTIVA **PSICOSOCIAL** *e Individuación*

Juan Gabriel Carmona Otálvaro

Fundación Universitaria Católica del Norte
Facultad de Humanidades y Ciencias Eclesiásticas
Programa de Psicología
Grupo de Investigación Psicología en lo Virtual
2025



Perspectiva psicosocial e Individuación / Juan Gabriel Carmona Otálvaro. Santa Rosa de Osos: Editorial Católica del Norte Fundación Universitaria. 2025.

81 páginas

ISBN: 978-958-8776-92-7 (Digital)

Palabras clave: Individuación; Información; Metaestabilidad; Política; Psicosocial; Sistema; Transindividual.
Carmona Otálvaro Juan Gabriel

CDD 150

© Fundación Universitaria Católica del Norte

ISBN: 978-958-8776-92-7 (Digital)

Fecha de edición: octubre de 2025

Autor:

Juan Gabriel Carmona Otálvaro

Docente, Programa de Psicología, Facultad de Humanidades y Ciencias Eclesiásticas, Fundación Universitaria Católica del Norte

Edición: Editorial Católica del Norte Fundación Universitaria

Corrección de estilo: Diego Alejandro Pérez Múnera

Diagramación: Angie Paola Londoño Gallego, diseñadora gráfica de la Fundación Universitaria Católica del Norte

Puede reproducirse con fines académicos citando la fuente respectiva.



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0.

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Publicación financiada por Fundación Universitaria Católica del Norte.

El autor es responsable, moral y legalmente, de la información presentada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor; por tanto, no compromete en ningún sentido a la Fundación Universitaria Católica del Norte. Además, declaran la inexistencia de conflictos de interés de cualquier índole con instituciones o asociaciones comerciales.

Fundación Universitaria Católica del Norte // Cibercolegio UCN // Centro Laborem UCN
Carrera 21 No. 34B-07; Santa Rosa de Osos (Antioquia, Colombia)

PBX: (60) (4) 605 15 35

Calle 52 No. 47-42; Medellín, Edificio Coltejer, piso 5 (Antioquia-Colombia)

PBX: (60) (4) 605 15 35

Portal web: www.ucn.edu.co / www.cibercolegioucn.edu.co

Tabla de contenido

Resumen.....	1
Abstract.....	1
Introducción.....	3
1. Perspectiva psicosocial de la relación individuo y sociedad. Estudio histórico-lógico.....	7
1.1 Notas introductorias a lo psicosocial.....	8
1.2 Tradiciones de la relación entre el individuo y la sociedad.....	10
1.2.1 Tradición grupal.....	12
1.2.2 Tradición individual.....	13
1.2.3 Tradición institucional.....	15
1.2.4 Tradición lewiniana.....	18
1.2.5 Tradición histórico-cultural.....	20
1.3 Contexto Simondoniano.....	23
2. Lo psicosocial como unidad sistémica procesual transindividual.....	26
2.1 Importancia del concepto sistema en la relación entre individuo y colectivo.....	28
2.2 Sistema individuo-colectivo: individuo psicosocial.....	32
2.3 Transducción en el sistema individuo-colectivo.....	37
3. Lugar de la información en el proceso de configuración del individuo psicosocial.....	39
3.1 Transducción de información en un sistema metaestable.....	43
3.2 Amplificación de la información: transducción, modulación y organización.....	45
4. Implicaciones psicosociales teórico-prácticas.....	47
4.1 La política y lo político.....	48
4.2 Individuación psíquico-colectiva y la/lo polític@.....	50
4.3 Transindividualidad de la/lo polític@.....	52
4.4 Formación política de la tecnicidad.....	54
4.5 Características de un fenómeno psicosocial.....	59
4.5.1 Fenómeno psicosocial y democracia.....	59
4.6 Dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial.....	62
4.6.1 Reciprocidad informacional.....	62
4.6.2 Devenir sistémico.....	63
4.6.3 Potencial y disparidad informacional.....	65
4.6.4 Acción (resolución de problemas).....	66
5. Conclusiones.....	69
6. Colofón.....	75
Referencias.....	77

Lista de figuras

Figura 1 Sistema psicosocial.....	75
--	----

Resumen

Esta investigación tiene por objetivo fundamentar una perspectiva psicosocial de la relación entre el individuo y el colectivo, tomando como fuente principal las elaboraciones del filósofo y psicólogo francés Gilbert Simondon sobre la individuación psíquico-colectiva, o transindividual, la cual se presenta en su tesis doctoral primaria: *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información* (2009, 2015a). Se sostiene la siguiente tesis como producto de la fundamentación elaborada: lo psicosocial es una unidad sistémica procesual, de carácter transindividual. Para lograr la fundamentación y la tesis propuesta, se formularon cuatro objetivos específicos, desarrollados en cada capítulo: 1. Describir algunas tradiciones psicosociales que establecen una relación entre el individuo y la sociedad; 2. Comprender el papel de las tradiciones relacionales o procesuales en la construcción de una perspectiva psicosocial con ese carácter; 3. Establecer el lugar del concepto información en la perspectiva psicosocial, y 4. Formular algunas implicaciones psicosociales teórico-prácticas en un entorno político.

Se recurre a este autor, bajo un enfoque hermenéutico de sus principales obras (las dos tesis doctorales: *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, y *El modo de existencia de los objetos técnicos*) porque trae de nuevo el concepto de individuación, no para sustancializar al individuo, sino para hacer énfasis en el proceso, en la reciprocidad de las relaciones entre los elementos de un sistema que hace posible la emergencia de una perspectiva psicosocial como unidad sistémica procesual, de carácter transindividual.

La perspectiva psicosocial configurada se nutre, a su vez, del lugar que ocupa el concepto información –energía amplificante en el tiempo y el espacio– como dimensión organizadora de las incompatibilidades que el propio sistema no ha resuelto: en este sentido, es sustento de la individuación psíquica y colectiva, en un entorno o sistema psicosocial. Tal fundamentación aporta al debate epistemológico en ciencias sociales y humanas sobre la relación entre la naturaleza y la cultura, el sujeto y el objeto, así como entre lo individual y lo colectivo. El abordaje propuesto deriva en la formulación de implicaciones teórico-prácticas y en una serie de dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial como expresión sistémica procesual, transindividual, relativo a lo político en el que la invención colectiva se alza como característica del ordenamiento de los sistemas sociales. Con este fin, se propone una breve reflexión sobre la mentalidad democrática, asociada a la mentalidad técnica como horizonte común de acción, a propósito de un fenómeno que destaca la reciprocidad de la relación del sujeto y el colectivo, y ha sido causa de gran interés socio-político: el movimiento social denominado Paro Nacional en el año 2021 en Colombia.

Palabras clave: Individuación; Información; Metaestabilidad; Política; Psicosocial; Sistema; Transindividual.

Abstract

This research aims to substantiate a psychosocial perspective of the relationship between the individual and the collective taking as its main source the elaborations of the French philosopher and psychologist Gilbert Simondon on the psychic-collective, or transindividual, individuation, which is presented in his primary doctoral thesis: *Individuation in the light of the notions of form and information* (2009, 2015a). The following thesis is sustained as a product of the elaborated substantiation: the psychosocial is a processual systemic unit, transindividual in character. To achieve the foundation and the proposed thesis, four specific objectives were formulated, developed in each chapter: 1. to describe some psychosocial traditions that establish a relationship between the individual and society; 2. to understand the role of relational or processual traditions in the construction of a psychosocial perspective with that character; 3. to establish the place of the concept of information in the psychosocial perspective; and 4. to formulate some theoretical-practical psychosocial implications in a political environment.

We turn to this author, under a hermeneutic approach of his main works (the two doctoral theses: *The individuation in the light of the notions of form and information*, and *The mode of existence of technical objects*) because he brings back the concept of individuation, not to substantialize the individual, but to

emphasize the process, the reciprocity of the relations between the elements of a system that makes possible the emergence of a psychosocial perspective as a processual systemic unit, of transindividual character.

The configured psychosocial perspective is nourished, in turn, by the place occupied by the concept of information - amplifying energy in time and space - as an organizing dimension of the incompatibilities that the system itself has not resolved: in this sense it is the support of psychic and collective individuation, in a psychosocial environment or system. Such a foundation contributes to the epistemological debate in social and human sciences on the relationship between nature and culture, subject and object, as well as between the individual and the collective. The proposed approach derives in the formulation of theoretical-practical implications and in a series of ordering dimensions of a psychosocial phenomenon as a processual systemic expression, transindividual, related to the political in which collective invention rises as a characteristic of the ordering of social systems. To this end, a brief reflection on the democratic mentality, associated with the technical mentality as a common horizon of action, is proposed in relation to a phenomenon that highlights the reciprocity of the relationship between the subject and the collective, and has been the cause of great socio-political interest: the social movement called National Strike in the year 2021 in Colombia.

Key words: Individuation; Information; Meta-stability; Politics; Psychosocial; System; Transindividual.

El individuo no es ni sustancia ni simple parte
de lo colectivo: lo colectivo interviene como resolución
de la problemática individual, lo que significa que la base
de la realidad colectiva está ya parcialmente contenida en el
individuo, bajo la forma de la realidad preindividual que
permanece asociada a la realidad individuada.
(Simondon, 2015c, p. 17)

La investigación que aquí se presenta es el producto de una serie de influencias; entre ellas, una inquietud que surgió en los primeros momentos de la formación de pregrado en Psicología. Finalizando los años 90 del siglo anterior, se hizo acuciante el interrogante por el modo de constitución del ser humano a partir de la integración de las dimensiones que tradicionalmente lo han caracterizado: una psicológica, individual, y una social, colectiva. La inquietud se centraba en saber de qué modo llegamos a ser quienes somos. Rápidamente se me presentó la idea según la cual esa pregunta obedecía a uno de los principales problemas que alentaba la investigación en las ciencias humanas y sociales, y por ese hecho, la respuesta aparecía dispersa en las diversas aproximaciones que las diferentes disciplinas de esa familia de ciencias tenían a bien concebir.

El psicoanálisis lacaniano me permitió cultivar ese inicial interés desde el punto de vista de las operaciones que fundan el sujeto (Cf. Lacan, 2003), pero no satisfacía la añoranza de una respuesta integral en la medida que el sujeto solo era concebido entre los límites dispuestos por el lenguaje. Las operaciones *alienación y separación*, como constitutivas del sujeto, las hallé relacionadas con el movimiento *analítico y sintético*, en el marco del proceso de individuación propuesto por Jung para dar cuenta de la configuración del individuo psicológico (Cf. Stein, 2006), y con la individuación del ser humano propuesta por E. Fromm; individuación que apela al desarrollo filo y ontogenético, y cultural del ser humano en pos de la configuración de la identidad y autonomía del mismo (Cf. Basabe, 1974).

El grupo de investigación *El método analítico y sus aplicaciones en las ciencias sociales y humanas* (Grupo de investigación interinstitucional. Universidad EAFIT-Universidad de Antioquia) produjo una serie de acercamientos a ese interrogante, proporcionándome una visión holístico-estructural de la conformación del psiquismo, del alma, como objeto de estudio de la psicología. Para este grupo el proceso de constitución del alma debe ser pensado desde tres vertientes: la estructuración, la estructura y los efectos de la estructura resultante. La estructuración alude a los procesos arriba mencionados por el psicoanálisis: la alienación y la separación; la estructura presenta al alma o el psiquismo como el resultado de la estructuración, y los efectos están referidos al comportamiento, a las emociones, a los procesos de pensamiento que lleva a cabo la estructura (Cf. Lopera Echavarría et al., 2010).

Teniendo como referente una posición holística, aprendí que la psicología se encarga de generar conocimiento, métodos de investigación y propuestas de intervención que favorezcan el campo de estudio relativo a la configuración del psiquismo. En otros términos, desde el inicio de mi formación en psicología me ha asistido una preocupación por las perspectivas explicativas que tratan de dilucidar de un modo amplio la pregunta por el cómo, por los procesos que nos permiten ser lo que somos.

En el 2017 ingreso al Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia animado por una de las líneas del mencionado grupo de investigación: entornos de individuación psíquica y colectiva; línea coordinada por la doctora Lina Marcela Gil, a través de quien descubro que Gilbert Simondon ofrece una mirada novedosa sobre ese interrogante que me cautivó desde mis primeros años de estudio universitario.

Bajo la dirección de la doctora Lina Marcela Gil empecé a diseñar un proyecto de investigación bajo la premisa de que las ciencias sociales y humanas no poseían una posición convergente respecto de la relación entre el individuo y el colectivo; relación que justifica el apelativo *psicosocial*, el cual es usado para comprender la diversidad de fenómenos a los que se ha dedicado el conjunto de disciplinas que hacen parte de esa familia de ciencias, como para justificar la labor de los profesionales que en ella se inscriben.

Acompañado de los debates en grupos de trabajo con estudiantes de la Universidad de Antioquia, y de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá, y de la participación en un proyecto de investigación dedicado a la individuación en procesos formativos, fue tomando forma el problema mencionado. De allí surgieron publicaciones, ponencias, que el lector de esta investigación podrá ver reflejadas en los capítulos (estudios) que constituyen esta elaboración.

Este panorama se convirtió en el punto de anclaje para formular una propuesta original que tuviese la posibilidad de ofrecer un renovado conocimiento sobre la dimensión psicosocial en las ciencias humanas y sociales colombianas y, a tono con esta idea, se formuló el objetivo general de fundamentar una perspectiva psicosocial aplicable en el marco de las ciencias humanas y sociales que permitiese una mayor comprensión de la relación individuo y colectivo y, en consecuencia, avizorar alternativas para el abordaje práctico de los fenómenos con ese carácter psicosocial. Para el logro de este objetivo, esta investigación se sirvió del pensamiento simondoniano relativo al proceso de individuación psíquica y colectiva, y del concepto

información como base para fundamentar la perspectiva psicosocial mencionada¹.

El logro de ese objetivo se justifica con la finalidad de ofrecer un poco más de consistencia al concepto psicosocial. El recurso constante a ese término por parte de los profesionales adscritos a las ciencias humanas y sociales para justificar su labor, la multiplicidad de miradas a través de las cuales se ausculta un fenómeno psicosocial, amerita el esfuerzo de integrarlas desde un lugar acorde con la realidad sistémica del mismo. De este modo, se enriquece conceptualmente esa dimensión transversal para esa clase de ciencias, y se introduce la posibilidad de su abordaje práctico a partir de la comprensión sobre la configuración de los fenómenos que hacen parte de ella.

Para llevar a cabo lo propuesto, la metodología usada en esta investigación puede describirse del siguiente modo: en relación con la profundidad alcanzada, esta puede caracterizarse como un estudio de tipo hermenéutico (Ramírez Gómez et al., 2017), ya que su objetivo es fundamentar una perspectiva psicosocial de la relación entre el individuo y el colectivo a partir de un ejercicio de interpretación de la misma. En otros términos, esta fundamentación se basa en un sistema conjetural a partir de la presentación de una serie de tesis que soportan cada uno de los capítulos que conforman esta investigación, otorgando así nueva vida a la relación entre el individuo y el colectivo y, en consecuencia, al término psicosocial:

La interpretación se define como *una conjetura sobre el sentido de un discurso* (hablado, escrito, pintado, esculpido, escenificado, vivido, encarnado, gesticulado, entre otras formas de expresión) y se corrobora mediante un examen de su *consistencia y eficacia*. La consistencia indaga si la interpretación (conjetura) es coherente y no contradictoria con el discurso sobre el que se ejerce y con el horizonte aceptado de conocimientos (...); y la eficacia explora los efectos de la conjetura al ser contrastada en una experiencia *discursiva* (discursos, interpretaciones, teorías de otros o del mismo autor) o en una experiencia *empírica* (modos de vida, acciones, costumbres, políticas). Si la interpretación cumple ambos criterios (consistencia y eficacia), decimos que es válida. (Lopera Echavarría, 2012, p. 64)

De acuerdo con el trabajo interpretativo que caracteriza los estudios cualitativos, no es posible pensar los hechos de la realidad del mundo, incluida en ella la del ser humano, sin el recurso que ofrece la interpretación hermenéutica (Mardones, 2012).

Para el trabajo interpretativo se tomó como referentes primarios las principales obras de Gilbert Simondon, en particular su tesis doctoral principal, *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información* (2009; 2015a), la cual fue traducida al idioma español por la editorial Cactus, y fuentes secundarias relativas a documentos de todo tipo como artículos de revista, capítulos de libro, páginas web, entre otros, que poseen relación con el tema de la investigación, la fundamentación de una perspectiva psicosocial teniendo como referente el proceso de individuación psíquico-colectiva elaborado por Gilbert Simondon.

Con respecto al tratamiento de la información, la investigación se caracteriza como un estudio cualitativo, ya que produce datos descriptivos en el estudio del fenómeno o temática a indagar, con la finalidad de entenderlos en un contexto particular (Quecedo & Castaño, 2003); para esta investigación, se trató de otorgar validez a las conjeturas planteadas sobre la perspectiva psicosocial, contrastándolas con el fenómeno relativo al Paro Nacional desarrollado en el 2021; contexto fenoménico en el que las relaciones sociales de los individuos se soportan en una pluralización de los mundos vitales, la individualización de las maneras de vivir,

¹Se eligió el término *perspectiva* por cuanto esta investigación presenta una mirada, un punto de vista, ajustado a la realidad sistémica que en la actualidad abordan las ciencias en general. No posee las dimensiones de un enfoque dado que este implica un modelo conceptual delimitado, un método de investigación, y un conjunto de procedimientos de intervención derivados del modelo teórico y del método de investigación.

No se apeló al término *biopsicosocial*, dado el carácter general que presenta el uso del término psicosocial, y por cuanto la individualidad psicológica reúne, comprendiéndolos, los dominios físico y biológico. En la medida que la realidad biológica es anterior a la realidad psicológica, esta última reasume el dinamismo biológico tras haberse descentrado con relación a él: El desvío psicológico no es un abandono de la vida, sino un acto mediante el cual la realidad psicológica se excentra con relación a la realidad biológica, a fin de poder captar en su problemática la relación entre el mundo y el yo, entre lo físico y lo vital. (Simondon, 2015a, p. 413). De acuerdo con este argumento puede plantearse que la realidad psicosocial comprende a la realidad biológica y psicológica; no las anula, las integra propiciando un renovado dinamismo entre ellas, pero ahora integrando el dinamismo lógico propio de la realidad colectiva.

lo cual introduce un margen de indeterminación importante de manera individual y colectiva, aprovechado para el estudio cualitativo y sistémico de los fenómenos humanos (Flick, 2007).

El diseño se presenta como una investigación documental (Galeano Marín, 2012; Monje, 2011) en el que el análisis crítico de información relevante dio lugar a la producción de nuevo conocimiento dada su transformación y actualización (Uribe, 2011). Por eso, la investigación recurre en primer lugar a los conceptos, al valor de la teoría para comprenderla desde los enlaces que hace el propio autor de referencia, es decir, a un proceso que puede llamarse exegético, de lectura cuidadosa de las fuentes, a partir de una tesis inicial que se transformó en el camino de la investigación; así, lo que las fuentes dicen en su contexto, se amplía para entender, criticar y contrastar, para interpretar el tema en su dimensión de problema y ver qué nos dice en nuestro presente. Por estas razones la investigación no se limita a un nivel monográfico de exploración de material bibliográfico dentro de las obras de referencia, pues busca generar conocimiento con criterios de consistencia y eficacia, es decir, elaborados con solidez teórica y con fuerza interpretativa para un fenómeno contemporáneo, lo cual constituyó un desafío para comprender y avizorar una transformación de la realidad desde una perspectiva psicosocial, entendida como una unidad sistémica procesual.

Este planteamiento autoriza la denominación *investigación teórica*, pues a partir de la actividad consistente en analizar, construir, reconstruir, realizar elaboraciones críticas de los cuerpos teóricos relativos a la individuación y su relación con la perspectiva psicosocial que fundamenta esta investigación, se logró la gestación de un novedoso conocimiento. Este último se produjo gracias a la labor de organización, crítica y producción teórica de la dimensión psicosocial que se deslinda del proceso de individuación propuesto por Simondon, a partir de su conjunción en un sistema conceptual coherente. Es por ello que la novedad consiste en hacer explícito el tejido entre el concepto de información y lo psicosocial que no es visible o expedito para un investigador; en el entrelazamiento con otras tradiciones psicosociales, desde una perspectiva crítica; en la posibilidad de anticipar implicaciones teóricas y prácticas, a partir de un fenómeno concreto; y en la formulación de una renovada definición del concepto *psicosocial*, del concepto *información*, y de la explicitación de algunas dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial. De este modo se multiplican los ámbitos de interés académico y hallan nuevas posibilidades de aplicación, adecuadamente fundamentadas, y de suficiente alcance (Barahona Quesada, 2013; Cf. Appleby et al., 2019).

Esta tesis doctoral es de alcance medio -o intermedio en palabras de Merton (1980)-; consiste en ir y volver a las tradiciones para construir una perspectiva propia y trazar unos criterios desde los cuales leer un fenómeno psicosocial: identificar tensiones (básicamente informacionales), comprender sus mecanismos y proponer vías de resolución. La tesis procura un enlace entre lo general (sistema, proceso, transindividuación) y un fenómeno concreto, que puede preparar a futuro un trabajo empírico, con otro alcance (Merton, 1980).

La sistematización y análisis de información se realizó con base en dos matrices: en la primera, la información recolectada se analizó mediante una grilla consistente en cuatro entradas por cada material de consulta: concepto (categoría), extracto del material consultado, página y comentario. Esta matriz se utilizó para comprender el tratamiento de las categorías de análisis (Individuación, psicosocial, información, fenómeno psicosocial, entre otras) en las fuentes primarias y secundarias. La segunda matriz permitió ordenar los comentarios de la primera de acuerdo con los objetivos específicos de la investigación, de los cuales surgieron las categorías de análisis. Para lograr la fundamentación de la perspectiva psicosocial, y la tesis propuesta (lo psicosocial es una unidad sistémica procesual, de carácter transindividual), se formularon cuatro objetivos específicos, desarrollados en cada capítulo: 1. Describir las tradiciones psicosociales que establecen una relación entre el individuo y la sociedad; 2. Comprender el papel de las tradiciones relacionales o procesuales en la construcción de una perspectiva psicosocial con ese carácter; 3. Establecer el lugar del concepto información en la perspectiva psicosocial, y 4. Formular algunas implicaciones psicosociales teórico-prácticas en un entorno político. Siguiendo esta modalidad operativa fue posible alcanzar el objetivo general de acuerdo con la lógica interpretativa descrita.

Si se describe la metodología de acuerdo con el modelo de fases que Hoyos (2000) ofrece para los trabajos de investigación cualitativa de carácter hermenéutico, puede plantearse que esta investigación contó con las siguientes fases: preparatoria, descriptiva, interpretativa, de construcción teórica, y de extensión y publicación.

La fase preparatoria ofrece un constructo teórico y metodológico inicial, se plantean los objetivos y las categorías como hipótesis de trabajo, puesto que para este momento solo constituyen un esquema inicial que puede modificarse de acuerdo con la lógica interna que adopte este estudio. Para el caso de esta investigación

se apeló al concepto de tradición para salvar el problema relativo al planteamiento de antecedentes sobre la perspectiva psicosocial que se fundamentó, y se establecieron como categorías de análisis las siguientes: tradiciones psicosociales de la relación entre el individuo y la sociedad, Lo psicosocial como sistema procesual, Información como medio para la configuración de un sistema, y finalmente, Implicaciones psicosociales teórico-prácticas en un entorno político.

Durante la fase descriptiva se produce la recolección de información y su análisis; también, comprende la búsqueda de material bibliográfico en las distintas fuentes disponibles, lo cual permite reconocer las concepciones sobre el tema de investigación, de acuerdo con las categorías de análisis planteadas. En este caso, y como ya se indicó, para la recolección y análisis de la información se utilizaron matrices para formalizar el análisis derivado de cada categoría.

La fase interpretativa consiste en llevar a cabo el proceder hermenéutico en torno a cada categoría y las relaciones entre ellas; es decir, en la interpretación de las concepciones, tesis o propuestas que se hallan en las fuentes consultadas, como de las elaboraciones que surgen en esta misma fase. A partir del trabajo de análisis de la información, en la fase de construcción teórica se establecen relaciones y se pone a prueba la consistencia argumentativa de las tesis planteadas en cada capítulo, con la finalidad de sostener la tesis central de la investigación que adopta la forma de una construcción teórica particular.

La fase interpretativa y de construcción teórica, derivó en el establecimiento de la tesis principal, y las tesis que soportan cada capítulo, que a su vez son argumentos para sustentarla, pues a través de ellas fue posible formalizar ciertos conceptos, como el de psicosocial, fenómeno psicosocial, información, centrales para el logro del objetivo general de este trabajo. Por último, la fase de extensión y publicación consiste en dar a conocer los resultados del proceso investigativo².

De este modo de proceder surgieron cuatro estudios (capítulos) que se ordenan a partir de las tesis que sustentan, de la siguiente manera:

La tesis principal que sostiene este trabajo invita a considerar *Lo psicosocial como una unidad sistémica procesual de carácter transindividual*. Para soportar esta tesis, el primer capítulo (estudio), denominado *Perspectiva psicosocial de la relación individuo y sociedad*, aporta a la comprensión de la relación entre individuo y sociedad a partir de un derrotero histórico-lógico. A manera de tesis, sostiene que el concepto psicosocial ha sido objeto de diversas transformaciones desde el punto de vista de las tradiciones que realizan un abordaje del individuo y la sociedad, las cuales inician con la égida del individuo sobre el grupo, y viceversa, y terminan a la fecha con una posición procesual, relacional por excelencia, que le otorga un mayor asidero teórico a la tesis principal que soporta la perspectiva psicosocial desarrollada, y que en este primer capítulo adopta la forma de una unidad sistémica procesual en devenir.

El segundo capítulo, *Lo psicosocial como unidad sistémica procesual*, desarrolla la perspectiva psicosocial que la investigación pretende sustentar, puesto que sostiene que una perspectiva psicosocial debe ser definida como unidad sistémica procesual, de carácter transindividual. Definida de ese modo, esta perspectiva permite comprender e intervenir la tensión inherente a los fenómenos que emergen en el sistema individuo-colectivo, favoreciendo el despliegue de los potenciales informacionales del mismo. Tal definición se soporta en la dimensión transindividual de la individuación psíquico-colectiva, y en la operación transductiva de información que ofrece Simondon.

²En el IV Coloquio Internacional Gilbert Simondon, *Individuación, formación y tecnología*, realizado en Medellín del 5 al 7 de noviembre de 2019, se presentaron los avances de esta investigación con la ponencia titulada: *Lugar de la noción información en el proceso ontogenético de la individuación psíquico-colectiva*. Previo al evento se participó de manera activa, de febrero a octubre de 2019, en el Hauptseminar, «Seminario alto» o especializado: *La validez, el problema del método para o en el estudio de la individuación psíquica, técnica*, en alianza con la Universidad de Antioquia, la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá y la Universidad Industrial de Santander. También, se presentaron avances en el Seminario intensivo *Fenomenología y psicología de la individuación: la fantasía* (Organizado por el grupo Filosofía y enseñanza de la filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional del 20 al 23 de junio de 2018), con dos ponencias: *El lugar de la percepción en las propuestas de Husserl y Simondon*, y *Sistemas sociales y psíquicos. Relación entre Niklas Luhmann y Gilbert Simondon*. Todos estos productos se encuentran publicados como capítulos de libro: Cf. Carmona, 2019, 2020; Carmona & Perea, 2019.

El tercer capítulo, el cual lleva por nombre *Lugar de la información en el proceso de configuración del individuo psicosocial*, ofrece a la perspectiva psicosocial descrita un piso conceptual más sólido, puesto que un sistema psicosocial como unidad sistémica procesual de carácter transindividual se configura con la energía amplificante en el tiempo y el espacio, es decir, con la información que se transfiere entre los subconjuntos o elementos que hacen parte de un sistema. La información, descrita de este modo, tiene la propiedad de configurar y reconfigurar el sistema que se trate con la finalidad de favorecer la emergencia de un equilibrio metaestable.

El cuarto y último capítulo, *Implicaciones psicosociales teórico-prácticas*, como su nombre lo indica, ofrece la oportunidad de observar la utilidad de la perspectiva psicosocial desarrollada, por medio de la lectura operacional de los fenómenos psicosociales como expresiones sistémicas de naturaleza esencialmente informacional. Así, este estudio ofrece una elaboración conceptual de una dimensión en la que la participación individual y colectiva motiva el ordenamiento de un sistema psicosocial en devenir: lo político. También lo hace a través de una serie de dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial que haría posible que cualquier científico social pudiese no solo comprender el fenómeno, sino también avizorar la manera de intervenirlo. Para ejemplificar la propuesta se recurrió al movimiento social colombiano denominado Paro Nacional, en el año 2021.

Para finalizar, es importante resaltar que esta investigación se apoya en una serie de reflexiones epistemológicas que amparan la propuesta desarrollada en cada uno de los capítulos que la componen.

1. Perspectiva psicosocial de la relación individuo y sociedad. Estudio histórico-lógico

La esencia de lo psicosocial es relacional. Se cifra en un conjunto de procesos que se producen como consecuencia de las relaciones que se establecen entre las propiedades de los individuos y los fenómenos sociales. (Blanco, 1995, p. 270)

En el marco de la reflexión sobre los nexos entre el individuo y la sociedad o, desde una mirada disciplinar, entre la psicología y la sociología, este primer estudio (capítulo) pretende aportar a la comprensión de la relación entre sociedad e individuo a partir de un derrotero histórico-lógico. Esto último significa que a partir de una serie de tradiciones conceptuales que abordan la relación del individuo y el colectivo, iniciando por una posición individualista alrededor del siglo XVII, se tejen variados modos de concebir la relación entre el individuo y la sociedad hasta la consideración de un abordaje procesual, relacional, cimentado en el siglo XX. Precisamente, una postura relacional, basada en los procesos que permiten la imbricación entre el individuo y el colectivo, otorgan una base sólida para fundamentar la perspectiva psicosocial que ofrece este trabajo como unidad sistémica procesual de carácter transindividual.

Este derrotero permite, a su vez, precisar el modo de participación en el entramado conceptual de la relación entre el individuo y el colectivo por parte de Simondon, quien ofrece un punto de vista en el que las relaciones y los procesos en un sistema operan a partir de la información³. Se considera esta propuesta debido a las implicaciones tanto prácticas como teóricas de las mismas, porque innovan la forma de comprender la relación entre esas disciplinas, la cual perdió especificidad en el siglo XX debido a la búsqueda de un objeto de estudio que las definiera de manera separada (Heredia, 2015).

Este estudio sostiene a la manera de tesis que el concepto *Psicosocial* tradicionalmente ha sido usado para dar cuenta de la relación entre el individuo y la sociedad desde enfoques interrelacionados que resaltan la preeminencia del grupo social sobre el individuo o viceversa; ha sido usado para dar cuenta de la relación entre

³El lugar y la función del concepto *información* se desarrolla con más detalle en el capítulo 3 de este trabajo.

ambas entidades, individuo y sociedad, desde la égida del símbolo, del discurso, como representantes de la realidad y, en este sentido, como componentes epistemológicos primarios de las ciencias humanas y sociales; por último, el concepto psicosocial ha sido usado desde una mirada procesual que trasciende la postura sustancialista que introdujo la división entre sujeto y objeto haciendo de éstos entidades separadas; división que se evidencia en la pareja individuo y sociedad. Bajo una mirada procesual, lo psicosocial hace de la pareja individuo sociedad una unidad sistémica en devenir. Este último punto de vista favorece la fundamentación de una perspectiva psicosocial de carácter transindividual acorde con la lógica u ordenamiento de los sistemas que se suceden unos a otros en términos de complejidad creciente gracias a los procesos que permiten su configuración⁴.

1.1 Notas introductorias a lo psicosocial

Tradicionalmente, el término psicosocial ha resultado equívoco porque da cuenta de dos instancias que pierden identidad para ser integradas en una nueva forma conceptual (Díaz & Díaz Arboleda, 2015). En el marco general de las ciencias humanas y sociales, alude a una perspectiva para comprender e intervenir la realidad sin reducirla a procesos psíquicos o sociales, los cuales resultan excluyentes entre sí de acuerdo con el rasero epistemológico con el que se lo mire. Así, por ejemplo, lo psicosocial haría referencia a una condición emergente del contacto entre lo psicológico y lo social, relativa al significado, al sentido subjetivo que los sujetos realizan de las acciones en un grupo social determinado. Esto se produciría gracias a la interacción entre seres humanos sobre los objetos de su realidad social (Díaz & Díaz Arboleda, 2015; González Rey, 2015). No obstante, aun cuando en esta descripción se hace referencia a una condición emergente, los componentes psicológico y social continúan separados puesto que no se deja de considerar los procesos psicológicos desde una mirada subjetiva y los procesos sociales que favorecen las relaciones entre los seres humanos de manera objetiva, es decir, a partir de la oposición que separa el sujeto y la lógica de la dinámica grupal.

Desde otro lugar, el término psicosocial alude a una categoría transdisciplinar en el sentido de ser alimentada por experiencias y teorías de disciplinas que hacen parte de las ciencias humanas y sociales como la psicología, la sociología, la antropología, la pedagogía, las ciencias políticas y económicas, entre otras, puesto que el término psicosocial no podría ser auscultado bajo una sola perspectiva (Moreno & Moncayo, 2015). Cabe decir que esta mirada transdisciplinar solo agrupa a las disciplinas que conforman la familia de las ciencias sociales y humanas, y no recurre a la elaboración de una perspectiva psicosocial en la que disciplinas de otras familias de ciencias, fisicoquímicas, por ejemplo, entablen relación con aquellas que hacen parte de las ciencias humanas.

Bajo aquella mirada transdisciplinar, lo psicosocial se reflejaría en “una forma particular de analizar las problemáticas humanas y los fenómenos sociales y su objeto de análisis [serían] las interacciones humanas en el medio social” (Moreno Carmona & Bohórquez Marín, 2015, p. 68) con el propósito de favorecer el desarrollo humano. Esa forma particular dependería de la disciplina humana y social que se proponga entablar una relación entre el ser humano y su ambiente social puesto que no existe una teoría de lo psicosocial que formule los principios teóricos unificados que le otorguen consistencia a esa noción, esto a pesar de que los profesionales de las ciencias sociales y humanas hacen un uso de la palabra para justificar sus intervenciones (Moreno Carmona & Bohórquez Marín, 2015).

Otras posturas explicitan el paradigma epistemológico desde el cual hacen una lectura de lo psicosocial, lo cual trae aparejado una forma particular de concebir al ser humano y la realidad en la que se inscribe. Si lo psicosocial se entiende como la acción humana que posibilita el cambio o transformación del individuo y la sociedad, lo psíquico y lo social, en el marco de las ciencias sociales y humanas, y desde los presupuestos del

⁴Esta tesis se soporta en el enunciado simondoniano relativo a las implicaciones del concepto fase que este autor toma de la física (véase nota n° 25). De este modo puede enunciarse que el estudio histórico-lógico que aquí se ofrece, concretamente en el apartado 1.2 (*Tradiciones de la relación entre el individuo y la sociedad*), representa el modo como el pensamiento que nutre el concepto psicosocial se organiza por un sistema de fases en las que una resulta del compromiso con la anterior. De este modo, la sucesión de tradiciones alrededor del concepto *psicosocial* da cuenta de que la posición de Simondon, la cual sirve a este trabajo para fundamentar una perspectiva psicosocial, es posible gracias a las mismas, resultando así un sistema teórico que se equilibra gracias a las tensiones recíprocas entre ellas.

paradigma de la teoría crítica como el marco que soporta los desarrollos teórico-prácticos de las disciplinas agrupadas en ese tipo de ciencias, entonces deberá asumirse que la realidad del ser humano es una construcción simbólica mediada por las relaciones entre los sujetos en un momento histórico y cultural determinado (Moreno & Moncayo, 2015).

Muchos son los lugares desde los cuales ha sido abordado el término psicosocial, como se puede apreciar. Aparentemente no ofrece dificultad alguna la concepción relativa a considerar que esta noción, lo psicosocial, pertenece decididamente al campo de la familia de ciencias sociales y humanas; de ahí que se pueda sostener que paradigmas como la teoría crítica, amparada por modelos como el interaccionismo simbólico, el constructivismo, la hermenéutica, constituirían el modo más representativo de concebir al ser humano y los colectivos con los que interactúa, y de este modo, dar forma al calificativo psicosocial.

Esa ineludible relación entre el individuo y el colectivo, como puede verse, bien podría agruparse bajo miradas de conjunto por medio de paradigmas epistemológicos como la teoría crítica, el constructivismo, el positivismo y postpositivismo (Guba & Lincoln, 2002) que, a través de modelos de pensamiento proponen una forma particular de comprender y abordar la realidad y los fenómenos subjetivos y sociales que ocurren en el marco de esta. Este no es el objetivo de este estudio, puesto que constituiría una investigación en sí misma; sin embargo, como se podrá notar, de algún modo se hará alusión a esta forma de encarar la realidad y sus fenómenos; en particular, para comprender la apuesta conceptual que lleva a cabo este trabajo que, bajo la influencia del pensamiento de Gilbert Simondon, se alinea a una posición naturalista, para fundamentar la perspectiva psicosocial que pretende esta investigación⁵.

Amparado en una filosofía naturalista a partir de la cual se concibe el ser en devenir, Simondon ofrece una alternativa para fundamentar una perspectiva psicosocial a partir del proceso de configuración del individuo psíquico y colectivo, el cual permite la emergencia de los fenómenos psíquico-colectivos. De igual modo, abre el camino para pensar y abordar la realidad psíquico-colectiva, psicosocial; realidad en la que, tanto el individuo psicológico como el individuo colectivo, se configuran como una unidad sistémica procesual de carácter transindividual.

El resumen que Simondon hace de su primera tesis doctoral, *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, se presenta como un primer acercamiento al marco de pensamiento que permite observar lo psicosocial como se describió en el anterior párrafo:

El conocimiento de la individuación ha sido obstaculizado por la pregnancia del esquema hilemórfico, de origen tecnológico pero que contiene implicaciones sociales que han contribuido a mantener en él una zona oscura central. Modelo de pensamiento relacional en tanto dualista desde su punto de partida, el esquema hilemórfico debe ser repensado y definido según un principio de investigación que evite a la vez el dualismo y el monismo, considerando a la individuación como una operación condicionada por un estado del sistema previo. Este estado de sistema, ignorado por los antiguos o, mejor dicho, olvidado luego de haber sido sentido por los fisiólogos jónicos en la doctrina de la *physis*, es el del equilibrio metaestable, diferente de la estabilidad y de la inestabilidad por ser un estado rico en potenciales y que puede ser pensado como un todo dado en el instante, simultáneo en relación consigo mismo. Un pensamiento profundo de la metaestabilidad como condición de la individuación obliga a rechazar el principio del tercero excluido y la lógica de la identidad; el ser completo, es decir el ser preindividual, es más que unidad y más que identidad, es más que sí mismo. La lógica del tercero excluido y de la identidad es una lógica del estado estable, no puede intervenir más que después de la individuación que capta no el ser completo sino un ser agotado, desfasado en relación

⁵ El proyecto simondoniano puede ser entendido desde una filosofía realista, más aún, desde una fenomenología realista, según la tesis de Vargas (2019). Su obra se orienta a un estudio del ente (*modus essendi*) y del conocimiento sobre el modo de conocerlo (*modus cognoscendi*), a través de una axiología. El énfasis está en la naturaleza más que en el sentido porque se ocupa de la ontogénesis de las fases del ser desde un soporte material que lo conduce a un continuo diálogo con las ciencias, en especial la cibernética que toma en su propuesta la vía de la allagmática: transformación de estructuras, de procesos de información, en operaciones; como dice Bardin (2015e): la teoría de la naturaleza de Simondon estaba suspendida entre el rechazo de lo que consideraba una filosofía del sujeto (fenomenología) y la denuncia del reduccionismo que suponía lo que consideraba una filosofía del objeto (positivismo). Es un realismo epistemológico de las estructuras y de las operaciones, esto es, de los procesos de individuación, mediante una ciencia analítica y una ciencia analógica, que abandona el camino del sujeto trascendental, pero no la fenomenología en cuanto método.

consigo mismo, que es el ser individuado como individuo. El único método adecuado para la individuación es un proceso genético y analógico que acompaña por la individuación del pensamiento la individuación del ser, captando al ser antes de todo desdoblamiento, en su centro activo, centro a partir del cual se desdobra y desfasa. Este método es aplicado, en primer lugar, al nivel físico de la individuación, con el estudio de la génesis de la estructura cristalina y la investigación de la individualidad de la partícula, para captar desde esta perspectiva la noción de complementariedad. Luego es aplicado a los niveles de la individuación de los seres vivientes, según los tres grados sucesivos de la individuación vital, de la individuación psíquica y de la individuación colectiva. Como hipótesis, la individuación es considerada como operación cuántica, el ser individuado conserva en sí una carga de realidad preindividual que es el fundamento de la participación en las individuaciones ulteriores bajo la forma de una realidad transindividual, [psicosocial]. La conclusión sugiere un contenido epistemológico y busca despejar e identificar las consecuencias normativas de esta teoría genética del ser. (Simondon, s.f.).

De acuerdo con la cita anterior, se autoriza concebir lo psicosocial, en principio, como un sistema en el que el individuo y el colectivo no son asimilados a sustancias u objetos; serían igualmente sistemas, metaestables en cuanto a su equilibrio, y que devienen en un sistema que los comprende a ambos sin anularlos, un sistema transindividual, de acuerdo con la operación de individuación.

A la manera de un derrotero histórico, a continuación, se delimita el decurso lógico a través del cual ha sido abordado el individuo y la sociedad por medio de las diversas tradiciones que se han ocupado de establecer una relación entre el individuo y el colectivo. Las producciones teóricas resultantes del propósito de generar un marco conceptual que aprehenda los caracteres de esa relación, ha recibido el nombre de abordaje psicosocial, y las disciplinas que han emprendido la empresa de favorecer el entendimiento de la misma relación han sido denominadas de diversas maneras: psicosociologías, sociopsicologías, psicología social.

Se tomó prestado de Amalio Blanco (1995) el ordenamiento amparado en la noción de *tradición* en tanto permitió estructurar los diferentes aportes teóricos realizados a partir del siglo XVII alrededor de la relación entre el individuo y la sociedad, y que han sido acogidos por el conjunto de disciplinas agrupadas por el nombre de ciencias humanas y sociales. Tal delimitación histórico-lógica, se permea, a su vez, de un comentario, basado en el pensamiento de Simondon, en cada una de las tradiciones, con el objetivo de abonar el campo para fundamentar la perspectiva psicosocial que esta investigación ofrece; fundamentación que se puede observar en los estudios 2 (Lo psicosocial como unidad sistémica procesual) y 3 (Lugar de la información en el proceso de formación del individuo psicosocial), pues el último, el estudio 4 (Implicaciones psicosociales teórico-prácticas), presenta un fenómeno psicosocial desde la perspectiva configurada.

1.2 Tradiciones de la relación entre el individuo y la sociedad

El desarrollo humano, desde una perspectiva evolutiva que introduce el cambio como motor del progreso de la civilización, y el desarrollo psicológico, como agentes distintivos de lo humano, ha sido la cualidad común en el que las dimensiones individual y social se han encontrado para disputarse el dominio del estudio y comprensión del mismo ser humano, de su humanidad. El conocimiento de las estructuras y funciones del psiquismo no se basta a sí mismo; tal conocimiento posee la finalidad de favorecer el aprendizaje, el pensamiento, entre otras facultades que han caracterizado al ser humano. Por otra parte, el entendimiento sobre la lógica que permite las agrupaciones, la cultura y, en términos generales, la civilización, son las razones que autorizan, de manera amplia, proponer que la noción de progreso individual y social ha sido el marco referencial a partir del cual se ha intentado entablar relación entre el individuo y la sociedad por parte de posturas teóricas psicosociológicas en términos generales. La elección por una de esas posiciones (individual o social) indudablemente permea la concepción del ser humano y, no menos importante, el estatuto de las funciones psicológicas y sociales en pos del desarrollo del individuo y la sociedad (Blanco, 1995; Cubero & Rubio Martín, 2005).

Si se asume la autonomía e independencia del individuo, necesariamente su desarrollo descansa sobre los factores que lo caracterizan. Desde la esquina opuesta, en la medida que las relaciones sociales se alzan como materia prima del progreso de la humanidad, los factores culturales se entronizan como máximos representantes del acontecer humano.

Tomando en cuenta los desarrollos de la psicosociología a mediados del siglo XX, marco temporal en

el que se inscribe Simondon, se puede aventurar que el desarrollo humano en sus dimensiones individual y colectiva podría estar dado en términos de estabilidad sistémica; esto, claro está, a partir de considerar tanto al individuo y el colectivo, de ese modo, como sistemas que buscan la estabilidad de los mismos en aras de su conservación. En este sentido, los procesos psicológicos superiores (pensamiento, inteligencia, aprendizaje, etc.) y los procesos sociales (asociación, organización, entre otros) tendrían como finalidad la conservación de un sistema de mayor escala de complejidad, sistema psicosocial, a partir de procurar la estabilidad del mismo.

A partir del siglo XVII, una tendencia reduccionista sobre la evolución humana promueve la consideración relativa a que la biología o el ambiente social, de manera disyuntiva, se alzan de manera independiente para declarar que la genética es el factor determinante del comportamiento del individuo; o, por el contrario, la sociedad, la cultura que el sujeto asimila propiciando su desarrollo. Teorías de corte racionalista, innatista, biologicista (por ejemplo, las que soportan la tradición individual), consideran que en el individuo podemos encontrar la clave del desarrollo psicológico, aun cuando no desconozcan la importancia de lo social. Obviando la manera particular como cada quien se apropia de las instituciones culturales que su ambiente social le ofrece, otras teorías (ambientalistas) elevan a la cultura o sociedad como el modelo que cada individuo copia pasivamente (véase las formulaciones de la tradición grupal en este trabajo, por ejemplo) (Cubero & Rubio Martín, 2005).

Finalizando el siglo XIX y comenzando el XX, la situación no es distinta. Una posición reduccionista se ofrece como la alternativa para esclarecer los puntos de encuentro entre el individuo y la sociedad. La sociología de principios del siglo XX tiene como grandes representantes a Gabriel Tarde y Émile Durkheim. La reflexión sobre la relación, profundamente problemática, entre el individuo y la sociedad adquiere un marcado tinte epistemológico a partir de la división entre el sujeto y el objeto; división que se refleja en los desarrollos teóricos de quien posibilitó que la sociología adviniera como ciencia al sentar las bases del método sociológico. De ese modo, a partir del sociólogo y filósofo Durkheim (1986) se produce el siguiente deslinde: el individuo es el objeto de estudio de la psicología, y la sociedad es el de la sociología.

Los estudios de la psicología social sobre la relación individuo y sociedad permiten acercarse un poco más a los modos de apropiación de esa relación. Esta clase de psicología se constituyó a raíz de un marcado interés por el abordaje psicológico de la sociedad, logrando de ese modo que fuera asumida como un intermediario, una especie de bisagra entre la psicología y la sociología (Montero, 2004).

Tomando como referencia el concepto de tradición, la sociología psicológica ha hecho el esfuerzo por delimitar su campo de estudio a partir de la recuperación de las fuentes teóricas y metodológicas de las que se ha nutrido. En pos de ese esfuerzo sugiere que el encuentro entre el individuo y la sociedad ha sido auscultado por diversas tradiciones: individual, grupal, institucional, por los aportes de Kurt Lewin como uno de los grandes representantes de lo relacional, sistémico, psicosocial, bajo el nombre de tradición lewiniana, y por una tradición histórico-dialéctica preocupada por los determinantes institucionales, técnicos, sociales que favorecen la relación entre el individuo y la sociedad (Blanco, 1995). Estas tradiciones, más allá de la descripción de su lugar en la historia de esta clase de psicología, permiten comprender el derrotero lógico que delimita el concepto *psicosocial*.

Si se toma como referencia una mirada epistemológica a partir de los desarrollos que en la actualidad ofrece esta rama de la filosofía, puede plantearse que una perspectiva psicosocial no se alcanza partiendo del establecimiento de un objeto de estudio, por oposición al sujeto que conoce, de acuerdo con los postulados que posicionaron al positivismo, tal como lo hizo la tradición individualista al proponer que el comportamiento individual (su objeto de estudio) correspondía a la reacción de los estímulos sociales, o la tradición grupal que, erigiendo la mente del grupo o el alma de la muchedumbre como sus objetos, encasillaron la relación entre el individuo y la sociedad en entidades psíquicas supraindividuales (mente grupal, alma o espíritu de grupo) que se deben advertir en todo fenómeno grupal.

Una perspectiva psicosocial de la relación entre el individuo y la sociedad no adscribe al campo definido por un objeto de estudio soportado en una posición sustancialista. Por el contrario, a través de atribuir una mayor importancia a las propuestas metodológicas de la relación entre el grupo y el sujeto, así como de un novedoso cuerpo teórico o conceptual, la atención empieza a considerar perspectivas de análisis que pasaban desapercibidas: La Psicología social es una perspectiva o una filosofía sobre la interacción humana. No [refiere al estudio de] actitudes, agresión, [sino de procesos], y como tal, no puede girar sobre algo [concreto] (Goldstein, 1980, p. 10).

A la usanza de la perspectiva epistemológica de la ciencia contemporánea, la comprensión de los

fenómenos se abre a nuevas posibilidades en la medida que no se centra en objetos de estudio, en sustancias, sino en problemas, en las relaciones entre los diversos y distintos elementos que comporta un fenómeno (Maldonado, 2011).

La tradición lewiniana y la tradición histórico-dialéctica son las más cercanas a este punto de mira, puesto que sus presupuestos descansan en la interdependencia de los elementos propios de un campo de relaciones, o en la actitud metodológica que aliada del principio de la interdependencia se centra en la ontogénesis del individuo en un ambiente social.

Con el objetivo de precisar los aportes de estas tradiciones en la fundamentación de una perspectiva psicosocial, una descripción de las mismas se hace necesaria.

1.2.1 Tradición grupal

A mediados del siglo XIX se acrecienta el interés por explicar la vida de los colectivos en términos de su organización, la lógica que permite la misma, los efectos que se derivan de los grupos como reunión de individuos. Bajo el principio expreso en que la condición humana se logra cuando el organismo con potencia de convertirse en humano se adhiere y participa del mundo social, la tradición grupal psicológica centró su mirada en los grupos a los que asumió como su objeto de estudio. El individuo no es más que la condición de posibilidad de una entidad diferenciada, con identidad propia, el grupo.

Dado que el individuo solo tiene existencia en la comunidad, esta tradición psicológica se aboca al estudio del individuo dentro de la sociedad; centra su mirada en las interacciones, las leyes que guían esa interacción, y en los productos que se derivan de la misma. Como se dijo líneas atrás, esta tradición no renuncia al establecimiento de un objeto de estudio, en el sentido que sus presupuestos descansan sobre la égida del grupo, condición que la aleja de la configuración de una perspectiva psicosocial como unidad sistémica procesual, pero allana el camino para lograrlo, puesto que sus postulados serán retomados y utilizados por sistemas conceptuales más amplios. Por ejemplo, el estudio de las leyes que gobiernan la interacción entre los individuos, y los efectos que derivan de esas interacciones se hace necesaria puesto que las normas que permiten el funcionamiento de la vida psíquica del individuo son las mismas que conducen la vida psíquica de la sociedad (Blanco, 1995).

Como puede apreciarse, la tradición grupal subsume al individuo en sus presupuestos para observar un individuo de mayor escala, ahora sometido al imperio de estructuras sociales, políticas o supraindividuales. Esta característica denominada *holismo sociológico*, la cual inició y se potenció con Emile Durkheim (1886), cuenta entre sus cualidades principales el asumir la existencia de entidades grupales totales que poseen caracteres propios, propiedades singulares distintas de las que poseen los elementos que las conforman, y que definen las relaciones entre los individuos en los colectivos. Entre ellas se encuentran la cohesión grupal, la estabilidad, la estratificación y la unanimidad en la toma de decisiones del grupo (Blanco, 1995).

De estos presupuestos conceptuales se deriva la primacía de la sociedad sobre el individuo, puesto que la sociedad, o más precisamente sus organizaciones, influye de manera notable en los modos de ser y de actuar del individuo, cuya singularidad se desvanece en la lógica del grupo, aun cuando esa misma singularidad, en asocio con otras, permiten la emergencia de esa nueva realidad llamada sociedad. En consecuencia, los hechos sociales adquieren existencia real, son tan objetivos como los hechos físicos que determinan el mundo natural, coaccionan al individuo de tal manera que su lógica se erige como la principal característica de los hechos sociales.

Entre los ejemplos que pueden adherirse a esta tradición se encuentra la psicología de los pueblos, propuesta por Wundt (1882); psicología en la que los mitos, las costumbres, el lenguaje, entre otros, ocupan el lugar de entidades separadas del individuo que permiten comprender la lógica que guía al grupo. La sociología comprensiva de Weber, la psicología de las masas de Freud, son ejemplos de similar naturaleza (Blanco, 1995). Por supuesto, no sería pertinente declarar sin más que estos ejemplos cumplen con las características enunciadas de esta tradición; se acercan a ella de manera que hace posible ubicarlos en la misma. Wundt, por ejemplo, explica que las realidades que son producciones del espíritu son condición de una comunidad de

muchos individuos, aun cuando sus raíces se remontan a las propiedades del ser humano individual. Plantea Wundt (1982):

Pero la psicología también trata de realidades que, aun sin ser verdaderos objetos, poseen el carácter de objetos psíquicos, por cuanto que presentan las características de una relativa persistencia e independencia del observador; y además son inaccesibles a una intervención experimental en el sentido ordinario [recuérdese que Wundt, como muchos otros científicos sociales, pretendía alcanzar el grado de científicidad logrado por ciencias como la física, la biología, la astronomía, a partir de una visión mecánica del mundo y sus fenómenos]. Estas realidades son las producciones del espíritu, de origen histórico, tales como el lenguaje, las ideas mitológicas, las costumbres. Su génesis y desarrollo siempre dependen de condiciones psíquicas generales, las cuales pueden deducirse a partir de sus propiedades objetivas. Todas estas producciones generales del espíritu frecuentemente presuponen, como condición, la existencia de una comunidad espiritual de muchos individuos, aun cuando, como es natural, sus raíces últimas se remontan a las propiedades psíquicas del ser humano individual. Debido a su vinculación especial con la comunidad, en especial con la comunidad del pueblo, podemos denominar Psicología de los pueblos a esta área de investigación psicológica de las producciones del espíritu, y contraponerla a la psicología individual, llamada también experimental por causa del método en ella prevalente. (p. 195)

La psicología de las masas, propuesta por Freud (1921/1976), tampoco niega la importancia del individuo, pues, en últimas, dice que toda psicología social es también individual, pero conservando las distinciones de caracteres y funciones de ambas instancias, el individuo y el grupo.

En otros términos, esta tradición, de igual modo que el individualismo, como se verá a continuación, no niega la existencia o la funcionalidad del grupo, o del individuo, según el caso; los convierten en entidades separadas a pesar de la relación que puedan guardar.

Desde la mirada sistémica y procesual que ofrece Simondon, puede plantearse que efectivamente el colectivo o la sociedad es un individuo que, en tanto sistema, posee unos caracteres que lo diferencian del individuo psicológico; sin embargo, bajo el presupuesto de que el individuo, en este caso social, es ser relacional en transformación, no podría establecerse al grupo como principio explicativo de los fenómenos psicosociales puesto que es el ser que deviniendo, los comprende sin anularlos en el proceso de individuación:

Es el ser como relación quien es primero y quien debe ser tomado como principio; lo humano es social, psicosocial, psíquico, somático, sin que ninguno de estos aspectos pueda ser tomado como fundamental mientras que los demás serían juzgados como accesorios. (Simondon, 2015a, p. 441)

1.2.2 Tradición individual

La tradición individual posee el mismo espíritu que la tradición grupal. Esta orientación psicológica asume que el individuo es su objeto de estudio, dado que sin él no podría concebirse un grupo: “grupos, masas y agregados sociales no son otra cosa que un conjunto de individuos cuyas motivaciones, tendencias, necesidades y características son las únicas que posibilitan una explicación del comportamiento grupal, los movimientos de las masas o el cambio social” (Blanco, 1995, p. 87). Desde esta perspectiva, el individuo es el principio y la causa del acontecer grupal. Esto puede observarse en la estructura conceptual que posiciona esta tradición.

Paralelamente al holismo sociológico, propio de la tradición grupal, la tradición individual esgrime un *individualismo metodológico* en el que el individuo es el principio que estructura su propuesta. De acuerdo con esta tradición, el individuo es la unidad de análisis por excelencia de cualquier disciplina adscrita a las ciencias sociales, puesto que el mundo social es una estructura de partículas, individuos, cuyas leyes de configuración son las mismas que se observan en los colectivos (Bardin, 2019; Blanco, 1995; Watkins, 1955).

Se deduce de esta tradición que los grupos sociales no poseen una identidad propia, no se constituyen en sujetos o individuos grupales, puesto que los colectivos no son otra cosa que la suma de las individualidades que los integran. De esta idea se desprende que el movimiento social, y sus tendencias, obedecen a intereses particulares, razón por la cual es el individuo quien tiene la potestad de introducir el cambio que se adecue a sus necesidades, al conocimiento que posee de las situaciones grupales en las que se vea implicado: aunque

el individuo se comporte de manera distinta cuando está en el grupo que cuando está solo, este hecho no ofrece evidencia alguna de la existencia de una entidad social distinta de la individual. La explicación de la denominada influencia social reside exclusivamente en la psicología del individuo en tanto que este actúa dentro de determinadas situaciones con otros (Allport, 1962).

La propuesta psicológica más representativa del individualismo metodológico es el conductismo por cuanto alimenta la intención de explicar el comportamiento social a partir de los datos observables que ofrecen las personas de manera individual.

El esquema estímulo-respuesta fue extrapolado al comportamiento social y, bajo el nombre de estímulo social, entendido como conducta o reacción que afecta a otros individuos, el individualismo metodológico logró posicionarse como explicación plausible del acontecer social (Sherif, 1963).

El préstamo de los conceptos propios del conductismo cedió terreno a otra clase de términos que, como el de *influencia*, brindaba a este tipo de tradición un alcance mayor. De manera sintética se puede expresar del siguiente modo: si la influencia es el resultado de la respuesta al estímulo que proviene de un sujeto, o de las relaciones entre un grupo y un individuo, entonces las situaciones sociopsicológicas constituyen el campo en el que se deben estudiar las influencias que las personas ejercen sobre las creencias o la conducta de los demás (Blanco, 1995; Tarde, 1903).

Por el momento, la psicosociología o psicología social, aparece como el intermediario de aquellos problemas híbridos de los que se ocuparían la psicología y la sociología por separado, apelando a sus respectivos objetos de estudio. Para un científico social, aliado de una perspectiva psicosocial como una unidad sistémica, por el contrario, el establecimiento del acontecer individual como principio a partir del cual observar y estudiar los fenómenos grupales, no tendría lugar puesto que el acoplamiento entre el individuo y la sociedad, su interdependencia, reciprocidad, ofrecen una comprensión de los elementos presentes en los mismos.

La separación entre ambos obedece, en términos amplios, a un momento de elaboración de la relación entre el ser humano y el mundo en la que la cultura que los envuelve incide de forma particular en la manera de concebir el sujeto y la sociedad. La concepción de hombre en siglo XX, y podría decirse, del grupo, se expresa en una posición empírico-trascendental que asume al hombre y al colectivo como la fuente del conocimiento que, a su vez, hace posible la generación de saber (Foucault, 1968). Desde este punto de mira se hace comprensible la posición adoptada por la tradición grupal e individual respectivamente. Tampoco se debe desconocer, como bien lo señalaron Kuhn (1962/2006), Fleck (1986), Obregón (2002), que los paradigmas científicos y los colectivos de pensamiento están influenciados por la cultura de las épocas en las que nacen; las creencias, los mitos, la historia, las costumbres y valores de determinada época necesariamente influye en la configuración de los conceptos y teorías, o sistemas de conocimiento científico⁶.

Como orientación psicológica científica, la psicosociología se permea por lo acabado de señalar. Por eso es pertinente advertir que las tradiciones que han mediado en la relación entre el individuo y la sociedad obedecen a la cultura de la época en la se inscriben. No es posible sostener lo contrario respecto de

⁶La aparición de las disciplinas adscritas a la familia de la ciencias humanas y sociales (historia, psicología, sociología, economía, derecho, pedagogía, entre otras), por ejemplo, aconteció en el siglo XIX; en un momento histórico en el que se hizo evidente que la sociedad y las relaciones entre los seres humanos no era algo claro ni dado de una vez por todas. Esto es el fruto, entre otros, de revoluciones que, como la francesa (1789-1799), posibilitaron que la concepción de sociedad y ser humano que se tenía en el momento, entrara en crisis: bajo una visión mecánica del mundo y el hombre que lo habita, influenciada por un naciente capitalismo apoyado por los procesos de industrialización, y por los presupuestos de las verdaderas ciencias, las físico-naturales, por oposición a las nacientes disciplinas (humanas y sociales) que no poseían el estatuto de científicidad, no eran explicables el derrumbe de valores como la libertad y la igualdad. Las disciplinas humanas y sociales debían lograr explicar las razones de semejante hecho, como crear sistemas teóricos para comprender al ser humano y la sociedad, del mismo modo que alternativas prácticas para evitar crisis venideras (Mardones, 2012).

la perspectiva psicosocial que aquí se está fundamentando; pero advertidos de ese hecho, es posible ofrecer una visión psicosocial que reconoce la historia de su configuración y proponer una alternativa acorde con las condiciones de nuestro tiempo⁷.

A mediados del siglo XX, Simondon pudo hacer una lectura de las vertientes de pensamiento que en ese momento ofrecían una mirada panorámica y en prospectiva de la tendencia que estaba asumiendo el mundo y sus fenómenos. A pesar de la fuerza que en su momento poseía el estructuralismo, el lugar central que ocupaba el lenguaje, por ejemplo, este pensador concibió, de la mano de la cibernética, de los desarrollos de la física cuántica, la química, un modo de pensar integrador, inclusivo, si se quiere, a la usanza de los postulados que esas ciencias, entre otras, ofrecían, aunque en un principio su trabajo no fue bien recibido⁸.

Así, Simondon, atento al hecho de que el proceso de configuración psíquica y colectiva había sido auscultado a partir de casos singulares del modo antes sugerido, y en consonancia con los presupuestos de una disciplina concreta, la psicología y la sociología, por ejemplo, se dio a la tarea de construir un paradigma global, de carácter natural, en el que tanto el individuo como el colectivo hacían parte de un sistema de mayor escala y grado de complejidad, un sistema en el que las correlaciones autorizan una perspectiva psicosocial más comprensiva.

1.2.3 Tradición institucional

Como respuesta al individualismo metodológico surge la tradición *Institucional*. Sin negar el valor que el término *influencia* adquirió para la psicosociología, esta tradición lo alejó del esquema estímulo-respuesta individual propuesto por el conductismo, para ubicarlo en un campo mucho más amplio: la cultura, la sociedad.

La personalidad de los seres humanos, de igual modo que su comportamiento, resulta de la pertenencia a sistemas socioculturales compuestos por instituciones y organizaciones que construyen la realidad en la que

⁷ Este trabajo no pretende ofrecer claridad sobre el modo cómo los valores, creencias y discursos sobre el hombre y el mundo permean los discursos académicos o científicos sobre el individuo y el colectivo en una época determinada. Sin embargo, creemos que el señalamiento es valioso con el ánimo de ser conscientes del efecto que ese hecho todavía posee en el pensamiento de los científicos en todos los campos. Quién desee acercarse a este tipo de reflexión epistemológica, puede adentrarse en las elaboraciones de los autores citados: Kuhn (1962/2006), Foucault (1968), Fleck (1986), Obregón (2002), entre otros.

Los cambios culturales, los avances científicos producidos en la época en la que se inscribe Simondon, orientan sus concepciones. La mecánica cuántica, apenas en desarrollo inicial en su época, permean sus tesis, así como el auge de la cibernética llevado a campos diversos como la ingeniería, la psicología, las neurociencias. La validación de sus planteamientos desde las ciencias que sirven de fundamento, en diálogo con la filosofía, es un asunto pendiente en la recepción de su obra.

⁸ Ante un grupo de filósofos y científicos el 27 de febrero de 1960 en la Sociedad Francesa de Filosofía, Simondon propone que las ciencias humanas deben estar fundadas sobre una energética humana. Allí propone que “habría que preguntarse por qué las sociedades se transforman, por qué los grupos se modifican en función de las condiciones de metaestabilidad” (Simondon, como se cita en Heredia, 2015, p. 457).

Ahora, responder esa pregunta requería superar la visión reduccionista de la psicología y la sociología que de manera tradicional se habían instalado en la preeminencia de un objeto de estudio. Solo una filosofía de la naturaleza que estudie los procesos de individuación y sitúe el origen del cambio en una zona preindividual de los seres, podrá superar las limitaciones de las concepciones en las que el sujeto y el objeto se instalan como premisa del conocimiento, declaraba Simondon en esa conferencia de febrero de 1960. Sin embargo, sus contemporáneos acusaron su propuesta de objetivismo al no reconocer la primacía de un universo del discurso que configura la realidad de los seres humanos. También se criticó de objetivismo el hecho de no situar a la conciencia en el punto de partida bajo la idea de que no podría haber información más que para un sujeto consciente (Combes, 2017).

Ante el señalamiento relativo a que solo una filosofía del lenguaje o de la conciencia podría contrarrestar el objetivismo propuesto por Simondon, este responde anteponiendo la comprensión de la transducción como mecanismo integrador de la información que no solo vehiculiza significados. Así, a Paul Ricoeur, quien estigmatiza el carácter metafórico de las transposiciones

se inscribe el individuo. Los modelos normativos, axiológicos, comportamentales, configuran la conducta y el pensamiento del sujeto. Se observa que esta tradición no deja de considerar al individuo, pero esta vez, no de manera aislada como el individualismo metodológico. Lo hace en el marco de un sistema sociocultural que lo integra como participante activo de las diversas organizaciones que favorecen el devenir cultural que orienta el quehacer humano (Blanco, 1995).

De acuerdo con Manrique et al. (2016), se debe distinguir entre institución y organización:

Entenderemos la *institución* como un *discurso fundante* en la medida que funda (legitima y regula) comportamientos, costumbres, formas de ser y hacer. También entendemos que las instituciones implican una *organización*, esto es, una forma o estructura en que los elementos se concretan (organizan), realizando diferentes funciones, para alcanzar determinados propósitos.

Estamos de acuerdo con Schvarstein (2001) en que la *institución* tiene dos vertientes: lo instituyente, que es la capacidad de fundar algo nuevo, el discurso creativo, fundante, la fuerza creativa (logos); y lo instituido, que es lo ya establecido, lo ya fundado que tiende a repetirse (ananké) (Cf. Ramírez, 2012). Además proponemos que la *organización* (lo instituido) es la concreción (práctica, formalización y materialización) de un conjunto de instituciones. (p. 87)

De un modo innovador, los autores construyen una definición de sujeto que reza así:

Un sujeto puede entenderse como una organización porque es la encarnación de una serie de instituciones, es decir, de discursos fundantes en torno a los cuales existen acuerdos tácitos o explícitos que estructuran la sociedad. Y también planteamos que la organización puede tomarse como un sujeto porque es un ente racional que actúa, genera efectos en el ambiente a partir de una estructura particular que ha sido producida en un proceso de estructuración con vicisitudes singulares. Por eso –es otra de nuestras tesis– hablamos de un sujeto singular (una persona) o plural (un grupo, una comunidad, una organización). (Manrique et al., 2016, p. 96)

Puede plantearse que esta serie de tesis representan un ejemplo de la tradición institucional. No ofrece una restricción reduccionista en el sentido de posicionar al individuo en el centro de sus elaboraciones, y tampoco lo hace con el grupo. Su tesis gravita alrededor de los discursos simbólicos, culturales que permiten el entrelazamiento entre individuo y colectivo.

Un aspecto se reliva de las elaboraciones hechas por la tradición institucional con gran recepción a partir de la extensión del estructuralismo francés en el que el lenguaje, el papel del símbolo, ocupan un lugar prominente. Se trata de acentuar la tesis según la cual el comportamiento de los sujetos en el mundo social, su personalidad, por ser precisamente un ser social, está determinado por la representación de una serie de papeles o roles definidos con anterioridad. El estructural-funcionalismo, de la mano de Merton (1964), enfatiza esta posición al sugerir que el mantenimiento de una estructura social se realiza por medio de los variados papeles o roles materializados en los diversos niveles de interacciones que entran en juego con otras posiciones que fungen un rol: la estructura social se mantiene a partir de las diversas posiciones que conforman un grupo, de las funciones que esas posiciones traen aparejadas para favorecer el funcionamiento grupal. También, depende de los roles que en tanto prescripciones sobre el modo de llevar a cabo las funciones sostienen la estructura. Las normas favorecen un determinado esquema de relaciones en el grupo con la ayuda de esquemas interpretativos de la realidad que a la manera de un sistema de comunicación sostiene la estructura social (Blanco, 1995).

En este breve recorrido se aprecia los diversos matices que los conceptos imprimen a la relación entre el individuo y la sociedad de acuerdo con la psicociología. La tradición institucional, con lo planteado hasta ahora, ofrece una nueva descripción de la psicología social en la que se pueden observar esos matices:

del plano de la naturaleza al plano de las significaciones humanas, Simondon responde que no se trata de metáforas, de simples comparaciones o trasposiciones porque Ricoeur partía de una concepción de la significación que no integra la noción de relación transductiva de la información que no se limita al lenguaje humano y sus propiedades (Combes, 2017).

Siete años antes, en 1953, Althusser y Foucault fueron invitados por Simondon para conformar un grupo de estudio sobre la cibernética; sin embargo, el estructuralismo ocupaba un lugar central, y la intención de someter a un estudio riguroso a la cibernética con otros tuvo que ser aplazado (Rodríguez, 2016).

No puede trazarse un límite muy preciso entre la psicología social y la psicología individual. La psicología social se interesa especialmente en el efecto que el grupo social produce en la determinación de la experiencia y la conducta del miembro individual (...). Es decir, que intentamos explicar el comportamiento del individuo en términos de la conducta organizada del grupo social, en lugar de explicar el comportamiento organizado del grupo social en términos de la conducta de los distintos individuos que pertenecen a él. Para la psicología social, el todo (la sociedad) es anterior a la parte (el individuo) no la parte al todo; y la parte es expresada en términos del todo, no el todo en términos de la parte o las partes. (Mead, 1972, p. 54)

Como precursor del interaccionismo simbólico, uno de los modelos, como ya se sugirió, de los enfoques cualitativos usados en ciencias humanas y sociales, en el que el lenguaje, los símbolos y el significado ocupan un lugar destacado, George H. Mead aparece como un autor representativo de la psicología social – conductismo social – por señalar el modelo simplista del conductismo individualista, en el sentido de separar el acto del individuo del acto social (Villa & Londoño, 2019). Desde la perspectiva de este sociólogo, el sujeto incorpora las actitudes de los otros para orientar su comportamiento a partir de ellas. Gracias a las relaciones intersubjetivas se logra que el sujeto se realice en un medio social que, bajo condiciones histórico-culturales, hace de su acción el mecanismo a través del cual es posible su desarrollo (Villa & Londoño, 2019). Para Mead, los gestos son referencia para la acción en un proceso comunicativo lleno de significado que pone en juego en una íntima relación al sujeto y los grupos sociales:

El gesto es base del acto comunicativo, se encuentra presente en el comportamiento social del hombre y de animales no humanos. En los últimos, ciertas especies tienen conductas sociales altamente complejas motivadas por el intercambio de reacciones: mediante determinada postura, aullido, aleteo, los animales generan estímulos –gestos– que demandan respuestas de ajuste de los demás miembros de la especie, al ser comprendidos por todos (...). En los seres humanos el gesto es mediado por significados; como estímulo puede ampliarse, variar como término de referencia que conlleva a la acción. (...). El gesto permite que el ser humano modele programas de acción mediante los cuales puede considerar las reacciones propias como impersonales, con miras a identificar la actuación de cualquier otro individuo frente a éstas. En esa medida, el gesto como *símbolo signifiante* no es únicamente representación de un estímulo, sino que opera como información que llega a modificarse por la interacción de los individuos y posibilita la comunicación que está dirigida no sólo a los otros, sino también al individuo mismo (Mead, 1974, p. 170)⁹.

Es de anotar, sin embargo, que la tradición institucional aun cuando involucra decididamente al individuo y el colectivo, hace gala de que se ocupa del comportamiento individual, pero bajo el auspicio de la organización grupal. Hoy día esta descripción es validada como forma eficaz en el trabajo de los científicos sociales, pero no allana suficientemente el terreno que interesa a esta investigación, una perspectiva psicosocial que, en términos de procesos, permita comprender el intrincado problema de la relación entre el individuo

⁹ Aunque Vygotsky es ubicado en la tradición histórico-cultural, no puede dejar de reseñarse que, conjuntamente con Mead, promueve un método sociogenético que invita a considerar la relación entre el individuo y el colectivo a partir de la naturaleza social del self (Valsiner & Veer, 2006). De igual modo, Wundt, a quién se ubicó en la tradición grupal a partir de su *psicología de los pueblos*, pero que podría ubicarse en la tradición individual dado el énfasis puesto en la introspección de la sensación individual, también produjo una teoría sobre el gesto que influyó notablemente en la teoría de Mead dado el carácter comunicativo del mismo gesto (Valsiner & Veer, 2006); Mead, no obstante, se ubica en la tradición institucional.

La descripción de este hecho pretende mostrar la dificultad expresa en encasillar a un autor en una tradición en particular, del mismo modo que da cuenta de la complejidad y amplitud del problema relativo a lo psicosocial. También tiene la finalidad de resaltar la descripción realizada en la nota al pie n° 4 de este trabajo; nota en la que se resaltó el modo como el pensamiento que nutre el concepto psicosocial se organiza por un sistema de fases (tradiciones) en las que una resulta del compromiso con la anterior. De este modo, la sucesión de tradiciones alrededor del concepto psicosocial da cuenta de que la posición de Simondon, la cual sirve a este trabajo para fundamentar una perspectiva psicosocial, es posible gracias a las mismas, resultando así un sistema teórico que se equilibra gracias a las tensiones recíprocas entre ellas.

y el colectivo; problema cuyo esclarecimiento podrá iluminar todavía más el comportamiento de la pareja mencionada.

Cabe preguntarse si la égida del discurso, auspiciado por el hecho de considerar que las ciencias humanas y sociales adscriben a paradigmas como la teoría crítica o el constructivismo, en cuyo seno sus métodos de abordaje de la realidad cohesionan sus constructos teóricos (piénsese en la oposición entre metodologías cualitativas y cuantitativas, por ejemplo), ha favorecido el auge de esta tradición¹⁰.

La tradición *lewiniana* y la tradición *histórico-dialéctica* descubren el camino para la fundamentación de una perspectiva psicosocial en términos relacionales, de procesos, que validen su concepción como una unidad sistémica.

1.2.4 Tradición lewiniana¹¹

Trasladando el centro de interés hacia los procesos, no en los objetos, la tradición lewiniana posee entre sus derroteros conceptuales que los hechos causales poseen un carácter relacional, es decir, que un evento es siempre el resultado de varios hechos. Frente a las preguntas de base que se plantean los científicos sociales, por ejemplo, ¿por qué el individuo se comporta de un modo diferente cuando hace parte de un grupo?, ¿por qué el grupo modifica al individuo?, ¿por qué el grupo adquiere caracteres distintivos diferenciándolo de los individuos que lo conforman?, esta tradición apuesta por la noción de *relación*, relación existencial, de interdependencia, entre los elementos del sistema de referencia que se trate.

¹⁰ Según Sánchez-Mateos (2006), la psicología en general, como disciplina adscrita a las ciencias humanas, se encuentra en crisis. Esta crisis se ve expuesta en los sistemas teóricos y en las metodologías científicas que usa para generar esos sistemas. Entre las dimensiones en crisis resalta la división entre la orientación de la psicología como ciencia natural o como ciencia social; la división entre la orientación académica y la humanística; entre la rama científica y profesional. En relación con la dimensión metodológica resalta el dogmatismo de los presupuestos y el concepto de método, de lo cual deriva una posición rígida respecto del lugar de las hipótesis como del uso del experimento, entre otras. Una posible solución se encuentra precisamente en la unificación de la ciencia, sin la división a la que muchos científicos sociales adscriben.

Como podrá notarse en el segundo capítulo de este trabajo, precisamente una unificación de criterios en las ciencias humanas y sociales, de acuerdo con Simondon, podría resolver esta clase de dilema o crisis, la cual también alimenta la separación entre individuo y colectivo. La superación de criterios científicos respaldados por el positivismo científico (separación del sujeto y el objeto; naturaleza opuesta a cultura, la libertad al determinismo) allana el camino para posicionar una visión de la ciencia acorde con el funcionamiento de los sistemas que integran al mundo, independientemente que se trate de sistemas físicos, biológicos, técnicos, psicológicos o sociales.

¹¹ Es indudable que Kurt Lewin, en el plano de la psicosociología, enriquece la obra de Simondon con la noción de campo y forma: partiendo de una crítica al psicologismo y sociologismo, Simondon estaba obligado a toparse con la psicosociología en su camino, que en la década de 1950 ya había experimentado numerosos desarrollos. Para que conste, el primer laboratorio francés de psicología social se fundó en la Sorbona en 1952. Simondon está particularmente interesado en el trabajo de uno de los fundadores de la psicología social en los Estados Unidos, K. Lewin, y podemos decir que, en cierta medida, su ontología psicosocial está hecha a medida para que sirva de base a la teoría psicosociológica de K. Lewin. Este autor introdujo conceptos derivados de la física en las ciencias psicológicas y sociales, en particular los conceptos de “campo”, “fuerza” y “tensión”. Según él, los procesos psicosociales no pueden explicarse por ciertas propiedades de los seres individuales, sino por su posición dinámica en un campo (Guchet, 2010, pp. 40-41) (Cf. Heredia, 2018b; Fernández Fernández & Puente Ferreras, 2009).

En otros términos, influenciado por las propuestas de Lewin, Simondon llega a considerar que “la realidad psicosocial es la realidad de una operación que es imposible traducir en elementos puramente estructurales” (Guchet, 2010, p. 40).

A través de la noción de espacio hodológico, Lewin también aporta a Simondon para sostener el concepto de metaestabilidad aplicado en psicología, puesto que, mediante la noción de ese tipo de espacio, se resalta el componente dinámico del campo, y no el equilibrio estable por reducción del valor energético del sistema a un nivel mínimo (Simondon, 2019), tal como ocurre, por ejemplo, en el concepto de pulsión en el psicoanálisis freudiano.

Entre estos elementos se producen una serie de relaciones cuya consecuencia es la generación de fenómenos o hechos nuevos. La condición de posibilidad de esta premisa se encuentra en el concepto de identidad genética: queremos denominar identidad genética a aquellas relaciones en las que se encuentran los elementos que se derivan existencialmente unos de otros (Lewin, 1983, p. 62).

Este importante concepto entraña una implicación novedosa en las ciencias sociales. Se trata de considerar que los objetos o los fenómenos del mundo no son gracias a las cualidades que los caracteriza sino a la relación que establecen entre sí o con otro tipo de elementos: en el desarrollo del individuo biológico nos encontramos frente a un proceso que, como en el caso de la identidad genética en la física, no está determinado por una relación reflexiva de las cualidades, o por una constancia o variación de dichas peculiaridades, sino por la relación existencial que mantienen sus elementos (Lewin, 1983, p. 121).

A través de este concepto se introduce otro no menos importante, el concepto de campo. A través de este es posible considerar que la importancia de un elemento en una situación determinada no depende de ese elemento sino de la relación entre los diversos elementos que participan de la totalidad de la situación en un momento concreto.

Contando con un método genético que enfatiza la relación como factor causal, y con los conceptos de fuerza, espacio vital, regiones, entre otros, Lewin le otorga un sólido piso teórico a la psicología social. La descripción de lo que es un grupo lo ejemplifica. Un grupo debe ser asumido como un todo dinámico en el sentido de su diferencia respecto de los elementos que hacen parte del mismo, por la interdependencia de sus miembros fruto de las fuerzas que los movilizan. De estas consideraciones se desprende que el individuo se erige en el interior de un grupo, el grupo lo precede (Blanco, 1995).

Anteriormente se insinuó que esta tradición y la histórico-dialéctica allanaban el terreno para la fundamentación de una perspectiva psicossocial como unidad sistémica procesual de carácter transindividual. Lewin lo favorece al centrar sus presupuestos teóricos no en el individuo o en la sociedad, sino en los procesos que permiten la relación. Esta idea se sostiene puesto que los elementos sociales no son sociales en sí mismos (cuasi-sociales); lo que los hace sociales es la interacción con un sujeto. Este punto de vista permite el deslinde de las anteriores tradiciones que focalizan su atención en el sujeto o en la sociedad, o en el marco simbólico discursivo en el que se relacionan, no en la relación propiamente dicha entre ambos.

A partir de Lewin la psicología social es una ciencia de las relaciones, de las propiedades dinámicas. No lo es de las diferencias o semejanzas entre los elementos que estructuran un campo o sistema psicológico, sino de las relaciones entre los mismos: “el significado de un hecho aislado depende de su posición en el campo; o para expresarlo en términos dinámicos, las diversas partes del campo son mutuamente interdependientes. Esto es de vital importancia en psicología social” (Lewin, 1978, p. 145).

El filósofo y psicólogo referente de esta tradición no duda en señalar que la perspectiva psicossocial que queremos lograr se halla en manos de la psicología social. Lo plantea del siguiente modo:

La psicología social, señala, probablemente mejor que ningún otro sector de la Psicología y la Sociología, lo que se necesita. Su progreso depende de la superación de ciertas dificultades mayores, entre las que se cuentan, por lo menos, las siguientes: a) La integración de vastas áreas de hechos y aspectos muy divergentes: el desarrollo de un lenguaje científico (conceptos) que sea adecuado para tratar hechos culturales, históricos, sociológicos, psicológicos y físicos sobre un fundamento común. b) El tratamiento de esos hechos sobre la base de su interdependencia. c) El manejo de problemas tanto históricos como sistemáticos. d) El manejo de problemas relacionados tanto con los grupos como con los individuos. (Lewin, 1978, pp. 130-131)

La apuesta conceptual de este trabajo, de manera coherente con las ideas que intenta sostener, considera reduccionista postular una disciplina como la garante de una perspectiva psicossocial. Asume, por el contrario, que tal orientación descansa sobre las ciencias que abordan al sujeto y la sociedad independientemente de su afiliación a una familia de ciencias particular, por ejemplo, las ciencias humanas y sociales. Los desarrollos teóricos y metodológicos de Simondon soportan esta intención¹².

¹² Los aportes de Lewin en el proyecto simondoniano de unificar las ciencias a partir de principios explicativos resuenan en esta consideración epistemológica de la psicología:

1.2.5 Tradición histórico-cultural

Desde otro punto de mira —dialéctico— se sitúan trabajos de corte constructivista (tradición histórico-dialéctica) para declarar que el estilo de vida individual y social otorga sentido a las funciones cognitivas. A este tipo de enfoque, denominado psicología histórico-cultural, adhieren autores como Bruner y Vygotsky, entre otros. Bajo esta perspectiva, las fuerzas personales y sociales gravitan alrededor del desarrollo psicológico del individuo sin orden jerárquico alguno. El individuo como la sociedad favorecen el proceso de individualización en el sentido de que ambos representan agentes activos del desarrollo psicológico y social del individuo (Cubero & Rubio Martín, 2005).

La premisa de la que parte la psicología histórico-cultural para evitar los reduccionismos antes señalados, para resolver la separación tajante entre individuo y sociedad, propone que los reduccionismos no podrán iluminar la compleja relación entre el individuo y la sociedad: “los principios explicativos de los procesos sociales no pueden reducirse a los principios de los procesos psicológicos, ni al contrario” (Cubero & Rubio Martín, 2005, pp. 23-24).

Vygotsky, el principal representante de esta psicología, asume que el comportamiento individual surge de la incorporación de las formas de vida colectivas; en este sentido, el desarrollo psicológico individual se deriva del desarrollo de los colectivos. De este modo se superan los reduccionismos, y se establece un nuevo principio explicativo: el individuo y la sociedad, como elementos participantes de la relación, se encuentran interrelacionados (Cubero & Rubio Martín, 2005).

No es de extrañar la cercanía que guarda esta clase de elaboraciones con las propuestas conceptuales de Lewin y Simondon. A partir de la conceptualización sobre el campo y el sistema, para este filósofo y psicólogo francés, los elementos que lo conforman poseen la cualidad de ser interdependientes, en constante relación. Este es un principio de su propuesta sobre el desarrollo ontogenético del individuo y la sociedad (Simondon, 2015a).

Es de esperar que las elaboraciones realizadas por la psicología histórico-cultural se soporten en una metodología particular. Método genético es el nombre que esta clase de psicología emplea para comprender el desarrollo psicológico del ser humano.

El método genético parte de la idea según la cual el desarrollo del ser humano es posible gracias a la dialéctica¹³ entre la conducta humana y la naturaleza. Se deriva de esta idea que el hombre modifica su entorno y crea nuevas condiciones para vivir y desarrollarse. A través de este método es posible estudiar los fenómenos en su proceso de cambio, es decir, se produce un acercamiento al proceso que lo facilita y no al producto. De este modo, se favorece el examen de “los mecanismos de génesis, formación y transformación de un fenómeno dado hasta su estado final, y no limitar su estudio a la última fase” (Cubero & Rubio Martín, 2005, p. 25). En relación con el método genético, Vygotsky (1979) afirmaba:

Tras el triunfo, a principios del siglo XX, de un ‘objetivismo radical’ apoyado en estudios experimentales y presupuestos ‘cientistas’, y expresado en una vertiente fisiológica –que culmina en la reflexología– y una vertiente zoológica –que se realiza en el conductismo–, el estatuto de la psicología entra en crisis producto de las revisiones operadas por la psicología de la forma y por la fenomenología, y el problema da lugar a una diversidad de líneas de investigación rebeldes a la unificación; entre dichas líneas se cuentan la psicología comparada (que incluye a la psicología animal, a la psicología diferencial, a la caracterología), la psicología del niño y la infancia (fundamentalmente, Piaget y Wallon) y la psicología patológica (que incluye, centralmente, al campo problemático del psicoanálisis). El artículo [La psychologie moderne] se cierra con una prospectiva según la cual la psicología social, armada con los ‘modelos matemáticos’ de Kurt Lewin y la noción de comunicación, permitiría divisar un camino hacia la unificación general de las ciencias. (Heredia, 2017, p. 25)

En palabras de Simondon y Le Terrier (1957): el lenguaje de la cibernética, ya aplicable a la fisiología del sistema nervioso, podría permitir describir los vínculos del hombre con su medio natural y social, superando la alternativa de la libertad y del determinismo, que parecen ser el obstáculo fundamental de toda ciencia psicológica (p. 1701).

El hecho de abarcar el proceso de desarrollo de una determinada cosa en todas sus fases y cambios – desde el principio hasta el final– significa fundamentalmente descubrir su naturaleza, su esencia, ya que únicamente a través del movimiento puede un cuerpo mostrar lo que realmente es. Así pues, el estudio histórico del comportamiento no es un aspecto auxiliar del estudio, sino que más bien, constituye su verdadera base. (pp. 104-105)

De este modo, el método genético ofrece explicaciones y no descripciones sobre los hechos psicológicos, lo que para Cubero y Rubio Martín (2005) constituye uno de los principios fundamentales que sustenta esta modalidad metodológica.

Esta tradición, de igual modo que Simondon, realiza un estudio ontogenético a la hora de abordar el desarrollo del individuo en un marco histórico-cultural. La relación entre la naturaleza y la cultura se evidencia en el hecho de que el desarrollo psicológico del individuo está mediado por componentes filogenéticos y, por supuesto, histórico-culturales. Sin embargo, puede señalarse, parte del individuo ya consolidado (se analiza la génesis y transformación de un proceso psicológico en el marco cultural de un individuo concreto, singular o colectivo), y a partir de él, deduce los cambios psicosociales que se producen en la interacción entre la herencia filogenética y las adquisiciones y logros de las actividades humanas en contextos culturales, institucionales y técnicos, “desde formas más colectivas o sociales de poner en práctica un determinado funcionamiento psicológico, a formas más privadas o individuales del mismo” (Cubero & Rubio Martín, 2005, p. 29).

Debe destacarse de esta tradición la tesis según la cual la conciencia posee un origen social, aspecto que enfatiza la preponderancia de los elementos históricos y culturales en el desarrollo psicológico de un individuo: La dimensión social de la conciencia es primigenia en tiempo y hecho. La dimensión individual de la conciencia es derivada y secundaria (Vygotsky, 1981, p. 162). De ahí que la ley genética del desarrollo cultural exprese que: cualquier función en el desarrollo cultural del niño, aparece dos veces o en dos planos. Primero aparece en el plano social y sólo después en el plano psicológico. Primero aparece entre personas como una categoría interpsicológica para después aparecer en el niño como una categoría intrapsicológica (...). Las relaciones sociales o relaciones entre personas subyacen genéticamente a todas las funciones superiores y a sus relaciones (Vygotsky, 1981, p. 163).

Simondon, desde un punto de mira complementario, intenta “captar la ontogénesis en todo el desarrollo de su realidad, y *conocer al individuo a través de la individuación antes que la individuación a partir del individuo*” (Simondon, 2015a, p. 9). Para este autor, la palabra ontogénesis toma todo su sentido si, en vez de referirla a la génesis del individuo (psíquico-colectivo) por oposición a una génesis más amplia como la de la especie, se la considera con el carácter de devenir del ser, “aquello por lo que el ser deviene, en tanto es, como ser” (Simondon, 2015a, p. 10). Esta condición exige que el devenir sea considerado una dimensión del ser. Se deduce entonces que ser y devenir solo se oponen en un marco en el que el ser sea asimilado a una sustancia.

Esta apreciación sobre el desarrollo ontogenético del individuo, psíquico o colectivo, se complementa con la perspectiva naturalista del pensamiento de Simondon respecto del enfoque histórico-cultural del pensamiento de Vygotsky. En otros términos, mientras Simondon parte de una concepción natural de la ontogénesis procesual del individuo y el colectivo, Vygotsky lo hace de acuerdo con presupuestos en los que la cultura puede tomarse como el agente preponderante del desarrollo ontogenético. En Simondon, aplicar el

¹³ Como proceso que permite la transformación entre dos o más elementos, la dialéctica se opone a la concepción de devenir del ser en la concepción naturalista de Simondon. Por ese motivo, este autor aboga por la transducción como propagación de la información que modifica el ser sin pérdida de la misma:

En la concepción de la dialéctica, el ser tiene necesidad del devenir, pero el devenir es no obstante concebido parcialmente del mismo modo que cuando era considerado como independiente del ser, ajeno al ser, hostil a su esencia; el devenir de la dialéctica no está lo suficientemente integrado al ser que deviene; el tiempo de la dialéctica siguió siendo el ser intemporal en esencia pero lanzado en el devenir a través de su existencia (...) La dialéctica separa demasiado el devenir de la existencia a través de la cual el ser deviene. (Simondon, 2015a, p. 412)

método genético a la relación entre naturaleza y cultura es necesario para dar cuenta de las distintas fases del ser en individuación¹⁴.

La escuela sociohistórica, al abordar la relación entre lo psíquico y lo social en la concepción sobre el desarrollo psicológico “enfatisa la inseparabilidad dinámica de los actos psicológicos de su contexto” (Castorina & Baquero, 2005, p. 247); es a la vez una mirada dialéctica y sistémica que propone una distinción cualitativa entre interior y exterior para estudiar “la Red causal entre un individuo activo y su constantemente cambiante medio. Esta perspectiva incluye los sistemas abiertos, la totalidad, la emergencia de nuevas formas y la autoorganización” (Castorina & Baquero, 2005, p. 247). Es diferente a las llamadas filosofías del split que sostienen una “separación exclusiva” entre persona y medio, como tal un dualismo en el que la dialéctica no es posible. Valsiner (como se cita en Castorina & Baquero, 2005) propone, por el contrario, una “separación inclusiva” que concibe la unidad y la separación de manera simultánea, hay separación para distinguir y estudiar, pero son opuestos en unidad.

El concepto de *interiorización* integra la línea natural y la línea cultural:

El desarrollo del significado o del concepto en el niño es el emergente de la interacción entre la actividad espontánea e idiosincrásica infantil, la existencia de significados sociales encargados en la cultura y la actividad intersubjetiva y mediada particular que implica el niño. (Castorina & Baquero, 2005, pp. 260-261)

Es como tal “creación de un plano y un orden internos como exclusivo producto emergente del funcionamiento intersubjetivo mediado semióticamente” (Castorina & Baquero, 2005, p. 261) en un campo biocultural.

Sin embargo, la psicología del desarrollo, en su vertiente sociohistórica y genética, de la mano de Vygotsky y Piaget, entre otros, se ampara en el principio epistemológico que separa sujeto y objeto como herederos de una teoría del conocimiento en la que el sujeto que conoce es independiente del objeto por conocer, a pesar de declarar la inseparabilidad dinámica en un sistema sociohistórico entre los actos psicológicos y su contexto (Castorina & Baquero, 2005). Como podrá notarse más adelante, esta condición (la separación sujeto-objeto) se halla ausente en Simondon.

¹⁴La filosofía de la naturaleza que reivindica Simondon cuestiona la primacía del lenguaje y de la conciencia para afirmar la realidad de las correlaciones psicosociales como un componente preindividual de los seres, esa parte común de naturaleza que favorece la individuación individual y colectiva, y la transformación de las sociedades (Combes, 2017).

Este derrotero histórico lógico se complementa situando particularmente a Simondon en el contexto histórico en el que se produce su cuerpo conceptual, las ciencias humanas francesas de mediados del siglo XX. En este recorte temporal, en el campo de la sociología, las obras de autores como Mauss, Parsons, Merton, etc., propician que la reflexión en torno a la relación entre el individuo y la sociedad adquiera nuevamente importancia debido a un renovado modo de análisis.

Herederero de la tradición grupal en la que Durkheim se alza como máximo representante, hace su aparición la sociología de profundidad de la mano de Georges Gurwitsch en las décadas de los años treinta y cuarenta. La resolución del problema relativo a la relación entre el individuo y la sociedad, o entre lo psíquico y lo colectivo, es abonada por este autor mediante la teoría de la *reciprocidad de perspectivas* en la que, a partir de la distinción entre un Nosotros, un Yo, y de las relaciones Yo-Tú, formula grados de sociabilidad parcial de los que resultan tres grados de realidad social: masa, comunidad, comunión, en función de los grados de participación de la reciprocidad de perspectivas entre el Nosotros, el Yo y el Tú (Heredia, 2015).

El naciente estructuralismo también ocupa un lugar central en el escenario que vio nacer la obra de Simondon. Continuando la obra de Saussure y Jakobson, Claude Lévi-Strauss formula una estructura sociocultural como sistema simbólico por excelencia. Paralelamente, Maurice Merleau-Ponty reconduce el concepto de estructura al plano de la conciencia. La posición que adopta Simondon es innovadora puesto que, perteneciendo a un entorno fenomenológico, relativiza el subjetivismo e intersubjetivismo de raíz fenomenológica, se distancia del estructuralismo animado por los procesos ontogenéticos de corte naturalista, pero sin descuidar la perspectiva psicosocial de base, la cual no se ciñe a una relación interindividual como ocurre en muchas de las tradiciones antes descritas (Heredia, 2015).

Jean Piaget problematiza la explicación sociológica centrada en el holismo descrito más arriba para declarar la no pertinencia de concebir tres disciplinas separadamente: la biología, la psicología y la sociología. Afirma la intimidad ontológica de lo psíquico y lo colectivo puesto que la psicología y la sociología abordan el mismo objeto, pero desde puntos de mira distintos y, en consecuencia, plantea la necesidad de una complementariedad entre la psicología y la sociología a través del concepto de interacción (Heredia, 2015). La posición de este psicólogo suizo incide seriamente en el trabajo de Simondon puesto que, al tomar distancia de la postura subjetivista de la fenomenología francesa, se alía con la tradición lewiniana al considerar lo social como un todo, como un sistema de relaciones bajo el influjo de conceptos cibernéticos como autorregulación e interacción (Heredia, 2015).

Por último, hace su aparición en la Francia de mediados de siglo XX la antropología cultural

¹⁵ Gilbert Simondon (1924-1989) ingresa en la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm en 1944; tiene como profesores a figuras centrales de la filosofía de la época como Maurice Merleau-Ponty, Martial Guérault, Jean Hyppolite y Georges Canguilhem. Realizó su posgrado en filosofía sobre la unidad y el tiempo entre los presocráticos, bajo la dirección de Martial Guérault. Recibió la agregación de filosofía en 1948, fue destinado a la escuela secundaria Descartes en Tours, donde enseñó de 1948 a 1955.

Habitado por los problemas más centrales de la historia de la filosofía (en particular la cuestión del individuo y de la relación psicofísica), eligió el camino de una reflexión en la que la filosofía podría ser iluminada por la ciencia, de manera especial por la psicología. Desde entonces trabaja como profesor en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Poitiers hasta 1963.

A partir de 1952 se dedicó a estudiar el problema de la individuación, al mismo tiempo que perfeccionaba sus conocimientos en física y en el campo de las técnicas. El tema de la individuación será objeto de su tesis principal, *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, dirigida por Jean Hyppolite. Defendió su tesis el 19 de abril de 1958, ante un jurado compuesto por Jean Hyppolite, Raymond Aron, Georges Canguilhem, Paul Ricoeur y Paul Fraise. Su tesis complementaria, *Sobre el modo de existencia de los objetos técnicos*, es defendida en 1958 bajo la dirección de Georges Canguilhem. De 1964 a 1970 participó en el seminario de Historia de la Ciencia y la Tecnología en la calle de Four, dirigido por el mismo Canguilhem.

Respecto de la edición de su obra, mientras que su tesis complementaria se publica en 1958, su tesis principal se publica en dos partes: la primera (dedicada a la individuación física y biológica) sale a la luz por primera vez en 1964 y la segunda (dedicada a la individuación psíquico-colectiva) se edita en 1989. Estas obras, así como sus cursos y conferencias, han sido reeditados y traducidos a varios idiomas, y actualmente son objeto de un intenso redescubrimiento (Heredia, 2015; Simondon, s.f.).

estadounidense y la teoría de la personalidad de base. Esta teoría ubica en el centro de sus elaboraciones a la naturaleza, la personalidad y la cultura, alimentando la tesis de una relación recíproca, dialéctica, entre lo psíquico y lo sociocultural:

Lo natural y lo cultural se encuentran en el seno de la personalidad y se interfieren a lo largo del proceso de socialización” y, retomando elementos de la fenomenología merleau-pontiana, plantea la idea según la cual “la naturaleza humana” ha de ser pensada como “un conjunto de posibilidades [no preestablecidas] que no se actualizan sino en contacto con lo social y, *al mismo tiempo*, dan a lo social su fisonomía propia. (Dufrenne, 1972, como se cita en Heredia, 2015, p. 442)

Si bien el escenario en el que se abre camino Simondon es parcializado, favorece la configuración de una propuesta original respecto de la cual todavía no se vislumbra su alcance pleno en relación con la resolución al problema de la relación entre el individuo y la sociedad o entre lo psíquico y lo colectivo. Coadyuva este hecho la promoción del concepto *forma* en biología, *campo* en la física, *Gestalt*¹⁶ en psicología, sistema en lingüística e *información* para la cibernética, puesto que propició un desplazamiento del énfasis ubicado en la función del objeto para concentrarse en el funcionamiento o en el proceso (mecanismos de regulación, ajuste, adaptación).

No es menos importante explicitar que el modelo cibernético de Norbert Wiener resulta de extrema importancia en la obra simondoniana, puesto que recoge esa serie de conceptos y los articula a la hora de pensar un sistema cuya organización resista a la entropía en el plano biológico, psíquico y, por supuesto, social. En este mismo contexto hace aparición el concepto de información aportando a la comprensión de la relación entre el individuo y la sociedad en la medida que “la comunicación y la regulación constituyen la esencia de la vida interior del hombre, tanto como de su vida social” (Wiener, 1988, como se cita en Heredia, 2015, p. 443).

En la clasificación de la psicología que el mismo Simondon reconstruye, podría ubicarse su propuesta entre la segunda y la tercera fase. En *Fundamentos de la psicología contemporánea*, Simondon (2019) divide la historia de la psicología en el siglo XX en tres fases. La primera fase (1900-1910) obedece a la égida científica de la biología. Se caracteriza por un *dualismo causal* (causalidad eficiente) representado por lo físico y lo mental. Desde el punto de vista de los tipos de explicación y los principios que presuponen, esta fase “atribuye un privilegio explicativo, y por lo tanto ontológico, a un orden de realidad definido como una causa (infancia, instinto, sensación...) y separado del efecto, considerado como un fenómeno observable a explicar” (pp. 23-24). La segunda fase, *monista* (1920-1936), adscribe al paradigma de la física; rechaza el dualismo de la primera para circunscribirse a una concepción de la realidad psíquica sistemática y estructurada, holística. El comportamiento es una realidad total de un organismo adaptado al medio ambiente.

Según Simondon, la psicología contemporánea logra el cometido de centrarse en el funcionamiento o el proceso de un sistema en su tercera fase, la cual se caracteriza por un *pluralismo genético* (1948, a la actualidad) que observa como principio un doble movimiento de causalidad entre el individuo y su entorno,

¹⁶Los desarrollos de la *Gestalt theorie* en psicología propiciados por Kurt Goldstein son caros para el pensamiento de Simondon en la medida en que le permiten concebir el principio de organización estructural, sistémico, alejado del equilibrio homeostático o estable, y no centrado en el campo de la percepción relativo a la polaridad figura-fondo, sino en términos de individuo-medio porque sin este último el proceso de individuación no sería posible (Heredia, 2018b, p. 370; Simondon, 2015a, p. 10).

El concepto de metaestabilidad, tomado como equilibrio dinámico y no estable, también es abonado a Kurt Lewin y Goldstein por parte de Simondon: “Goldstein hace notar con razón que el estado normal de las tendencias no es la resolución, la llana calma, sino una cierta tensión media que las aplica al mundo y las liga a su objeto” (Simondon, 2015a, p. 393).

Dice Heredia (2018b):

Simondon cifra en Lewin y Koffka la tercera etapa de la *Gestaltpsychologie* y plantea —en su texto de 1956— cuatro factores histórico-intelectuales para pensar su génesis: (a) el hecho de que Lewin y Koffka viajan a Estados Unidos y toman contacto con el conductismo; (b) la integración del concepto biológico de “medio” y la voluntad de pensar comportamientos; (c) la comprensión de los cambios acaecidos en la física teórica y la pretensión de incluir el principio de discontinuidad en el análisis del comportamiento (concepto de insight); (d) el conocimiento lewiniano de las ciencias formales y matemáticas (teoría de los conjuntos, topología, etc.) y su voluntad de axiomatización. (p. 383)

todo ello en función de la metaestabilidad o equilibrio dinámico de un sistema:

La noción de génesis, rechazada en la segunda fase como una aplicación del pensamiento causal, se reintroduce en la tercera fase, pero con un significado diferente al que poseía en la primera fase: la génesis se lleva a cabo mediante una sucesión de etapas estructuradas, cada una con su unidad sistemática y su sentido: la maduración y las autorregulaciones intervienen junto con las causalidades eficientes, incorporando a la ontogénesis un intercambio de actividades con el medio. Esta génesis es transductiva. (Simondon, 2019, p. 28)

Dado el contexto conceptual en el que se encuentra Gilbert Simondon, y a pesar de pertenecer al entorno de la fenomenología, apuesta de manera innovadora por poner a prueba los conceptos de forma e información a través de una teoría ontogenética de carácter psicosocial contraria al individualismo de corte subjetivista y al holismo sociológico, tradiciones que en su momento gozaban de una notable vigencia¹⁷. Como se sugirió, se acerca más a las tradiciones lewiniana e histórico-dialéctica puesto que favorecen la formulación de una perspectiva psicosocial que, al poner el acento en los procesos, en las relaciones de interdependencia, o correlaciones, ofrece la oportunidad de encarar el problema decimonónico relativo a la relación entre el sujeto y el colectivo que ha permeado a las ciencias humanas y sociales desde sus inicios¹⁸.

Si se deja de lado la preeminencia de un objeto de estudio, la elección de las posturas teóricas y metodológicas cercanas a los constructos simondonianos que han abordado la relación de la que se ocupa este estudio, se ofrece como la alternativa más apropiada para justificar ese apelativo: *perspectiva psicosocial*. Esto es así, como ya se dijo, gracias al estado de interdependencia, de correlación, que guardan entre sí los elementos de un sistema psicosocial.

En los dos siguientes capítulos (estudios) se fundamenta un poco más la perspectiva *psicosocial* que esta investigación pretende, de la mano de los constructos planteados por Simondon.

A continuación, se puede acceder a un estudio sobre la relación entre el individuo y el colectivo (dimensión transindividual) que toma como referente conceptual el concepto de *sistema* y perfila la forma que adopta la perspectiva psicosocial de la mano de un concepto de carácter metodológico y epistemológico, el concepto *transducción* (Cf. Heredia, 2016).

¹⁷ El sistema histórico-conceptual que sirve de contexto a la obra de Simondon, de acuerdo con Heredia (2015), requeriría un estudio que pueda dar cuenta

De un conjunto de presencias y asociaciones heterogéneas: en el plano físico, las tesis realistas de Louis de Broglie (con las cuales aborda una interpretación ontogenética de la dualidad onda-corpúsculo contraria al neokantismo de la interpretación de Copenhague impulsada por Niels Bohr); en el plano epistemológico, las problemáticas físicas y biológicas de Gaston Bachelard y Georges Canguilhem, respectivamente; en el plano biológico, su diálogo principal es con el zoólogo Étienne Rabaud; en el plano cibernético, la obra de Norbert Wiener; en el plano de la psicología, Freud, Jung y Léopold Szondi; en el plano de la filosofía, Henri Bergson; en el plano de la psicología social y la sociología, Kurt Lewin, Marx, Gurvitch, Moreno, Dufrenne, Piaget, Lucien Goldmann y otros. (p. 444)

Esta clase de estudio histórico-conceptual excede las pretensiones de este capítulo.

¹⁸ De acuerdo con lo enunciado en la nota al pie n° 4 de este trabajo, y dejando de lado el recorte temporal que Simondon (2019) adjudica a las fases de la psicología contemporánea, podría plantearse que la tradición individual y grupal se ubicarían en la primera fase puesto que sus constructos se sostienen sobre la base de un sustancialismo causal de los fenómenos psicosociales: el individuo se determina a sí mismo haciendo que el grupo sea una reunión de individuos, y la sociedad, como entidad con una lógica propia, configura el individuo cobijado por el grupo social. La tradición institucional podría ubicarse en la segunda fase puesto que tanto la realidad psíquica como social, en tanto totalidades holísticas, dependen del discurso, de las instituciones que otorgan forma al individuo y al grupo que entablan relaciones a partir del hecho discursivo. La tradición lewiniana y la tradición histórico-dialéctica, podrían ubicarse, de igual modo que el sistema teórico de Simondon, entre la segunda y la tercera fase porque parten para la elaboración de sus constructos teóricos de una posición genética centrada en los procesos a través de los cuales entablan relaciones el individuo y el colectivo en el entorno en el que se inscriben.

2. Lo psicosocial como unidad sistémica procesual transindividual¹⁹

“Lo psicosocial es lo transindividual: es esta realidad lo que el ser individuado transporta consigo, esta carga de ser para individuaciones futuras”. (Simondon, 2009, p. 451)

De una breve manera, el anterior estudio recorrió el camino de las empresas reflexivas que en los dos últimos siglos dirigieron su mirada al problema relativo de la relación entre el individuo y la sociedad. Una posición relacional, de interdependencia, se ha venido consolidando en la época actual; una posición que se ocupa de los procesos, de lo que ocurre en el entre, el enlace que hace posible una dimensión psicosocial como una unidad sistémica procesual, transindividual. Amparados en esta razón, este capítulo sostiene la siguiente tesis: la dimensión transindividual —de la individuación psíquico-colectiva— es condición fundante de una perspectiva psicosocial que, mediante la operación transductiva de información, hace del individuo y el colectivo una unidad sistémica, irreductible a una mirada psicológica o sociológica. Una perspectiva *psicosocial* definida como unidad sistémica procesual, de carácter transindividual, permite comprender e intervenir la tensión constante entre un individuo singular y la interdependencia con otros en un horizonte correlacional que favorece el despliegue de potenciales informacionales.

De manera amplia, el término psicosocial es usado para dar cuenta de fenómenos relativos a la relación individuo-sociedad. Representa una respuesta integradora a las posturas que privilegian un abordaje disciplinar tanto del individuo como de la sociedad. Por naturaleza, una perspectiva psicosocial de los fenómenos que involucran a los colectivos y sus miembros es interdisciplinar y aún más transdisciplinar, es decir, la comprensión de un fenómeno psicosocial requiere que el científico psicosocial pueda permear la lógica configuracional del mismo desde las aproximaciones teóricas, prácticas y axiológicas que las ciencias humanas y sociales han elaborado de manera conjunta.

En este contexto tiene un lugar privilegiado la transducción como operación que permite la configuración de los fenómenos psicosociales, como los sistemas individuo y colectivo, o la conjunción de ambos en un sistema de mayor complejidad a partir del cual se resalta la pertinencia de la dimensión transindividual, por ejemplo, un sistema psicosocial.

La conceptualización simondoniana sobre el individuo y la sociedad como un sistema metaestable, se alza como una de las condiciones de los principios que podrían favorecer la axiomatización de las ciencias humanas y sociales; es decir, es una vía para propiciar que esa familia de disciplinas se reúnan en una unidad de principios explicativos que favorezcan el análisis de las estructuras y operaciones que componen un sistema, y de la configuración de una perspectiva psicosocial en ciencias humanas y sociales, acorde con la operación procesual que permite la integración del individuo y el colectivo:

Para tomar solo estas tres, a saber aquella que se propone estudiar los grupos [sociología], la que se propone estudiar el ser individual [psicología], y la que explica la correlación entre el ser individual y los grupos [psicosociología o psicología social], encontramos una multitud de campos y un fraccionamiento casi indefinido del estudio; esto revela que incluso a propósito de solo una de esas ciencias humanas, la búsqueda de la unidad es muy problemática y que a menudo hace falta fundar una teoría reductora para llegar a la unidad al interior de cada una de esas ciencias. Se observa una unidad de tendencias antes que una unidad de principios explicativos. (Simondon, 2015a, p. 484)

¹⁹ Parte del contenido de este capítulo es comprendido por dos estudios. El material fue revisado y modificado de acuerdo con el objetivo de este trabajo. Las referencias son las siguientes:

1. Carmona, J. G. (2019). Sistemas sociales y psíquicos. Relación entre Niklas Luhmann y Gilbert Simondon. En L. M. Gil (Ed.), *Individuación –Fenomenología Y Psicología–* (pp. 151-168). Editorial Aula de Humanidades.

2. Gil, L. M., Carmona, J. G., & Londoño, J. D. (En prensa). Enfoque psicosocial: transducción y transindividuación. En *A Máquina Abierta: A mentalidade técnica de Gilbert Simondon*

El propósito expreso en una axiomatización de la ciencias humanas y sociales deriva de la evolución de las ciencias de la naturaleza. Hoy es posible el abordaje de fenómenos a partir de postulados fisicoquímicos, y no solo físicos o químicos, por separado. En razón de lo anterior, pregunta Simondon (2015b): “¿No habría que buscar entre los dos extremos, es decir entre la teoría de los grupos, que es la sociología, y la teoría del individuo, que es la psicología, un término medio que sería precisamente el centro activo y común de una axiomatización posible?” (pp. 484-485)

El punto de partida de tal pretensión se la puede hallar en la evidencia de las correlaciones, de la reciprocidad, de la interdependencia:

El aislamiento de una mónada, átomo psicológico, o de un grupo humano que fuera una totalidad, es decir una especie de universo social, resulta imposible. No hay, en sociología, una «humanidad», y no hay, en psicología, un elemento último; siempre estamos en el nivel de las correlaciones, sea que vayamos hacia la búsqueda de los elementos interiores al individuo, sea que vayamos hacia la de los grupos sociales más vastos. (Simondon, 2015b, p. 485)

A partir de la consideración relativa a la correlación como fundamento del individuo y de los colectivos, logra vislumbrarse la armazón de una arquitectura teórica general que puede reunir los principios explicativos de un problema fundante para la ciencias humanas y sociales: *el proceso ontogenético de la relación entre el individuo y el colectivo*.

En el actual campo de la sociología, los aportes teóricos de Niklas Luhmann resuenan con esa finalidad. Sumado a la potencia explicativa de la teoría de sistemas, este autor

Escoge los planteamientos concernientes a la teoría de sistemas *autorreferenciales*, *autopoieticos*, como punto de anclaje de la concepción dinámica de los sistemas abiertos como de la termodinámica del no equilibrio, vigentes en ciencias como la biología, la física, entre otras. (Carmona Otálvaro, 2019, p. 153)

Lo anterior, con el objetivo de explicar por medio de una teoría general, un paradigma, el funcionamiento del todo social (Luhmann, 1998).

En el campo de la psicología ocurre otro tanto; a partir de considerar lo que tienen en común todas las escuelas de esta disciplina, algunos autores consideran que el aspecto común que comparten todas las escuelas de psicología es su objeto: “el alma (psyché), y que las diferencias radican en el modo de entenderlo y en las concepciones antropológicas, filosóficas, científicas, epistemológicas e ideológicas que sustentan su descripción, conceptualización, explicación y abordaje” (Lopera Echavarría et al., 2010, p. 208). El alma, en tanto cultura encarnada, se define

Como el resultado del proceso de sujeción del individuo a la cultura, esto es, de la estructuración o conjugación entre lo biológico humano y las instituciones sociales [discursos] creadas por el lenguaje, proceso que se consolida en la forma humana propiamente dicha. (Lopera Echavarría et al., 2010, pp. 208-209)

Y su abordaje se realiza a partir de tres categorías de estudio: “la estructuración, o proceso de sujeción del individuo a la cultura, la estructura resultante de ese proceso, y los efectos, o formas de expresión de esta estructura” (Lopera Echavarría et al., 2010, p. 214).

La originalidad del sistema de pensamiento de Simondon recae en que la puesta en común de los principios explicativos de la relación entre el individuo y la sociedad no se limita a una disciplina de la familia de las ciencias humanas y sociales, como en los dos casos anteriores, sino a esa familia de disciplinas que, agrupadas con el apelativo de ciencias humanas y sociales, ahora son auscultadas desde una perspectiva inter y transdisciplinar.

Ciencias como la física, la química, la cibernética, han nutrido el aparato conceptual de las ciencias humanas y sociales con una renovada terminología que permite pensar de un modo distinto los problemas de los que se ocupan. Términos como disparidad, desfase, metaestabilidad, transducción, resonancia interna, potencial energético, órdenes de magnitud, entre otras, adquieren una función a la hora de pensar la génesis del individuo psíquico-colectivo.

Este aparato conceptual adquiere valor en la investigación sobre el proceso ontogenético de advenimiento del individuo psíquico-colectivo, y sobre la perspectiva psicosocial de la relación entre el individuo y el colectivo porque permiten fundamentar a la misma resaltando precisamente el proceso de configuración de la

unidad psicosocial a la que pertenece el sistema individuo y el sistema colectivo. En ese aparato conceptual el concepto de información es la base sin la cual se reducen las posibilidades de comprensión de la mencionada unidad relacional psíquico-colectiva.

La importancia del concepto *información* destaca en el sentido que propicia la individuación del individuo psíquico y de los colectivos de manera simultánea (Gil Congote, 2019, p. 15). Esta premisa, erigida como un principio descriptivo, instituye el proceso de individuación psíquico-colectiva como una dimensión *psicosocial* por excelencia.

Entendida como energía amplificante en el tiempo y el espacio con la posibilidad de configurar y reconfigurar sistemas, la información no es relativa a una realidad única y homogénea, sino a dos órdenes en estado de disparidad²⁰:

La información, ya sea al nivel del organismo o de una colectividad, nunca está depositada en una forma que pueda estar dada; es la tensión entre dos reales dispares, es la significación que surgirá cuando una operación de individuación descubra la dimensión según la cual dos reales dispares pueden devenir sistema. (Simondon, 2009, p. 36)

La información es por tanto un inicio y la fórmula de la individuación (Blanco & Rodríguez, 2015; Heredia, 2019; Simondon, 2009); carece de unidad e identidad porque representa una exigencia de individuación, es decir, se encuentra a la base de la tensión energética de un sistema proclive a la individuación. Así, la información propicia que “la incompatibilidad de un sistema no resuelto devenga dimensión organizadora en la resolución” (Simondon, 2009, p. 36), en el cambio de fase del mismo. La información, entonces, es “la fórmula de la individuación” (Simondon, 2009, p. 36), *el sentido* de la individuación de un sistema en estado de tensión energética²¹.

2.1 Importancia del concepto *sistema* en la relación entre individuo y colectivo

La teoría de sistemas, aliada de los desarrollos conceptuales de ciencias como la física, la química, la biología, la cibernética, hoy invita a considerar a las organizaciones en términos de complejidad creciente o elevada. De este modo se supera la visión mecanicista de la ciencia en el sentido de replantear la idea según la cual la división de las partes de un todo favorece su comprensión. Se hace necesario asumir que los grupos sociales como los organismos biológicos, los sistemas psíquicos individuales, obedecen a cualidades como la impredecibilidad, la inestabilidad, la fluctuación, la auto-organización, en fin, la no-linealidad. Esto quiere decir que un sistema es de complejidad creciente o elevada porque es capaz de aprender, adaptarse y, en consecuencia, evolucionar (Maldonado, 2016). Estas referencias a las características de los sistemas contribuyen a evidenciar tránsitos, reformulaciones epistemológicas que configuran el campo de la ciencia bajo nuevos criterios y paradigmas (la transdisciplinariedad, verbigracia). El cambio suscrito no es solo temporal, histórico, atiende a una renovada postura epistemológica y sus respectivas consecuencias, en este caso, en el ámbito de las ciencias humanas y sociales, porque permite discernir con una nueva luz el funcionamiento de los fenómenos de los que se ha ocupado las disciplinas de esa familia de ciencias.

La importancia del concepto sistema para Simondon es nutrida por Bertalanffy (1968/1986), quien plantea que “los fenómenos sociales deben ser considerados en términos de sistemas, por difícil y hoy día fluctuante que sea la definición de entidades socioculturales” (p. 6). Impulsor de ideas como la anterior, este

²⁰ El término disparidad hace alusión a las tensiones energéticas (potenciales) de un sistema que posibilitan el cambio de fase del mismo; sin embargo, el cambio de fase de un sistema puede o no determinar la disparidad de potenciales energéticos (Bardin, 2015a).

²¹ La importancia de este concepto para la perspectiva psicosocial que se está construyendo, se desarrolla con más amplitud en el estudio 3 de esta investigación.

autor sugiere que se hace necesario estudiar no solo las partes o procesos aislados, sino los problemas presentes en la organización, los cuales son el resultado de la interacción dinámica de las partes; estas se comportan de un modo diferente si se les estudia aisladas o dentro del conjunto (Bertalanffy, 1968/1986).

La descripción de los sistemas autorreferenciales, autopoieticos, se alía con estas premisas en la medida que su modo de funcionamiento obedece a la dinámica de sistemas abiertos soportados en las tesis de la termodinámica del no-equilibrio. Los sistemas sociales, a modo de ejemplo, de acuerdo con este punto de mira, producen los elementos que permiten la permanencia de la red o sistema en la que se hallan los mismos (Lewkow, 2017; Luhmann, 1998, 2006; Maturana & Varela, 1973).

La concepción sistémica que sirve a Simondon para formular su paradigma sobre la individuación es considerada, dadas las anteriores referencias sobre sistemas, como un antecedente del paradigma de la complejidad; paradigma sobre sistemas en el que se reúnen diversas orientaciones teóricas, entre las que se encuentran la cibernética propuesta por Norbert Wiener hacia 1942; la teoría general de sistemas, desarrollada por Ludwig von Bertalanffy hacia la misma época, pero difundida mayormente entre 1950 y 1970; la teoría de las estructuras disipativas —o de los sistemas alejados del equilibrio estable— promovida por el Premio Nobel Ilya Prigogine desde principios de la década de 1960, la cual es continuada por la llamada cibernética de segundo orden, de Heinz von Foerster, la cibernética conversacional de Gordon Pask, la autopoiesis de Humberto Maturana y, finalmente, la teoría de catástrofes de René Thom, elaborada hacia 1970 (Benamo, 2018).

Para Simondon (2009), un sistema es una “unidad metaestable hecha de una pluralidad de conjuntos entre los cuales existe una relación de analogía, y un potencial energético” (p. 346). De acuerdo con esta definición es pertinente partir de la idea según la cual un individuo humano es un sistema, de igual manera que lo es un colectivo, sistemas que a su vez conforman uno de mayor escala, psicosocial.

Un sistema es metaestable porque resuelve las tensiones propias a través de la conservación de estas en un equilibrio dinámico —termodinámica del no-equilibrio— en lugar de anularlas en un equilibrio de estabilidad; en otras palabras, la relación entre el individuo y el colectivo, su individuación²², se soporta en un sistema de estructuras y funciones en el cual las tensiones son compatibles (Simondon, 2009, 2015a).

Como puede observarse, la metaestabilidad es un rasgo que la mirada sistémica de Simondon comparte con aquellos que contemplan un sistema alejado del equilibrio estable dada la complejidad funcional del mismo. Tanto los individuos como los colectivos se transforman intercambiando información y se complejizan de manera creciente²³. Este punto de vista trae consigo, por ejemplo, una deriva política, en el sentido de que la integración de la diferencia de los sistemas que comparten información posibilita su conservación y no su anulación, contrariamente a concepciones en las que la semejanza o identificación —masificación— se elevan como la solución a las problemáticas en las que se encuentra implicada la relación entre el individuo consigo mismo y con los colectivos de los que hace parte.

Entre los conjuntos que constituyen al sistema existe una relación analógica porque tienen identidad entre los procesos que los determinan, es decir, existe una relación energética y una cualidad estructural que favorece la mutua influencia. De acuerdo con Simondon, los sistemas no deben ser considerados totalidades resultantes de la suma de sus elementos, dado que desvirtúa lo que hace de ellos sistemas: separación relativa de los conjuntos que contienen, estructura analógica de operaciones, desfase, disparidad y, en general, actividad relacional de información (Bardin, 2015a; Simondon, 2009).

El término *desfase* hace referencia al cambio de fase de un sistema como resultado del proceso de

²²Para Gil (2016), en el trabajo denominado *Psicología, trabajo e individuación*, el estudio sistemático de los procesos de individuación y transindividuación ha permitido

Construir un marco de referencia que enlaza los procesos psicológicos (básicos y superiores) y las implicaciones (individuales y colectivas) de ser parte de un entorno que no puede pensarse hoy por fuera de la técnica y la tecnología. El ser, en su dimensión biológica, psicosocial, ética y política, permite desplazar el foco de análisis de la subjetividad y la identidad, entendidas como un resultado, a la constitución de procesos de individuación y transindividuación. Esta perspectiva, sin caer en la sustancialización de los términos, conjuga lo que permanece y lo que varía; el ser y el devenir, el presente como enlace activo del pasado y el futuro, el haber sido y el poder llegar a ser. (p. 14)

individuación; cambio que implica la inclusión de las anteriores fases alcanzadas en el sistema resultante²⁴. Este concepto también refiere a la presencia de distintos procesos, divergentes o no, que de manera simultánea se llevan a cabo en un sistema (Bardin, 2015a; Simondon, 2009). El término disparidad (como se dijo en la nota al pie n° 21) hace alusión a las tensiones energéticas —potenciales— de un sistema que permiten su cambio de fase; sin embargo, el cambio de fase puede o no determinar la disparidad de potenciales energéticos (Bardin, 2015a; Simondon, 2009).

La configuración de un sistema, como lo es el individuo y la sociedad, es posible gracias a los potenciales de información. Por este último concepto debe entenderse la energía amplificante (en el tiempo y el espacio), de acuerdo con las características de un sistema particular —si se trata de una máquina: código de señales; si se trata de un ser humano: código de significaciones—, que tiene la propiedad de configurar y reconfigurar el sistema con la finalidad de favorecer la emergencia del equilibrio metaestable (Bardin, 2015a; Rodríguez, 2007; Simondon, 2015a).

La conceptualización simondoniana sobre el individuo como un sistema metaestable es otra de las premisas que podría propiciar que las ciencias sociales encuentren un punto de anclaje entre sus diferentes áreas, favoreciendo de ese modo el análisis de las estructuras y operaciones que componen un sistema, y del proceso que permite las relaciones entre individuo y colectivo, su individuación.

En un sistema conformado por el individuo y el medio que permite su configuración, no solo hay intercambios energéticos, hay una causalidad recurrente que impide ver un ser aislado de su entorno y limitado a un modo de ser, gracias a las posibilidades que se generan en su encuentro, en la emergencia dada a partir de la indeterminación del mismo sistema. Hay interdependencia y acción recíproca de los elementos o dimensiones que lo componen. Hay tensiones o fuerzas contrapuestas que implican la información del medio y del propio individuo para resolver problemas. De este modo, la resolución de tensiones o disparidades no

²³El contexto sistémico en el que se desenvuelve Simondon, y que comparte con otros autores, como Luhmann, ha sido usado por otros para describir el funcionamiento de los sistemas sociales. Inspirado en estos dos autores, han aparecido propuestas en un marco cognitivo sociohumano que resta importancia al papel de los agentes humanos individuales necesarios tanto para la formación de los sistemas sociales como para su funcionamiento.

Tomando como referencia la teoría sobre la individuación de Simondon, articulada con la teoría enactiva de la cognición, y la teoría de los sistemas sociales de Luhmann, se forja una visión novedosa de los sistemas sociales como secuencias complejas e individualizadas de interacciones comunicativas que constituyen agencias cognitivas que adquieren la capacidad de ejercer influencia sobre un entorno constituido por humanos (Lenartowicz et al., 2016).

Los sistemas sociales modernos operarían como sistemas cognitivos sui generis: lugares de agencia y cognición autónomos y autoorganizados, que son distintos de las mentes humanas y manifiestan comportamientos que son irreductibles a sus agregados. Aunque no están encarnadas biológicamente, la forma en que estas agencias se individualizan y su modo de operación es análogo a muchos otros procesos de autoorganización de la vida (Lenartowicz et al., 2016).

Otra clase de relación, respecto del estatuto sistémico de los colectivos puede observarse del siguiente modo:

El énfasis en los procesos que favorecen la comprensión del funcionamiento de los sistemas es un rasgo común entre Luhmann y Simondon. Interpenetración y acople estructural son las operaciones descritas por Luhmann; disparidad, desfase y transducción, las operaciones descritas por Simondon para dar cuenta de la relación funcional y operativa que favorece la interdependencia entre el individuo y la sociedad. La referencia a la conservación de los sistemas se observa en el horizonte conceptual de ambos: de manera explícita en Luhmann, para quien la interpenetración y el acople estructural son procesos inherentes a los sistemas abiertos y autopoieticos que se autoorganizan para producir formas adaptativas renovadas; desde Simondon a través del concepto metaestabilidad, pues la disparidad, desfase y transducción, en cuanto operaciones que permiten la relación entre los conjuntos de un sistema y entre los sistemas mismos, favorece su equilibrio dinámico, es decir, su metaestabilidad. (Carmona, 2019, p. 166)

²⁴En su tesis doctoral secundaria, *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Simondon (2007) explica el lugar que ocupa el concepto de fase:

Por fase entendemos no un momento temporal reemplazado por otro, sino el aspecto resultante de un desdoblamiento del ser que se opone a otro aspecto; este sentido de la palabra “fase” se inspira en el que tiene en física la noción de relación de fase; no se concibe una fase si no es en relación con otra o varias fases; en un sistema de fases hay una relación de equilibrio y de tensiones recíprocas; la realidad completa es el sistema actual de todas las fases tomadas conjuntamente, no cada fase por ella misma, una fase no es fase sino en relación con las demás. (p. 177)

implica un equilibrio estable, homeostático; es armonización de picos energéticos con momentos de estabilidad (metaestabilidad) que generan o pueden generar nuevas estructuras (Heredia, 2018b).

Considerar individuo y entorno como un sistema metaestable supera el esquema hilemórfico cuestionado por Simondon en la medida en que sus elementos —materia y forma—, se asumen ya constituidos o acabados antes de la operación que los une. Por el contrario, la transformación de individuo y entorno, en cualquiera de sus fases —física, biológica, psíquica-colectiva— remite a la emergencia de propiedades nuevas como característica del devenir. Así, la individuación del sistema individuo-colectivo, en la medida que transduce información proveniente de la naturaleza (potenciales preindividuales) y la cultura, acopla factores físicos, biológicos y simbólicos —normas biológicas, valores, representaciones, etc.—, con factores contingentes que potencian y limitan el equilibrio metaestable del individuo psíquico-colectivo.

Con el fin de soportar un poco lo descrito en estas líneas sobre la relación naturaleza-cultura, desde el punto de vista de la regulación o equilibrio que proporciona en un sistema individuante como lo es individuo-colectivo, las propuestas de Georges Canguilhem relativas a la presencia de la norma en sistemas biológicos puede ser de ayuda puesto que resuenan con la posición epistemológica de Simondon en el sentido de que su arquitectura teórica descansa en un basamento natural, lo cual elimina el carácter artificial de la cultura por oposición a la naturaleza presente en la pareja libertad/necesidad, defendida la axiomatización del positivismo científico (Simondon, 2018).

La influencia de Canguilhem²⁵ en los presupuestos teóricos del filósofo y psicólogo francés se pueden observar en la siguiente declaración respecto de la norma: “Las normas vitales no poseen un contenido humano, pero la normatividad humana no se explicaría si no estuviese de alguna manera en germen en la vida” (Canguilhem, 1971, pp. 92-93). Ahora, el anterior supuesto no debería entenderse en el sentido de que la norma o el valor que propicia la regulación de un sistema psíquico-colectivo, posea las mismas características que en un sistema biológico, por ejemplo. Este autor ofrece dos proposiciones que ayudan a soportar lo que se pretende decir.

La primera de ellas afirma: “la vida es polaridad y por ello mismo posición inconciente de valor, en resumen: que la vida es de hecho una actividad normativa” (Canguilhem, 1971, p. 92). Tal proposición nos interesa por la referencia a la norma y al valor que se le adjudica a la actividad vital como referente de la norma en el individuo y el colectivo.

Que “la vida sea de hecho una actividad normativa”, significa que los seres vivientes poseen la capacidad de instituir sus propias normas con el objeto de proporcionarse un adecuado orden interior que les permita una mayor adaptabilidad al medio en el que se encuentren. Ahora bien, la posibilidad de autorregulación de un organismo se presenta por la polaridad inherente a la vida; polaridad expresa en la manifestación de dos fuerzas o tendencias con sentidos opuestos, que no contradictorios (por ejemplo, la actividad de ingesta y excreción de un organismo). Son estas fuerzas o tendencias las que instituyen la polaridad, y, por tanto, la normatividad regulativa que, al estar en pro de la vida, posee un carácter valorativo. De acuerdo con lo que se acaba de exponer, la vida, en sí misma, adopta una posición de valor.

La segunda proposición alude al origen de la norma en la experiencia cultural: esta es lógicamente secundaria, pero así mismo, existencialmente primitiva (Canguilhem, 1971). Asumimos que la intención de este autor es formular que la norma es “lógicamente secundaria” en un sentido prescriptivo, regulativo, y es primitiva en un sentido regulativo —de regularidad—. Tal afirmación se basa en el hecho de que la infracción a la norma como regularidad, tiene como efecto el establecimiento de normas como prescripciones, y de valores como tendencias comportamentales, con el objeto de mantener la misma regularidad. Respecto de la norma y la infracción, se debe aclarar que la norma como prescripción no puede ser original puesto que como

²⁵ Sobre el aporte de Canguilhem en la obra de Simondon y en el contexto de la época, ver notas 16 y 18 en este mismo capítulo.

afirma Canguilhem (1971): “la regla sólo comienza a ser regla cuando arregla, y esta función de corrección surge de la infracción misma” (p. 188)²⁶.

Considerar que la relación individuo-colectivo constituye un sistema que tiene la finalidad de autorregularse de manera dinámica (metaestabilidad) gracias a la presencia de factores naturales y culturales en solución de continuidad, se convierte así en una premisa conceptual y práctica rigurosa, utilizable en las ciencias sociales y humanas, para comprender el ordenamiento de los sistemas y fenómenos que han sido objeto de su reflexión.

También, posibilita aprehender un poco más, como se verá más adelante en este trabajo, concretamente en el cuarto y último capítulo, que las instituciones culturales como las normas, los valores, los mitos, fungen como técnicas humanas que tienen la finalidad de preservar la regularidad de un sistema psíquico-colectivo. Sin embargo, cuando esa clase de técnicas son usadas desvirtuando su carácter regulador, cuando advienen exclusivamente prescriptivas, por ejemplo, el sistema psíquico-colectivo del que se trate, llámese grupo, comunidad o sociedad, corre el serio riesgo de anquilosar su funcionamiento dinámico, precisamente su metaestabilidad.

2.2 Sistema individuo-colectivo: individuo psicosocial

Habida cuenta de la perspectiva unilateral, divisoria, que operaba a inicios del siglo XX en el abordaje de la relación entre individuo y sociedad, Simondon, a tono con las tendencias de su época —mediados del siglo XX—, se decide por una mirada correlacional para pensar el problema expreso en determinar el modo como opera dicha relación. El problema aludido sobre la relación entre el individuo y el colectivo es resuelto por Simondon a partir de la teoría sobre la individuación. El problema sugerido, como se ha abordado en los capítulos precedentes, consiste en:

Dos reduccionismos complementarios promulgados por la psicología y la sociología: la psicología reduce al individuo a constituyente fundamental de los procesos sociales, mientras que, simétricamente, la sociología elimina cualquier nivel de la realidad de ellos asumiendo que los individuos son parte del todo social al que pertenecen, es decir, un «individuo» de mayor escala por el que son completamente determinados. (Bardin, 2015a, p. 5)

La posición reduccionista se debe al olvido de la realidad de la relación, la cual consiste en una operación de individuación. La introducción de esta perspectiva en la filosofía trae aparejadas consecuencias importantes; por ejemplo, se logra explicar la razón por la cual operó una división entre sujeto y objeto, lo cual, a su vez,

²⁶ Las implicaciones derivadas del concepto normal pueden ilustrar lo aquí expresado sobre la relación entre este concepto y la manera como a través de él se entabla una relación entre naturaleza y cultura: el término “normal”, que proviene del latín “norma”, presenta una ambigüedad en tanto puede utilizarse en un sentido prescriptivo, normativo o regulativo, o en el sentido de una regularidad natural. Debido a que etimológicamente la palabra latina norma designa la escuadra, aquello que no se inclina ni a la derecha ni a la izquierda, que se mantiene en ángulo recto, surgen dos acepciones que ayudan a resaltar la ambigüedad mencionada. La primera acepción del término “normal”, denota lo que es tal cómo debe ser, mientras que la segunda, es la referida al promedio resultante de lo que se presenta en la mayoría de los casos. Por estas razones, el término “normal” denota una ambigüedad; es decir, designa un hecho y un valor que se le atribuye al hecho en virtud de un juicio de apreciación que se asume frente al mismo, el cual realmente resulta ser un prejuicio dado que se toma a la generalidad como el signo de un ideal alcanzado. De acuerdo con Canguilhem (1971), esto es producto de la influencia de una tradición filosófica ideal realista que asume lo que ocurre de manera frecuente como lo que debe ser en el sentido ideal y, en consecuencia, como el promedio de lo que se presenta en la mayoría de los casos.

En relación con el término “normal”, puede decirse que, aun cuando el concepto albergue las referencias a la prescripción y la regularidad, en la que se sustenta el criterio estadístico —el promedio de lo que se presenta en la mayoría de los casos—, en la experiencia biológica se resalta como valor al término “normal” por su tendencia a la regularidad, y no como un concepto estadístico de la realidad; mientras que en la experiencia antropológica o cultural, el peso del término tiende a recaer sobre esta segunda característica. Para la experiencia biológica, lo normal es un concepto de valor en tanto la vida no es un objeto, sino una actividad polarizada cuyo esfuerzo espontáneo de defensa y de lucha, se resiste contra todo lo que represente un valor negativo para la regularidad expresa en el adecuado ejercicio de las funciones de un sistema orgánico (Canguilhem, 1971).

favoreció que las disciplinas instituyeran objetos de estudio alejados del sujeto que los conoce.

La teoría del conocimiento inspirada en Kant consiste en fundar la posibilidad del conocimiento de un objeto en la actividad del sujeto cognoscente como el centro activo a partir del cual es posible conocer la realidad del mundo y sus fenómenos. Por el contrario, partir de una perspectiva procesual que ubica a la operación en el centro del despliegue del ser, hace que esta operación preceda al sujeto que conoce como al objeto de conocimiento, precede al pensamiento como al individuo, de modo que no podría admitirse un observador ya constituido antes de la operación que posibilitó su surgimiento (Combes, 2017). De esta posición deriva que tanto el pensamiento como el individuo son fases del ser en devenir. Así, el pensamiento acompañaría la constitución de los seres que se individualizan debido a la operación que lo permite, la cual desaparece cuando incorporada a su resultado, el individuo, emerge el objeto de conocimiento.

La realidad operacional del ser, la cual permite concebir la configuración de diversos dominios del ser, es la causante de la inexistencia de criterios últimos o unívocos para definir la autonomía de un objeto como el individuo o el colectivo:

¿No habría que buscar entre los dos extremos, es decir, entre la teoría de los grupos, que es la sociología, y la teoría del individuo, que es la psicología, un término medio que sería precisamente el centro activo y común de una axiomatización posible? (Simondon, 2015b, p. 484-485)

El término medio que permite resolver el problema de la relación entre el individuo y el colectivo lo encuentra Simondon en una perspectiva psicosocial, *fundada en una concepción transindividual (correlacional) del proceso de individuación*. Modelos teóricos distintos al de Simondon parten de la premisa de que la realidad se encuentra individuada y, a partir de esa consideración, asumen el análisis del individuo, lo psíquico, y las relaciones interindividuales, lo colectivo (la sociedad, verbigracia), como fenómenos autónomos, conduciendo así a concepciones relativas a que la sociedad da forma al individuo o viceversa, o que el individuo construye su medio de existencia, o que el medio forma al individuo mediante una lógica adaptativa (Heredia, 2015). La mayoría de las tradiciones descritas en el primer estudio de este trabajo dan cuenta de ello; privilegian una mirada atómica, sustancialista del individuo y el colectivo, y en consecuencia generan una lectura reduccionista del problema consistente en concebir un individuo y un grupo ya constituido como el principio a partir del cual explicar su configuración y relación.

La solución simondoniana implica asumir la realidad psicosocial —correlacional— como un devenir en el que el sujeto, reunido con otros, hace nacer lo colectivo mientras se individualiza. En otros términos, el sujeto es *teatro y agente de individuación* (Simondon, 2015a). Sin embargo, considerando que la individuación debe ser entendida como devenir del ser, el individuo es ser captado a partir de la individuación, y no la individuación a partir del ser individualizado (Simondon, 2015a). De este modo, se enfatiza el proceso de individuación que propicia la configuración del individuo y no al contrario. Se ingresa “en el campo reflexivo de la ontogénesis. Una visión del devenir que relativiza la independencia de los individuos volviéndolos relativos a un sistema energético en proceso” (Simondon, 2015a, p. 452); sistema que, acorde con una filosofía de la naturaleza en la que la realidad contiene un potencial energético indeterminado (preindividual), contempla la realidad del mismo individuo como una distribución de distintos *dominios de ser* que conllevan individuación gracias a la potencia preindividual que lo permite. En consecuencia, el individuo psicológico no debe ser pensado como una realidad plenamente individualizada y autónoma, sino como un ser en constante individuación y, por tanto, en interdependencia con otros; esto es, debe ser pensado a partir de una realidad psicosocial, transindividual.

Partiendo, entonces, de considerar el problema filosófico relativo al ser en tanto ser, y no del ser en tanto individuo, tal y como se referenció en el anterior estudio en el que las tradiciones, por lo menos las dos primeras parten de considerar al individuo en sí mismo, ya constituido, y del mismo modo el colectivo, Simondon se interesa por lo que permite la configuración del ser individuo, es decir, por lo que precede al advenimiento de este último. En este punto hace su aparición el concepto de preindividual como potencial informacional natural en aras de configuración; en otros términos, antes de la aparición del ser individualizado se concibe la presencia de un ser *preindividual* como un sistema con potencial informacional por desplegar.

En la respuesta a la pregunta por lo que permite el paso del ser preindividual al ser individualizado, se ubica la operación que permite la constitución del individuo o, dicho de otro modo, la individuación como proceso (Combes, 2017). De esta consigna surge la premisa que permite el desarrollo teórico de Simondon sobre la realidad del desarrollo del individuo: “intentaríamos captar la ontogénesis en todo el desarrollo de su realidad, y conocer el individuo a través de la individuación antes que la individuación a partir del individuo” (Simondon, 2015a, p. 9). Así, el individuo no es el principio o el término de la individuación, es el resultado de una operación de individuación. De allí que la respuesta a la pregunta por la génesis del individuo recaiga

sobre una concepción del devenir del ser dado que es este quien se individúa. Así, la génesis de los individuos físicos, biológicos, psíquicos, colectivos y técnicos se asienta en el devenir del ser que la permite.

Este devenir del ser o, dicho de otro modo, el advenimiento de una modificación o reconfiguración de este, la cual se produce cuando opera un cambio de fase, no implica el cambio de una por otra, sino la resolución de las incompatibilidades energéticas (potencial informacional) que permiten el devenir mismo de la individuación. Ahora, a partir de esta premisa surge que el individuo que ha vivido la experiencia del cambio de fase es proclive a una individuación más gracias a la reserva del potencial informacional que porta. Por esta razón, la individuación es devenir del ser: “El ser en tanto ser está dado por entero en cada una de sus fases, pero con una reserva de devenir” (Simondon, 2015a, p. 404).

La finalidad de la operación de individuación o desfase del ser es lograr la metaestabilidad o equilibrio dinámico del sistema individuante; de este modo permanece y se perpetúa a través de la configuración de un renovado sistema individual. Ahora, esta operación de individuación ocurre de manera sincrónica con el medio con el que interactúa el individuo que vive el proceso. Por esta razón, la individuación lo es de la pareja individuo-medio asociado, que es su complemento, y sin el cual no podría realizarse la operación de individuación. Por este motivo, la realidad del individuo está dada en términos de relación: el devenir del individuo se define por un acto relacional de información.

El proceso sistémico de individuación es descrito mediante un modelo ontogenético compuesto por tres órdenes o fases: a) física, b) vital o biológica, y c) psíquica y colectiva —transindividual—. La primera hace alusión a una fase energética y metaestable que implica el conjunto de transformaciones que puede vivir un sistema en proceso de individuación —fase preindividual—; la segunda a una fase individual que remite a lo actual, como al campo de transferencias y operaciones de individuación; y finalmente, la tercera a una fase transindividual —colectiva— caracterizada por una continuidad relacional (Gil Congote, 2016; Heredia, 2015; Simondon, 2015a). A este proceso de individuación Gil Congote (2016) lo denomina *singularización*, conformado por las fases: conformación, individuación, individualización y transindividuación; con ese concepto se busca hacer más explícito el tránsito entre los modos y momentos de ser de un individuo.

La relación entre individuo y colectivo se entabla en la tercera fase del siguiente modo:

La tercera fase se define como una instancia del ser puramente psicosocial que encuentra génesis y fundamento no en una relación de interacción interindividual entre seres recíprocamente exteriores e individuados psicosomáticamente, sino en una operación de individuación específica que hace nacer lo colectivo a partir de la reunión amplificante de las cargas de naturaleza preindividual que portan los sujetos, haciéndolos así participantes de grupos. Es decir, lo colectivo no se gesta a partir de lo que ya son los individuos sino, por el contrario, a partir de lo que aún no son, a partir de lo que pueden en tanto seres portadores de potenciales. Y este argumento se completa señalando que los individuos psicosomáticos no pueden resolver dicha carga energética preindividual de modo intraindividual, sino que deben necesariamente amplificarla y transferirla haciéndose participantes de colectivos. (Heredia, 2015, p. 453)

En cuanto sistemas metaestables, los individuos se encuentran en constante tensión —disparidad— y deben resolver problemáticas vitales —influenciadas por la carga energética preindividual que aún conllevan— en aras de la emergencia del equilibrio dinámico. Sin embargo, el ser psíquico no puede resolver los problemas en sí mismo. El componente preindividual que determina sus potenciales permite al mismo tiempo su participación en los grupos como condición de individuación de lo colectivo, la cual “hace del individuo un individuo de grupo, asociado al grupo a través de la realidad preindividual que lleva en sí y que, reunida a la de los demás individuos, se *individúa en unidad colectiva*” (Simondon, 2015a, p. 16). Esta explicación alude al proceso de desfase, definido líneas atrás.

Descrita la relación entre el individuo y la sociedad, ha de aclararse que el mundo psicosocial de lo transindividual no es lo social bruto, puesto que desde la perspectiva filosófica del pensamiento simondoniano es imposible discriminar lo social como una realidad aislada, del mismo modo que no lo es el individuo. Tampoco debe comprenderse lo transindividual como mera relación entre individuos, una relación interindividual, pues supone una verdadera operación de individuación a partir de una realidad preindividual, capaz de constituir una nueva problemática que tenga su propia metaestabilidad (Simondon, 2015a, p. 16).

De este modo, es posible concebir dos individuaciones recíprocas: una psíquica, referida a la relación del

individuo consigo mismo, y una colectiva, que aborda la relación del individuo con los grupos. La reciprocidad entre las dos individuaciones introduce la transindividualidad de la relación entre ambas individuaciones: “Las dos individuaciones, psíquica y colectiva (...) permiten definir una categoría de lo transindividual que tiende a dar cuenta de la unidad sistemática [de ambas]” (Simondon, 2015a, p. 16). De esta premisa se derivaría como resultado la configuración de un individuo de mayor complejidad en el sentido del potencial informacional que todavía puede desplegar, el individuo psicosocial; individuo que, siguiendo la lógica de la individuación, podría devenir nuevamente, de acuerdo con una individuación psíquico-colectiva, psicosocial, la cual se centraría en la relación entre las dos individuaciones anteriores²⁷.

A partir de lo acabado de expresar es posible concebir que individuo y colectivo se encuentran ligados, del mismo modo que psicología y sociología, a partir de considerar el proceso ontogenético de ambos. La individuación psíquica se produce gracias a la resolución de una problemática, especialmente del orden de la percepción, mientras que la individuación colectiva se produce gracias a la resolución de una problemática que es también afecto-emotiva: la configuración del potencial preindividual que portan los individuos propiciando la conformación del grupo, del colectivo.

La individuación psíquica apela a la relación entre la emoción y la percepción, las cuales aparecen como un acto de individuación por parte de un ser viviente con la finalidad de resolver un conflicto con el medio en el que se encuentra. Percibir, en este sentido no refiere solo a la capacidad de organizar las sensaciones en una forma específica (Cf. Carmona Otálvaro & Perea Palacios, 2019). En la relación del sujeto con el mundo, la percepción es el acto por medio del cual el sujeto, en tanto individuo que entabla relación con el mundo de los otros, configura de manera organizada una forma significativa y, en consecuencia, modifica su propia estructura y la del objeto del mundo que capta su atención²⁸: “La percepción –que es interpretación (e invención) del mundo– y la acción –que es posibilidad de incidir en y sobre el mundo– son las características vitales de lo psíquico” (Gil Congote, 2017, p. 85), porque favorece los procesos de integración y diferenciación según un régimen de causalidad y finalidad asociados; procesos y regímenes cuyo funcionamiento se presenta gracias a la operación transductiva (Simondon, 2009).

La individuación colectiva hace su aparición al considerar que el individuo psíquico, en particular las problemáticas que vive, no se resuelven de manera intraindividual, pues no es una sustancia que se baste a sí misma: “El problema del individuo es el de los mundos perceptivos, pero el problema del sujeto, [no ya del individuo], es el de la heterogeneidad entre los mundos perceptivos y el mundo afectivo [preindividual]” (Simondon, 2015c, p. 320). De este modo, se introduce una incompatibilidad del sujeto consigo mismo, puesto que es individuo y algo distinto que individuo. Esta incompatibilidad la resuelve el sujeto a través de la articulación de la acción que resuelve los problemas perceptivos, y la emoción que resuelve los problemas afectivos, mediante la individuación de lo colectivo:

La acción solo puede resolver los problemas de la percepción y la emoción los de la afectividad si acción y emoción son complementarios (...); para que haya resonancia entre la acción y la emoción, es preciso que haya una individuación superior que las englobe: esta individuación es la de lo colectivo. El sujeto solo puede coincidir consigo mismo en la individuación de lo colectivo, porque el ser individuado y el ser preindividual que están en él no pueden coincidir directamente. (Simondon, 2015c, p. 320)

²⁷ El concepto *Transindividual* supone la individuación de una nueva categoría cuyo eje de referencia no sería el individuo sino el ser humano, la individuación de la pareja ser humano y mundo. De este modo se podría apreciar el devenir completo del ser, integrando la individuación de éste a través de sus diversas fases, con los modos de aprehensión del mundo por parte del ser humano. Se trataría de una antropogénesis en los que la tecnicidad y sacralidad se constituirían en los términos de una renovada dimensión psicosocial (Heredia, 2017).

²⁸ De acuerdo con Simondon, la percepción es una actividad vital que favorece la relación del viviente con su medio, no es solo instrumento u operación. A partir de estudiar el sentido biológico y psicológico de la percepción –percepción de la forma, movimiento, espacio y duración– se interesa por la relación entre la percepción y la afectoemotividad, y deriva en la relación entre la percepción y la tecnicidad (Simondon, 2012).

Dicho lo anterior, resulta que el colectivo es una unidad sistémica que surge cuando se presenta reciprocidad entre la percepción y la afectoemotividad²⁹ de los individuos que lo conforman, deviniendo así en una dimensión más, una unidad sistémica psicosocial, transindividual.

El carácter transindividual de las individuaciones psíquica y colectiva se precisa al considerar que el colectivo se constituye cuando los individuos, comprometidos en una renovada individuación, se reúnen con la finalidad de resolver la carga preindividual que portan. Para que advenga lo colectivo, el individuo debe individuar o transformar el componente informacional preindividual que lleva consigo.

En este contexto, lo transindividual alude a la correlación entre el individuo y el colectivo que permite la individuación del individuo psíquico-colectivo. Por esta razón, lo transindividual es el emblema de lo psicosocial, una realidad que el individuo transporta consigo en aras del advenimiento de una individuación más, la colectiva. Dicho de otro modo, lo transindividual es la relación entre lo que sobrepasa al individuo (el potencial preindividual) a través de su transmisión; de manera más precisa, de su transducción como información, con la parte no individuada, preindividual, que porta otro individuo³⁰.

En este marco, el sujeto (viviente psíquico-colectivo que entabla relación con otros) debe ser concebido como unidad del ser, debido a que representa su acción a través del mundo, como un elemento integrante del mismo. Es teatro y agente de individuación en el sentido de que su devenir implica una individuación permanente, para sí y para los demás, con tendencia a la metaestabilidad. La relación entre el individuo y el colectivo debe concebirse, en consecuencia, como una dimensión de la individuación por la cual el individuo deviene en colectivo (Simondon, 2009, pp. 32-33). Debe concebirse como individuación psicosocial.

Esta serie de reflexiones sobre la individuación psicosocial o configuración del individuo psíquico-colectivo, se revelan de utilidad en las ciencias humanas y sociales en tanto los fenómenos de los que se ocupa podrían ser mejor comprendidos a partir de la mirada sistémica y procesual que los determina, en aras de la preservación de su regularidad o metaestabilidad. El ordenamiento de la organización denominada familia, el ordenamiento político de una comunidad o de una sociedad, la lógica organizacional de la economía de un país, por ejemplo, podrían ser mejor auscultados bajo la premisa que hace de ese tipo de ordenamiento un sistema dinámico de interacciones recíprocas entre los elementos que los conforman; entre ellos, uno de máxima representatividad: el lugar funcional del individuo psíquico-colectivo o psicosocial, puesto que la resolución de las tensiones informacionales que, en términos de problemáticas afectan la regularidad de un sistema, dependen necesariamente del equilibrio dinámico entre la percepción y la emoción que caracteriza al individuo psíquico-colectivo o psicosocial.

²⁹ La afectividad es la manifestación del potencial informacional preindividual en aras de individuarse en un sujeto que, por esta condición, se vivencia como inestabilidad, tensión, contradicción de valores, emergencia de afecciones dispares (Heredia, 2012).

De acuerdo con Simondon, “la afección se ordena según la bipolaridad de lo alegre y lo triste, de lo afortunado y lo desdichado, de lo exaltante y de lo deprimente, de la amargura o la felicidad, del envilecimiento y del ennoblecimiento” (2009, p. 381). Pero esta polaridad no constituye la información total afectiva en un sujeto. Ella instaure diversas modalidades afectivas que, en la medida que se superponen, imposibilitan la emergencia del equilibrio metaestable en el universo afectivo que componen. Lo que permite el ordenamiento del afecto así descrito es la emoción como unificación temporal del afecto en pos de la configuración de una disposición afectiva:

Cuando determinadas repercusiones sensitivas y afectivas se revelan como no-integrables a la disposición emotiva en curso, el sujeto sufre una ruptura y reorganiza su universo afectivo en torno a otra modalidad emocional. En este sentido, la emoción se basa en la afectividad, pero la afectividad —como tensión entre el ser individuado y lo preindividual— no se funda en la emoción, sino que encuentra en esta última un camino para estabilizar parcialmente su problemática inmediata dentro de un nuevo equilibrio. (Heredia, 2012, p. 66)

Si la percepción organiza las sensaciones, la emoción organiza los afectos.

³⁰ Para Simondon (2009), lo transindividual posee una dimensión espiritual que aborda en gran parte de su tesis principal, a la manera de un valor que caracteriza precisamente la correlación entre el individuo psíquico y el colectivo:

La espiritualidad es la significación del ser como separado y ligado, como único y como miembro de lo colectivo; el ser individual no es a la vez único y no único; es preciso que posea las dos dimensiones; para que lo colectivo pueda existir, es preciso que la individuación separada lo preceda y contenga todavía lo preindividual, aquello a través de lo cual lo colectivo

2.3 Transducción en el sistema individuo-colectivo

Dado que las fases del proceso sistémico de individuación no deben ser pensadas de manera aislada, sino como conjuntos del sistema psicosocial, queda por esclarecer la operación mediante la cual el devenir del individuo psicosocial se hace posible. Por medio del concepto *transducción*, Simondon logra sustentar un criterio metodológico que supera los modos de razonamiento clásico: inducción, deducción, para dar cuenta de la génesis y transformación de sistemas sincrónicos desde una perspectiva procesual y discontinuista (Gil Congote, 2016; Heredia, 2015; Simondon, 2009, 2015c). El concepto se define del siguiente modo:

Una operación física, biológica, mental, social, por la cual una actividad se propaga progresivamente en el interior de un dominio, fundando esta propagación sobre una estructuración del dominio operada aquí y allá: cada región de estructura constituida sirve de principio de constitución a la región siguiente, de modo que una modificación se extiende así progresivamente al mismo tiempo que dicha operación estructurante. (...). La operación transductiva es una individuación en progreso. (Simondon, 2015c, p. 21)

Esta operación favorece que un sistema viva un cambio de fase con tendencia a la metaestabilidad. En otros términos, para que esta operación tenga lugar, un sistema debe estar en estado de tensión energética, proclive a una transformación a partir de la comunicación con otro en la misma condición y sin previa comunicación. De este modo, se configura un nuevo sistema que comprende las organizaciones previas a las que intercambiaron información.

La individuación psíquico-colectiva se despliega a partir de la transducción. Lo transindividual es posible en la medida que ocurre como operación transductiva.

La operatoria de este concepto implica un ser cuyo devenir puede presenciar múltiples dimensiones como estructuras a partir de un estado naciente de tensión energética preindividual. Su desfase propicia formas de organización sistemática que hacen de él más que unidad y más que identidad: un individuo diferenciado que, como elemento de un sistema más amplio, soporta esa condición en la tensión energética que lo hace proclive a nuevos desfases, en constante interdependencia comunicativa con otros individuos como sistemas. En términos técnicos, la transducción

Designa la transformación de un tipo de señal en otro distinto, sea en el nivel tecnológico o en el biológico: se habla de transducción, por ejemplo, en los procesos de transferencia genética, pero ha llegado a aplicarse incluso en campos como los de la teoría literaria. En definitiva, siguiendo el árbol de las derivaciones del término, la transducción tiene algo de transmisión y otro tanto de traducción, algo de un desplazamiento en el espacio y en el tiempo y otro tanto de paso de un registro a otro; sólo que se trata de un transporte donde lo transportado resulta transformado. (Rodríguez, 2007, pp. 12-13)

Como se observa, la transducción es el soporte que permite el cambio de fase en el proceso de individuación en el sentido de que la información de un sistema se transfiere a otro, pero bajo un cambio de estado; es decir, se transforma en el cambio de un dominio a otro: la transducción es una “operación decisiva para una definición de lo social distinta de la clásica tríada individuo-sociedad-comunidad” (Rodríguez, 2007, p. 13).

Una consecuencia epistemológica de este concepto se vislumbra en el hecho de que un fenómeno como lo es la génesis del individuo no es pensado como el objeto privilegiado de una ciencia en particular, la

se individuará religando al ser separado. La espiritualidad es la significación de la relación del ser individuado con lo colectivo, y por tanto, en consecuencia, también del fundamento de esta relación, es decir del hecho de que el ser individuado no está enteramente individuado, sino que contiene todavía una cierta carga de realidad no individuada, preindividual, y que preserva, respeta y vive con la conciencia de su existencia en lugar de encerrarse en una individualidad sustancial. (p. 373)

La acción del sujeto psíquico-colectivo expresa la espiritualidad en tanto introduce la posibilidad del advenimiento de una eternidad objetiva, en el sentido de la perdurabilidad manifiesta en el lenguaje, la obra de arte, la emergencia de los objetos técnicos; en general, de las creaciones culturales. Ese tipo de perdurabilidad también es posible gracias a la asunción de lugares relativos a la sabiduría, el heroísmo, la santidad, en el sentido de que su validación se produce gracias a la búsqueda de la transindividualidad, de la correlación entre percepción y emoción que vivencia el individuo psíquico-colectivo o psicosocial (Simondon, 2009).

psicología o la sociología, por ejemplo. Sin embargo, propicia que se sitúen (la psicología y la sociología) al nivel de una física que no se ocupa de las leyes, sino de los efectos de estabilidad compleja de los fenómenos en un sistema autónomo, puesto que posee capacidad de autoconservación. Esta idea, la cual se corresponde con la tercera fase de la historia de la psicología para Simondon, se aleja de las propuestas conceptuales de las psicologías ubicadas en la primera fase descrita, y que se caracteriza por un dualismo causal en el que el sujeto y el objeto constituyen realidades separadas e independientes (Simondon, 2019).

Ahora bien, si en la tercera fase descrita por Simondon, la génesis de un sistema es transductiva, lo es porque para la cibernética como para la física contemporánea, o para la concepción de realidad que elaboran, no existe una escisión entre sujeto y objeto, entre interior y exterior. En consecuencia, tampoco opera la separación individuo-sociedad dado el carácter transindividual de esa clase de sistema (Cf. Heredia, 2019).

A partir de esta breve descripción del concepto *transducción*, es importante resaltar que ubica en un primer plano la importancia de la pregunta por el modo en que constituye una operación lógica que supera los modos de razonamiento propios del método científico por antonomasia, el método hipotético-deductivo: la deducción y la inducción, por cuanto a través de su lógica se ha concebido un modo de conocer el mundo y sus fenómenos, incluidos el individuo y su proceso genético.

A propósito, Simondon (2009) plantea que Maxwell realizó un trabajo deductivo cuando escribió la fórmula de la corriente de desplazamiento para poder dar cuenta de la conservación de la electricidad y unir en un solo sistema de ecuaciones las cuatro leyes que resumen toda la ciencia de los fenómenos eléctricos. Pero hizo una verdadera *transducción* cuando unió la teoría de las corrientes de desplazamiento con la teoría de la propagación ondulatoria de la luz. Es por ello por lo que, en el campo del saber, la operación transductiva representa la clave de la invención en el sentido de que revela las dimensiones bajo las cuales puede ser definido un fenómeno o problema determinado (Simondon, 2009). En consecuencia, la resolución de una problemática no se produce vía inducción o deducción: el proceder inductivo implica pérdida de información, el deductivo “busca en otro lugar el principio para resolver el problema de un dominio” (Simondon, 2009, p. 41), mientras que, por transducción, el resultado de una operación en un sistema se produce a partir de las tensiones propias del mismo y conservando los términos iniciales:

La transducción es, por el contrario, un descubrimiento de dimensiones cuyo sistema hace comunicar a las que pertenecen a cada uno de los términos, y tales que la realidad completa de cada uno de los términos del dominio pueda llegar a ordenarse sin pérdida, sin reducción, en las nuevas estructuras descubiertas. (Simondon, 2009, p. 41)

Gracias a la transducción es posible concebir el proceso sistémico de individuación como un tejido de relaciones que fundan y transforman el ser en constante devenir. La estructuración del ser, entonces, puede ser mejor cotejada si se la concibe como un dominio de la realidad de carácter transductivo en el sentido de un despliegue de potenciales de un dominio inicialmente restringido, pero que adquiere cada vez más estructura y una mayor extensión.

La operatoria lógica de carácter transductivo también comprende, sin anular, el modo de razonamiento dialéctico, caracterizado por una tesis, antítesis y síntesis. La relación obtenida al término de una transducción rigurosa, a diferencia de la dialéctica, mantiene la asimetría característica de los términos, su diferenciación. Esto tiene por consecuencia que el pensamiento científico, habituado a proceder con la lógica tripartita de la dialéctica, por la cual la síntesis es tesis de una tríada más alta, puede avanzar a través de la extensión que propicia la transductividad, no por elevación de planos sucesivos distribuidos de manera jerárquica, sino a través de una escala indefinida en la que la relación de los dominios del pensamiento es horizontal y asimétrica (Simondon, 2009). La transducción, en consecuencia, puede ser empleada como el fundamento de una posición epistemológica, de una metodología analógica (Cf. Gil Congote & Vargas Guillén, 2019) que hace uso de la transducción como un renovado criterio en la aprehensión lógica del ser como fenómeno dinámico del mundo.

Por lo tanto, la transducción es un modo de conocimiento que permite superar la fragmentación de los criterios de validez que debieran regir la formulación de conocimientos en las ciencias sociales y humanas, de las que son tributarias la sociología y la psicología respectivamente; y permite introducir la pregunta por la unificación de los mismos criterios relativos al conocimiento en el abordaje de un fenómeno por parte de la física, la cibernética y las ciencias humanas, que inician un nuevo periplo en la historia del pensamiento armadas de nuevos constructos epistemológicos, metodológicos y técnicos. A tono con esta idea, Simondon (2018) plantea la axiomatización general de las ciencias a partir de los constructos de una ciencia

marco como la cibernética, ciencia de los procesos, de las operaciones, más no de los objetos, tal y como lo promovió la axiomatización del positivismo científico (Simondon, 2018).

La transducción de información en el proceso de individuación, como vislumbre epistemológico de los criterios de validez del conocimiento en ciencias humanas y sociales, implicaría asumir, por ejemplo, la relación sujeto-objeto con el carácter de ser, es decir, sin la dicotomía que introduce la posición sustancialista que hace de un fenómeno un objeto de conocimiento cosificado. Tanto sujeto como objeto remiten a un haz de relaciones que supera el sustancialismo implicado en la asignación de un objeto para una disciplina científica. El problema central desde el punto de vista epistemológico relativo a los fenómenos es

El dualismo de la axiomática del positivismo, que separa la hipótesis-ley de la génesis de la medición o del dinamismo de la reflexión, traduce en el establecimiento del método objetivo un dualismo más innato, más universal, que es el alma del positivismo: aquel que opone el *ser-sujeto*, el hombre con el pensamiento, con el poder de inventar, de conducir el progreso, de vivir dinámicamente según el altruismo, y el *ser-objeto*, privado de toda vida, de toda interioridad, de todo poder de inventar conductas, definido en un mundo de determinismo absoluto. (Simondon, 2018, p. 171)

Un renovado principio epistemológico implicaría modificar este tipo de axiomática. El concepto transducción favorece que la ontogénesis del ser se convierta en un referente para que el sujeto y el objeto sean aprehendidos de manera multidimensional, como condición de posibilidad de la individuación del conocimiento.

La transducción también se alía a una perspectiva genética en la comprensión de la trayectoria procesual de los fenómenos, y a la configuración que adoptan en un sistema de relaciones. La temporalidad de tal trayectoria es una invariante de la individuación que corresponde con la génesis, el devenir, más que el resultado o el efecto que se deriva de la misma.

Gracias a la anterior argumentación es que puede formularse que una perspectiva psicosocial, fundamentalmente, pero no de manera exclusiva, relativa a las ciencias humanas y sociales, con el propósito de que esta familia de ciencias pueda realizar un abordaje un poco más consistente de los fenómenos de los que se ocupan las disciplinas que la integran, requiere ingresar a sus presupuestos teórico-prácticos, una mirada procesual, correlacional, respecto de los fenómenos en los que se encuentran implicados el individuo psíquico y el colectivo. Para más precisión, requiere asumir los fenómenos tradicionalmente llamados psicosociales, como *expresiones sistémicas procesuales, transindividuales*.

De la mano con las anteriores ideas, en el estudio que sigue a continuación podrá observarse la función que ejerce el concepto *información* en la operación transductiva que permite la individuación psíquico-colectiva. La información se constituye en la piedra de toque que hace más coherente la perspectiva psicosocial que este trabajo desarrolla.

3. Lugar de la información en el proceso de configuración del individuo psicosocial transindividual³¹

La información es la piedra angular de las doctrinas sobre la reciprocidad (Simondon, 2015a, p. 482)

³¹ Parte del contenido de este capítulo se encuentra comprendido en otros dos estudios. El material fue revisado y modificado de acuerdo con el objetivo de este trabajo. Las referencias son las siguientes:

1. Carmona, J. G. (2020). La información en el proceso ontogenético de la individuación psíquico-colectiva. En L. M. Gil (Ed.), *Individuación, tecnología y formación –Simondon: en debate–* (pp. 233-249). Editorial Aula de Humanidades y Universidad de Antioquia.

2. Gil, L. M., Carmona, J. G., & Londoño, J. D. (En prensa). Enfoque psicosocial: transducción y transindividuación. En *A Máquina Abierta: A mentalidade técnica de Gilbert Simondon*.

El anterior capítulo pudo dar cuenta de una dimensión transindividual que autoriza la promoción de una perspectiva psicosocial, procesual, en el sentido de esclarecer el modo de configuración del individuo y el colectivo, su simultaneidad configuracional. En este capítulo podrá observarse el lugar que ocupa el concepto información, de la mano de la operación transductiva, en el proceso ontogenético del individuo psíquico-colectivo, en la individuación psíquico-colectiva, psicosocial, lo que a su vez permite fundamentar un poco más la perspectiva psicosocial que pretende afianzar esta investigación, como unidad sistémica procesual, de carácter transindividual. Para lograrlo, este capítulo sostiene que el recurso al concepto información esclarece aún más el vínculo que soporta la individuación psíquico-colectiva o psicosocial, permitiendo declarar que sin este concepto no se podría concebir el proceso genético de un sistema. La información tiene la propiedad de configurar y reconfigurar el sistema que se trate con la finalidad de favorecer la emergencia de un equilibrio metaestable.

El siglo XVIII inventó el concepto de masa (magnitud física), el XIX produjo el de energía porque comprende, y en consecuencia explica mejor al anterior (física newtoniana). El siglo XX inventa el concepto de información, el cual comprende y explica mejor los dos anteriores³².

La teoría de sistemas y la cibernética, amparadas en el concepto de información (in-formar), postulan que el establecimiento de fines para la acción no es privativo de los seres humanos, sino que se extiende a lo vivo y lo artificial (Simondon, 2009). La acción que propicia la información, entonces, se convierte en el medio para llegar a la solución de la tensión energética que vive un ser proclive a la individuación. La importancia de la cibernética y del concepto información se vislumbra en las posibilidades de clarificar la temática de este estudio, puesto que el lenguaje de la cibernética, en particular, puede ser usado para describir las relaciones entre el ser humano y su entorno natural y social (Simondon, como se cita en Bardin, 2015c, p. 21), y la información constituye el medio que favorece ese tipo de relaciones; gracias a la información es posible que el ser “se [organice] como ser individuado (de cualquier orden: físico, vital, humano, técnico, transindividual) que tiene un soporte material, porta propiedades ónticas y emprende un proceso general de despliegue” (Gil Congote, 2016, p. 46) en un medio asociado. Es por ello por lo que se la califica como “la piedra angular de las doctrinas sobre la reciprocidad” (Simondon, 2015a, p. 482).

En el orden de lo viviente, la noción de información conduce a considerar la génesis de la vida en una dimensión diferente a la concebida tradicionalmente por la biología, la evolución y la genética. El punto de ruptura estriba en un componente procesual, relacional de la información entre sistemas; es decir, la actividad relacional de la información se presenta en los vínculos permanentes entre procesos de integración —sensación, percepción, memoria— y diferenciación —acción—, a través de los cuales el ser se gobierna y organiza el medio, y que llevan a lo biológico no solo a una proximidad con lo físico, sino también con lo psíquico (Simondon, 2009); en otros términos, la información favorece la correlación entre sistemas que comparten un gradiente informacional con tendencia a la metaestabilidad (termodinámica del no equilibrio) de los mismos. Sin embargo,

³²Tomando como base la iniciativa relativa a la revisión del concepto información, y de considerar que posee un estatuto ontológico, pues se promueve la premisa según la cual el ser es una entidad informativa, del mismo modo que los sistemas que conforman el mundo, *la filosofía de la información*, en cuyo seno nacen estas propuestas, define el concepto de información del siguiente modo: “la energía que tiene la capacidad de organizar un sistema” (Stonier, como se cita en Morán Reyes, 2015, p. 69). Esta base conceptual, aliada de la idea según la cual la transducción de información implica el desplazamiento en el tiempo y el espacio (Rodríguez, 2007), autoriza la definición de información que utiliza este trabajo: *energía amplificante en el tiempo y el espacio, que tiene la capacidad de configurar y reconfigurar un sistema*. Es amplificante en el sentido de desplegarse, de transmitirse entre sistemas que poseen un gradiente informacional de similar naturaleza.

Apelando a la teoría lingüística y de la comunicación, la información puede ser pensada en un sentido sintáctico, semántico y pragmático. La sintaxis refiere a los modos de codificar la información, los canales de transmisión, las capacidades físicas de los sistemas de información. La semántica aborda las cuestiones relativas al sentido y orientación de un mensaje, a las convenciones que permiten su transmisión; y la pragmática alude a la afectación del comportamiento entre los elementos que comparten información. Desde este último punto de vista, el sentido pragmático de la información —privilegiado por Simondon, sin desconocer los otros—, posibilita el desencadenamiento de una operación (transducción, modulación, organización) que redundará en la transformación energética de un sistema en estado de metaestabilidad (Celis Bueno & Schettini, 2022; Chabot, 2013).

Sólo existe información cuando aquello que emite las señales y aquello que las recibe forman sistema. La información está entre las dos mitades de un sistema en relación de disparidad. Esta información no pasa necesariamente por señales (...); pero puede pasar por señales, lo que permite a realidades alejadas entre sí formar sistema. (Simondon, 2009, p. 331)

El punto de vista sistémico representa uno de los puntos en que las elaboraciones de Simondon se separan de la teoría de la información planteada por la cibernética, la cual alude al esquema tradicional representado por un emisor y un receptor que se intercomunican por medio de un mensaje a través de un código y un canal (Blanco & Rodríguez, 2015).

“No es el emisor el que hace que una estructura sea información, puesto que una estructura puede comportarse como información por relación a un receptor dado sin haber sido compuesto por un emisor individualizado y organizado” (Simondon, 2015b, p. 139)

La información adquiere características particulares de acuerdo con la clase de sistema de referencia: a modo de ejemplo, si se trata de una máquina adquiere la forma de un código de señales; si se trata de un ser humano, adviene como código de significaciones. Esta característica o propiedad posibilita la reconfiguración de un sistema favoreciendo la emergencia del equilibrio metaestable. Así, la información es dimensión organizadora de las incompatibilidades que el propio sistema no ha resuelto: en este sentido es sustento de la individuación (Gil Congote, 2016; Heredia, 2019; Simondon, 2009). Pero la información, o más precisamente la aptitud relacional y funcional de la información, su *hecceidad* (Simondon, 2009), puede propiciar que la energía amplificada se convierta en señal de información para un sistema y no para el otro con quien traba relación. Para que las señales tomen sentido en un sistema es necesario que no le aporten algo totalmente nuevo:

Un conjunto de señales solo es significativo sobre un fondo que casi coincide con él; si las señales recubren exactamente la realidad local, ya no son información, sino solamente iteración exterior de una realidad interior; si difieren demasiado, ya no son captadas como algo que tiene un sentido, ya no son significativas, no siendo integrables. (Simondon, 2009, p. 332)

Como se ha indicado, esta serie de consideraciones pueden ilustrarse en el proceso de individuación, el cual es descrito mediante un modelo ontogenético compuesto por tres órdenes o fases: individuación física (fase preindividual), vital o biológica (fase individual-individuada), y psíquica y colectiva (fase transindividual), las cuales no representan dominios independientes, unitarios, sino dimensiones del ser interdependientes cuya configuración se posibilita a partir de la trabazón de información entre sistemas que poseen potenciales energéticos preindividuales y en estado de disparidad:

Lo que en general se considera como relación [entre el individuo y el colectivo], a causa de la sustancialización de la realidad individual, es de hecho una dimensión de la individuación a través de la cual el individuo deviene: la relación con el mundo y con lo colectivo, es una dimensión de la individuación en la cual participa el individuo a partir de la realidad preindividual que se individúa etapa por etapa. (Simondon, 2015c, p. 17)

La explicación sobre el funcionamiento de los procesos que permiten la configuración como el cambio de los sistemas en individuación, Simondon la encuentra en una perspectiva transdisciplinar por excelencia, caracterizada por un doble movimiento de causalidad entre el individuo y su entorno (pluralismo genético), por un intercambio de información en aras del equilibrio dinámico de los sistemas, de su metaestabilidad (Simondon, 2015c)

De manera concreta, como ya se presentó líneas atrás, la individuación psíquico-colectiva implica asumir la realidad psicosocial (correlacional) como un devenir en el que el sujeto, reunido con otros, hace nacer lo colectivo mientras se individúa, a partir de los potenciales preindividuales que portan los sujetos instándolos a hacerse partícipes de grupos. De este modo, a partir de la individuación psíquico-colectiva, lo psicosocial, como sistema transindividual, se convierte en la “sede inmanente de las potencias inventivas y de los encuentros significativos, manifestándose en multiplicidad de individuaciones” (Heredia & Rodríguez, 2017, p. 12). Esta perspectiva, como puede apreciarse, enriquece los modos de acercamiento a los fenómenos por parte de las ciencias humanas y sociales, en particular, la psicología y la sociología, en el sentido de considerar un fenómeno como *un haz de relaciones en constante intercambio de información en pos de lograr*

un equilibrio metaestable.

Es por ello por lo que el individuo y el colectivo no debe ser pensado como una realidad individuada y autónoma, sino como un sistema en constante individuación y, por tanto, en interdependencia con otros sistemas, es decir, debe ser pensado como una realidad psicosocial, transindividual. Esta clase de realidad es la que hace posible que la individuación se instituya como un referente en el futuro del individuo, como el soporte de su devenir (Simondon, 2009). Es potencia que procura que el sistema individuo-colectivo complejice cada trayecto vital a través de un constante intercambio energético con otras clases de sistemas: “Lo psicosocial es lo transindividual: es esta realidad lo que el ser individuado transporta consigo, esta carga de ser para individuaciones futuras” (Simondon, 2009, p. 451).

A partir de esa perspectiva psicosocial es posible discernir que lo colectivo no se configura a partir del individuo consolidado que no admite transformación, sino a partir de lo que aún no es y podría llegar a ser, como portador de potenciales informacionales. Esta carga energética preindividual en constante tensión (disparidad) no se resuelve de manera intra o interindividual; “hace del individuo un individuo de grupo, asociado al grupo a través de la realidad preindividual que lleva en sí y que, reunida a la de los demás individuos [transfiriéndola, amplificándola], se individúa en unidad colectiva” (Simondon, 2009, p. 33), configurando sistemas colectivos.

El individuo y el colectivo, entonces, son sistemas configurados por medio de constantes momentos de ajuste informacional que devienen a partir de una permanente resolución de problemas; la resolución implica un proceso de continuo desfase, un reordenamiento de los elementos que integran un sistema, como la estabilidad alcanzada tras cada momento de cambio, “un llegar a ser más de lo que es, en el recuento de individuaciones consolidantes (...) de la individualización” (Villa & Londoño, 2019, p. 183) del individuo como del colectivo:

Se podría decir que lo colectivo es un segundo nacimiento en el cual participa el individuo, algo que incorpora al individuo mismo y constituye la amplificación del esquema que porta. Como significación efectuada, como problema resuelto, como información, el individuo se traduce en colectivo: se prolonga así lateralmente y a escala superior, pero no en su cierre individual. (Simondon, 2009, p. 316)

Del modo sugerido, el dinamismo de las fases del proceso sistémico de individuación no ocurre de manera aislada, sino como parte integrante e intercomunicante durante el desfase que vivencia el individuo. El proceso transductivo es el que lo permite.

Líneas atrás se mencionó que por medio del concepto *transducción* se logra dar cuenta de la génesis y transformación de sistemas desde una perspectiva procesual. En tanto operación lógica, física, social, la transducción da cuenta de una actividad en el interior de un sistema, verbigracia el individuo, que se extiende al interior del mismo y sirve de principio de estructuración de otro sistema o dominio. Así, una modificación sistémica se propaga progresivamente al tiempo que la operación estructurante (Simondon, 2009).

En este punto es pertinente enfatizar que esta operación favorece que un sistema viva un cambio de fase con tendencia a la metaestabilidad. Es decir, un sistema debe estar en estado de tensión energética para que se haga proclive a una transformación o desfase a partir de la comunicación con otro en la misma condición y sin previa comunicación. De este modo, se configura un nuevo sistema que comprende a los que previamente intercambiaron información. La operación de este concepto implica que, en el devenir de un ser, este último puede vivenciar múltiples transformaciones sistémicas a partir de la tensión energética que aún aporta la fase preindividual de su desarrollo.

Su desfase o transformación propicia formas de organización sistémicas que hacen de él más que unidad y más que identidad: un individuo singular que se despliega como elemento de un sistema más amplio en constante interdependencia comunicativa, transductiva, con otros individuos como sistemas. Existe transducción cuando

Hay actividad que parte de un centro del ser, estructural y funcional, y se extiende en diversas direcciones a partir de ese centro, como si múltiples dimensiones del ser aparecieran alrededor de ese centro; la transducción es aparición correlativa de dimensiones y de estructuras en un ser en estado de tensión preindividual, es decir en un ser que es más que unidad y más que identidad, y que aún no se ha desfasado en relación consigo mismo en múltiples dimensiones. (Simondon, 2009, p. 39)

La transducción es el soporte que permite el cambio de fase en el proceso de individuación en el sentido de que la información de un sistema se transfiere a otro, pero bajo un cambio de estado: es un concepto que “puede ser empleado para pensar los diferentes dominios de la individuación: se aplica a todos los casos en que se realiza una individuación, manifestando la génesis de un tejido de relaciones fundadas sobre el ser” (Simondon, 2009, p. 39). Es por ello por lo que expresa el sentido de la individuación vital, psíquica, técnica, colectiva.

3.1 Transducción de información en un sistema metaestable

Una consecuencia epistemológica de este concepto se vislumbra en el hecho de que un fenómeno como lo es la génesis del individuo no es pensado como el objeto privilegiado de una ciencia en particular, la psicología, por ejemplo. Si la génesis de un sistema es transductiva, lo es porque para la cibernética como para la física contemporánea, o para la concepción de realidad que elaboran, no existe una escisión entre sujeto y objeto, entre interior y exterior. En consecuencia, tampoco opera la separación individuo-sociedad dado el carácter transindividual de esa clase de sistema. Por este motivo, el proceso de individuación psíquico-colectiva se produce de manera simultánea.

Gracias a la transducción es posible concebir el proceso sistémico de individuación como un tejido de relaciones que fundan y transforman el ser en constante devenir. La estructuración del ser, entonces, puede ser mejor cotejada si se la concibe como un dominio de la realidad de carácter transductivo en el sentido de un despliegue de potenciales de un dominio inicialmente restringido, pero que adquiere cada vez más estructura y una mayor extensión.

En el caso de la individuación psíquica-colectiva, la afectividad como mecanismo transductivo, es el que propicia la reconfiguración del sistema: en términos de los procesos de integración y diferenciación, la integración corresponde al uso de la representación en términos de energías adquiridas progresivamente y almacenadas (información), y la diferenciación al uso de la transducción de la afectividad (energía informacional):

Si empleamos términos psicológicos para describir estas actividades, veremos que la integración corresponde al uso de la representación, y la diferenciación al uso de la actividad que distribuye en el tiempo energías adquiridas progresivamente y almacenadas, mientras que la representación almacena información que es adquirida por saltos bruscos según las circunstancias, de manera de realizar un continuo. Finalmente, la transducción es efectuada por la afectividad y por todos los sistemas que juegan en el organismo el rol de transductores a diferentes niveles. Por lo tanto, el individuo sería siempre un sistema de transducción, pero mientras que en el sistema físico esta transducción es directa y en un solo nivel, en el ser viviente es indirecta y jerarquizada. (Simondon, 2009, p. 234)

A partir de una estructura triádica de funciones perceptivas, activas y afectivas, el sujeto logra el equilibrio metaestable consigo mismo y el colectivo:

Una función perceptiva que reside en los órganos sensoriales específicos y que, asociada a la memoria, realiza un proceso continuo; una función activa que remite a los órganos efectores y que se efectúa de modo discontinuo; una función afectiva que, en tanto transductor interno privilegiado, opera la regulación entre la percepción integradora y la acción diferenciadora, entre lo uno y lo múltiple, entre lo homogéneo y lo heterogéneo; cualificando, condensando y disponiendo estas dos funciones en el tiempo —conforme una causalidad circular— y orientando al ser viviente en relación consigo mismo. Esta comunicación entre dos funciones diferentes sería posible porque la afectividad es polarizada y polarizante, siendo relacional por esencia. (Heredia, 2018a, p. 51)

De modo más específico, puede decirse que la información deviene sentido (orientación) y significación, gracias al conjunto de representaciones discursivas, de carácter cultural, de manera individual y colectiva, que se transmite mediada por afectos organizados en emociones, y se traduce en acciones concretas, discontinuas, en un sistema psíquico-colectivo, orientando así su devenir metaestable.

Puede plantearse que mientras se produzca reciprocidad entre percepción y emoción, y esta reciprocidad se traduzca en acciones concretas, el individuo psíquico-colectivo podrá orientar su devenir en resonancia con un entorno que, por esta condición, potencia su equilibrio dinámico o metaestabilidad.

La información que se transmite de manera transductiva entre sistemas en estado de tensión energética, propensos al desfase, se funda en el concepto de neguentropía o entropía negativa, en el sentido de que la información

Corresponde a lo inverso de los procesos de degradación [o estado de equilibrio homeostático] y que, al interior del esquema completo, la información no es definible a partir de un único término, como la fuente, o como el receptor, sino a partir de la relación entre fuente y receptor. (Simondon, 2015a, p. 497)

Derivado de esta característica de la información, se encuentra el hecho de que no se debe oponer *desadaptación y degradación*: “la desadaptación al interior de un dominio, la incompatibilidad de las configuraciones al interior del dominio, la desdiferenciación interior, no deben ser asimiladas a una degradación [estado de cero de tensión]” (Simondon, 2015a, p. 510), porque representa la condición necesaria para la adquisición de una nueva organización. En otros términos, los estados de desadaptación representan estados de energía potencial que permitirán la transducción de información y, en consecuencia, una mayor complejidad (renovados estados metaestables) en el interior de un sistema, psicosocial, por ejemplo. Si no se produce desadaptación en el interior de un sistema, la transducción no es posible. (Simondon, 2015a)

Correlacional por esencia, la información, o más precisamente la tensión de información (disparidad energética) posee la propiedad de propagarse a través de un sistema mientras lo ordena. Pero advierte Simondon (2015a):

Pero la tensión de información no puede actuar sola; no aporta consigo toda la energía capaz de asegurar la transformación; aporta solamente esta tensión de información, es decir cierta disposición capaz de modular energías mucho más considerables, dispuestas en el dominio que va a recibir la [organización], que va a adquirir una estructura. Solo puede haber allí adquisición de [organización] si se encuentran reunidas dos condiciones; una tensión de información, aportada por un [dominio], y una energía contenida por el medio que adquiere [una renovada organización]. (p. 500)

Un ejemplo de lo acabado de plantear puede favorecer la comprensión. Se trata de la explicación de lo que ocurre entre dos sistemas con energía potencial que se reorganizan a partir de la tensión de información (metaestabilidad que constituye un problema a resolver) necesaria para continuar siendo:

Una conducta que se desadapta, luego se desdiferencia, es un dominio en el cual hay incompatibilidad y tensión: es un dominio cuyo estado deviene metaestable. Una adaptación que ya no corresponde al mundo exterior, y cuya inadecuación por relación al medio reverbera en el organismo, constituye una metaestabilidad que corresponde a un problema a resolver: hay imposibilidad para el ser de continuar viviendo sin cambiar de estado, de régimen estructural y funcional. (Simondon, 2015a, p. 504)

En el campo psicosocial, lo más importante a explicar es el hecho de que la adquisición de una organización en un campo metaestable favorece la creación de nuevas configuraciones. Y allí, la tensión de información ocupa un lugar privilegiado como principio axiomático de la relación entre las ciencias humanas y sociales.

Esta descripción sobre el lugar de la información en un sistema psicosocial, en sus fenómenos, se esclarecerá un poco más en el cuarto y último capítulo de este trabajo, concretamente a partir del numeral 4.4: *Formación política de la técnica*, hasta finalizar el capítulo.

3.2 Amplificación de la información: transducción, modulación y organización

La descripción hecha hasta ahora sobre la transducción de información se complementa necesariamente con las elaboraciones relativas a la amplificación de los procesos de información en los que la transducción tiene un lugar³³. La transferencia o transmisión de la información en un sistema provocando su configuración es lo que se denomina amplificación. Ahora, la amplificación de la información opera mediante transducción, modulación y organización.

La propagación o transmisión de la información entre dos sistemas en estado de disparidad energética representa el modo más elemental entre las operaciones de la información, el cual lleva por nombre transducción. Implica una transferencia progresiva de información en un sistema que ha tenido que cambiar de estado para que la transferencia de información se produzca (Simondon, 2015b).

Hasta ahora, la transducción de información ha sido concebida como la operación mediante la cual es posible la configuración tanto del sistema individuo como del sistema colectivo y, a su vez, la que permite la conformación de un individuo de mayor escala, el individuo psicosocial. Sin embargo, a partir del concepto *amplificación*, se hace necesario considerar que la transferencia de información entre el individuo y el colectivo no es la única modalidad de la transmisión de información, puesto que se debe tener en cuenta que la amplificación de información implica un estado de conservación de la información transmitida en el sistema que se ha visto afectado por la información incidente, y una facultad organizativa de la misma información en el sistema que se ha configurado. Así, la configuración de un sistema psíquico-colectivo posee entre sus características una dimensión moduladora, dado que su configuración resguarda sin modificación un gradiente informacional de los sistemas que propiciaron su individuación (conservación sistémica previa); una dimensión organizante, que sintetiza en el presente la información configurante del mismo sistema (síntesis sistémica actual); y una dimensión transductiva que favorece que el proceso de individuación no cese (propagación hacia el porvenir).

La amplificación transductiva de la información puede observarse en los fenómenos psicosociales en el sentido de que se presenta una información incidente de entrada, individual, psicológica, que por transducción se propaga de manera colectiva, pero bajo las condiciones descritas anteriormente sobre el estatuto de la información; es decir, que la información transmitida entre el individuo y el colectivo posea cierto grado de similitud, no totalmente nueva ni totalmente extraña (Simondon, 2015b).

La amplificación moduladora de la información implica un detenimiento de la propagación transductiva de la información que posibilita que el funcionamiento de un sistema se presente de manera regular; es decir, que no se exponga al cambio de manera constante:

El esquema de la amplificación moduladora puede ser transpuesto en el dominio biológico y en el dominio social; permite dar cuenta de los funcionamientos en los cuales se estabiliza un proceso, a pesar de las variaciones aleatorias de la carga energética que lo hacen proclive a propiciar una modificación del sistema. (Simondon, 2015b, p. 153)

Mientras que por transducción el pasaje de la metaestabilidad a la estabilidad se produce de manera indefinida; por modulación, el estado del sistema se mantiene de manera regular. La modulación es amplificación de la información sin la iteración o multiplicación que se produce por transducción, y, a su vez, permite que la configuración sistémica alcanzada sea irreversible (Simondon, 2015b).

³³La “amplificación de los procesos de información” es el título que recibió como parte del libro *Comunicación e Información. Cursos y Conferencias*, editado por la editorial Cactus en 2015. Sin embargo, el texto corresponde a la conferencia que Simondon ofreció en el Coloquio de Royaumont, en 1962, que versó sobre El concepto de información en la ciencia contemporánea.

La amplificación organizante posibilita el ordenamiento de los elementos o conjuntos de un sistema, propiciando su autorregulación. Podría plantearse que consiste en la forma más compleja de amplificación de la información puesto que ordena su proceder transductivo y modulador, correlacionándolos funcionalmente. Este tipo de amplificación de la información puede observarse en los fenómenos psicosociales si se concibe que se puede presentar una propagación transductiva de información a nivel individual, vía una perturbación psicológica; es decir, un cambio de equilibrio en ese nivel psíquico que resuena en el colectivo, en la medida que este recluta y organiza los elementos de la información incidente individual (Simondon, 2015b).

Desde una perspectiva temporal, la cual se encuentra implicada en el devenir individuante de un sistema, puede plantearse que mientras la transducción se orienta hacia el porvenir, dada la propagación sin límite de la información, la modulación implica un reciclaje de la vieja estructura en la configuración del nuevo dominio. La modulación “es el modelo del control, de la autoridad en el campo social, así como la operación destinada a evitar la variación fortuita” (Simondon, 2015b, p. 160). La organización se corresponde con la estabilidad sistémica en el presente, puesto que “condensa y mantiene una cierta dimensión del pasado y una cierta duración de porvenir” (Simondon, 2015b, p. 160).

Habiendo descrito el lugar que ocupa el concepto *información* en la individuación psíquico-colectiva, o psicosocial, se hace pertinente advertir que la perspectiva psicosocial que esta investigación ha desarrollado, como un modo de acercamiento a los fenómenos en los que el colectivo y el individuo participan, requiere tener en consideración que la configuración de los mismos fenómenos necesariamente se produce gracias a la información que se transmite entre los elementos que hacen parte de ellos, en principio, el individuo y el colectivo. La transducción, modulación y organización de la información, en los fenómenos psicosociales, posibilitará que el sistema psicosocial de que se trate pueda alcanzar un mayor nivel de estabilidad.

Después de haber fundamentado una perspectiva psicosocial, útil para las ciencias humanas y sociales en principio, pero no exclusivamente, se hace pertinente mostrar la potencia explicativa de la misma en un fenómeno psicosocial. A continuación, podrá observarse, a la manera de implicaciones teórico-prácticas, el rendimiento del modelo psicosocial que esta investigación ofrece.

4. Implicaciones psicosociales teórico-prácticas

Que los seres consistan en relaciones, que la relación, por eso, tenga rango de ser y constituya al ser, he aquí sin duda el postulado ontogenético central para [pensar las implicaciones teórico-prácticas] de una filosofía de la individuación. (Combes, 2017, p. 52)

En los dos anteriores estudios de este trabajo se allanó la tesis según la cual la dimensión transindividual de la individuación psíquico-colectiva es condición de una perspectiva psicosocial que sitúa en los potenciales informacionales que portan los individuos como los colectivos, el acervo que posibilita la configuración de un sistema psicosocial que deviene procesualmente.

De este modo, esta perspectiva *psicosocial* permite comprender e intervenir la tensión constante entre un sujeto diferenciado, singular, y la interdependencia con otros en un horizonte transindividual que hace de los fenómenos psicosociales *expresiones sistémicas* relacionales. En el pensamiento simondoniano sobre las individuaciones psíquica y colectiva se encuentra su fundamento. Su utilidad se trasluce por medio de la lectura operacional de los fenómenos psicosociales a los que se abocan las ciencias humanas y sociales.

Con la finalidad de mostrar la practicidad de esta perspectiva, este estudio ofrece una elaboración conceptual de una dimensión en la que la participación individual y colectiva motiva el ordenamiento de un sistema psicosocial en devenir: *lo político*. También, lo hace a través de una serie de dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial que haría posible que cualquier científico social pudiese no solo comprender el fenómeno, sino también avizorar la manera de intervenirlo.

La relación sistémica y procesual entre individuo y sociedad permite que los fenómenos psicosociales se nutran de una perspectiva ontogenética que se opone a considerar que sujeto y colectivo son entidades aisladas que pueden entablar relaciones, y de este modo propiciar una modificación del entorno social, por ejemplo. Bajo la mirada de conjunto que ofrece el concepto sistema, los elementos del mismo intercambian información de manera constante y con otros sistemas propiciando así renovados modos de configuración y organización, a la vez que se salvaguarda la diferencia moduladora y organizante que los caracteriza.

El énfasis en los procesos que favorecen la comprensión del funcionamiento de los sistemas reliva la esfera funcional y operativa que favorece la interdependencia entre el individuo y el colectivo. La referencia a la conservación de los sistemas se observa en la arquitectura teórica de Simondon a través del concepto metaestabilidad, pues la disparidad, desfase y amplificación de información, en cuanto operaciones que permiten la relación entre los conjuntos de un sistema y entre los sistemas mismos, favorecen su equilibrio dinámico, un equilibrio precario pero duradero (Bardin, 2015a), es decir, metaestable.

La información es el medio que utilizan los sistemas, sea que se trate de uno viviente, técnico, o psicosocial, para configurarse. Definida como energía amplificante en el tiempo y el espacio, la tensión de información tiene la propiedad de transmitirse, conservarse y modificarse, con el fin de procurar la metaestabilidad de los mismos.

Desde una perspectiva psicosocial, lo más importante a explicar es el hecho de que la adquisición de una organización en un campo metaestable favorece la creación de nuevas configuraciones. Y allí, la tensión de información ocupa un lugar privilegiado como principio descriptivo de los fenómenos con ese carácter: psicosocial.

Cada individuo se encuentra en un entramado de relaciones con su entorno; allí, las acciones que unos y otros ejercen orientan la trayectoria del sistema. De esa forma la acción (resolución de problemas) y la emoción colectiva (afectoemotividad), favorecen la constitución de sí y del colectivo. Es por ello por lo que desde la noción de sistema se renuncia a la entronización del individuo como agente del cambio sociopolítico, por ejemplo; tendencia propiciada por el individualismo metodológico expuesto en el primer estudio de este trabajo y que “ha dominado la mayor parte del pensamiento político contemporáneo” (Bardin, 2019, p. 2).

A partir de una concepción sistémica transindividual se reconoce que la indeterminación, no sustancialización, o no linealidad de sus elementos (presencia del azar) constituye el fundamento de las relaciones entre los miembros de un colectivo; introduce la posibilidad de comprender el andamiaje de su organización, de las aparentes contrariedades u oposiciones que lo muestran en su singularidad, en la potencia de configurarse una vez más. Esta perspectiva psicosocial aleja de la comprensión del colectivo la visión entrópica que lee las diferencias como la condición de su disolución. A su vez, introduce la opción de la

libertad, como una cualidad necesaria que se deriva de una perspectiva psicosocial y que fundamenta una mirada ética (Herrera, 2002; Lopera, 1999; Ramírez, 2012) relativa a las implicaciones prácticas de la misma.

Entre los fenómenos que ocupan un lugar destacado en las ciencias humanas y sociales, en tanto la participación de los colectivos se eleva como una condición de su legitimidad, se encuentra la política. Este campo en el que se debate constantemente sobre los designios de una sociedad a partir de elementos teóricos como la soberanía de un Estado, la función del mismo y de la sociedad civil, puede ser concebido como un sistema donde caldean de manera constante múltiples perspectivas de análisis que buscan el modo de encontrar la estabilidad del colectivo en pos de la sostenibilidad del ordenamiento social.

Con el ánimo de observar la operatividad de la perspectiva que este trabajo ha fundamentado, a continuación, se presenta a manera de ejemplo un análisis de la manera cómo esta influye en ese campo que cifra el devenir de la sociedad, la política.

4.1 La política y lo político

Aunque no hay una teoría política en Simondon, si es posible rastrear a través de su pensamiento filosófico, una función política del carácter transindividual que caracteriza a la individuación psíquico-colectiva. De acuerdo con Bardin (2015b; 2019), la función política visible en Simondon se trasluce en la invención colectiva como aparato regulador de los sistemas sociales que desestabiliza los modelos tradicionales de los entornos políticos³⁴, como el individualismo metodológico, por ejemplo, uno de los modos privilegiados de modelar la práctica política contemporánea de manera mecánica, puesto que supone un sujeto o grupo como garante del ordenamiento social.

Líneas atrás se propuso la idea según la cual la operación transductiva, en la medida que permite la reconfiguración de los sistemas en estado de tensión energética a partir del intercambio de información, representa la clave de la invención, o de la innovación, podría plantearse, puesto que hace evidente la necesidad de intercambio de información entre las dimensiones o términos no compatibles en un sistema.

Lo interesante de esta propuesta, de ahí su carácter inventivo o innovador, es que la operación transductiva permite observar que la realidad del sistema, de los elementos o términos que lo constituyen, se ordena sin pérdida, sin reducción, en la nueva configuración resultante del intercambio de información. En otros términos, favorece que se penetre un poco más en la lógica organizacional de un sistema que se ordena a partir de un renovado modo relacional de los elementos participantes, pero sin la pérdida de información que exige el modo de pensamiento inductivo, o de introducir un principio externo al sistema para recrear su lógica organizativa, tal como se presenta en el pensamiento deductivo; formas de pensamiento que, como se sugirió anteriormente, han comandado la manera de conocer el mundo y sus fenómenos. Bajo una mirada transductiva, el resultado de una operación en un sistema se produce a partir de las tensiones de información propias del mismo y conservando los términos iniciales:

La transducción es, por el contrario, un descubrimiento de dimensiones cuyo sistema hace comunicar a las que pertenecen a cada uno de los términos, y tales que la realidad completa de cada uno de los términos del dominio pueda llegar a ordenarse sin pérdida, sin reducción, en las nuevas estructuras descubiertas. (Simondon, 2009, p. 41)

Las implicaciones prácticas de esta propuesta pueden observarse en el plano de la participación política de las sociedades democráticas al contrastar la percepción de una lectura individualista o sustancialista, de objeto, y por lo tanto reduccionista, con la lectura sistémica, no determinista, fuente de la invención colectiva y de la formación como derivación política del pensamiento filosófico de Simondon en sus dos obras principales respectivamente: *La individuación a la luz de las nociones de forma e información* (2015a) y *El modo de existencia de los objetos técnicos* (2007).

³⁴La invención implica una reestructuración del sistema a través del cual el individuo psíquico-colectivo se articula con el mundo. Es por ello por lo que se describe como una característica reguladora de los sistemas sociales (Cf. Simondon, 2013).

De esta manera, a través de un modo de pensar y proceder transductivo es posible considerar que la acción política se extiende en un sistema social, produciendo su reconfiguración. Como consecuencia, se debe advertir que su funcionamiento y efectividad no pueden considerarse establecidos de una vez por todas (Bardin, 2019).

A partir de una lectura no sistémica, objetual, puede plantearse que la sociedad corre el serio de riesgo de sucumbir a la influencia unilateral de las organizaciones e instituciones que detentan el poder, y en esa medida disminuir su capacidad de conservación, dado que se restringe la posibilidad de comunicación tanto con otros sistemas como con el entorno.

Esta conjetura obedece a una lectura política que se hace más precisa si se introduce una diferencia importante que permite aclarar un poco más la función política que se deriva del pensamiento del filósofo francés y, en consecuencia, las implicaciones prácticas de la perspectiva psicosocial que se ha fundamentado.

La distinción entre *la política y lo político* se hace necesaria puesto que permite ligar la propuesta simondoniana al modo de organización de los colectivos y derivar de allí una lectura de Lo político en Simondon, no una teoría política, como ya se sugirió. Según Gil (como se cita en Red Latinoamericana de Estudios Simondonianos, 2021)

La política está asociada a la producción y distribución del poder, la regulación de la vida social por vías institucionales, necesarias para mantener el orden. Lo político remite a la auto organización de las sociedades y a la comprensión de su génesis (...). Es el sentido que damos a la política con la apertura para adoptar diferentes vías: dominación, libertad, determinación potencial, orden, anarquía. (...) Lo político está asociado al devenir, a los procesos [que regulan las relaciones entre los miembros de un colectivo a partir de la influencia de las estructuras políticas]. La política son las estructuras de los sistemas [institucionales que rigen a una sociedad, y en este sentido,] pueden permanecer ocultas. (7:00)

La política, entonces, está asociada al gobierno como ejercicio del poder de las organizaciones e instituciones (instituidas e institucionalizadas) sobre el campo de acción y elección colectiva en una sociedad determinada. Este tipo de organizaciones “son sedimentaciones que se desprenden de la acción social y la organización colectiva, que han sido definidas de manera activa para operar sobre el gobierno de la vida común” (Giral, 2020, pp. 320-321).

En esta concepción se halla la relación del sujeto y los colectivos con las fuerzas que están presentes en los procesos que detentan el poder en el orden estatal, en las organizaciones que ordenan el comportamiento social, en las constituciones políticas y jurídicas de una nación (Giral, 2020), y se resalta que es el colectivo quien las constituye en aras de su propio ordenamiento.

Lo político obedece a las configuraciones en devenir, resultantes de los procesos que regulan las relaciones entre los elementos de un sistema a partir de la influencia de las estructuras políticas; en este sentido, puede asumirse como la autorregulación dinámica de un sistema social, en tanto procura la estabilidad del mismo; los mecanismos democráticos propios de las comunidades³⁵, en cuanto grupos con identidad y consciencia de lo que ocurre en sus entornos, son un ejemplo de ello.

Lo político refiere el poder que circula en términos de la influencia de un punto con otro en un sistema social determinado; de manera concreta alude “al poder instituyente que se despliega en el ámbito de la experiencia activa de los sujetos, [por ejemplo,] ‘los procesos de participación, (...) las formas de distribución del poder y control ciudadano’” (Giral, 2020, pp. 320-321)³⁶.

³⁵ Cf. Montero, M. (2004). Comunidad y sentido de comunidad. En *Introducción a la psicología comunitaria*. Paidós.

³⁶ La propuesta de Giral (2020), abre una perspectiva novedosa para pensar la dimensión política en Simondon, puesto que establece una relación entre cibernética y gobierno, y allagmática y gobernanza. El entorno político que envuelve a la cibernética y la allagmática, le permiten decir que la una no podría realizarse sin la otra en el sentido de que las estructuras políticas que dependen de la cibernética, se originan de procesos allagmáticos que fundamentan lo político como gobernanza. Así, La política estaría asociada al gobierno, a las instituciones materializadas que favorecen el orden social, mientras que Lo político está asociado al control ciudadano que regula las formas del poder político institucionalizado.

Esta distinción es fundamental puesto que ayuda a entender por qué el poder posee una estructura dinámica³⁷ o metaestable, y porque permite comprender que “lo político, entendido como el sentido que damos a la política, se despliega como gobernanza o gobierno, libertad o dominación, potenciales o determinaciones, anarquía u orden” (Giral, 2020, pp. 322). De esta manera, lo político surge como una derivación de la apuesta simondoniana relativa a la individuación en campos fenoménicos como este, con una nueva luz.

La derivación de una dimensión política en Simondon puede rastrearse a través de las implicaciones de la individuación psíquico-colectiva en un sistema que se configura constantemente a partir de lo común compartido por los sujetos en un horizonte transindividual que, vía transducción (propagación hacia el porvenir), modulación (conservación sistémica previa) y organización (síntesis sistémica actual) de la información (Simondon, 2015), favorece la configuración de un sistema social cuyo ordenamiento político está por venir.

4.2 Individuación psíquico-colectiva y la/lo polític@

La individuación psíquico-colectiva abre el camino para una reflexión política en Simondon, pues se reconoce en ella la sede de las potencias inventivas, los encuentros significativos, que posibilitan el despliegue de potenciales dispuestos para la creación o reconfiguración de una esfera común que se traduce en individuación colectiva (Bardin, 2015d; Gil Congote, 2021; Giral, 2020; Heredia & Rodríguez, 2017).

La afectoemotividad es la garante del establecimiento del colectivo y, en consecuencia, de la posibilidad de un pensamiento político en Simondon, puesto que es relacional por excelencia. Contrariamente a la problemática perceptiva, alrededor de la cual gira la individuación psíquica como relación del individuo con el mundo que percibe, la individuación colectiva gira alrededor de la problemática afectiva. Esta experiencia le indica al individuo que su ser no es reducible a ser individual, que la relación consigo mismo no es la única posible, pues el afecto lo invita al despliegue de los potenciales informacionales preindividuales que posee instándolo a la participación con otros en un horizonte transindividual:

Percepción y afectividad, en el ser individual o más bien en el sujeto, están más separadas de lo que lo están acción y emoción en lo colectivo; (...) la percepción tranquiliza al sujeto y apela esencialmente a estructuras y a funciones ya constituidas en el interior del ser individuado; por el contrario, la afectividad señala e implica esta relación entre el ser individualizado y la realidad preindividual: ella es (...) heterogénea en relación a la realidad individualizada, señalándole que no es un conjunto completo y cerrado de realidad. (Simondon, 2015c, p. 320)

³⁷ El poder no está en un lugar específico ni puede ser capturado por los [sujetos]; este implica relaciones de fuerza que tienen su despliegue en el marco de las estructuras [u organizaciones sociopolíticas que ordenan la vida común de los colectivos]. (Giral, 2020, p. 321)

Debe destacarse la relación que esa idea guarda con los planteamientos acerca del poder por parte de Michel Foucault. En el primer tomo de la *Historia de la sexualidad, La voluntad de saber*, Foucault plantea que se hace más apropiado hablar de “relaciones de poder” que del poder por sí solo, ya que este se produce en toda relación de un punto con otro. Al poder no hay que buscarlo en un punto central, en un lugar privilegiado que se expande creando formas exclusivas de poder. Ni el poder del estado, ni el poder de la ciencia, desde este punto de vista, constituyen unidades estables, únicas, generadoras de poder. Para que el Estado pueda ser una entidad productora de aquel, debe estar en relación con toda una serie de estamentos sociales representados por los sujetos o grupos de éstos que, a su vez, también irradian poder.

Este psicólogo y filósofo francés define el poder como la multiplicidad de las relaciones de fuerza inherentes al dominio en el que se ejercen; los juegos que mediante constantes interacciones transforman o refuerzan las relaciones de fuerza; los apoyos y separaciones que las relaciones de fuerza encuentran entre sí, posibilitando la formación de sistemas o el aislamiento de las mismas y, por último, las estrategias que las hacen efectivas y que adquieren forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales (Foucault, 1999).

Asumiendo que el individuo no es un conjunto completo y cerrado, el problema relativo a este es el ajuste del potencial informacional preindividual que porta y que lo hace incompatible consigo mismo, pues “el sujeto es individuo y algo distinto que individuo”: “existe disparidad entre las percepciones y la afectividad” (Simondon, 2015c, p. 320).

La resolución de esta problemática estriba en la resonancia o reciprocidad entre la acción que organiza la relación entre la percepción y el mundo exterior, y la emoción que articula la relación con el colectivo mediante su individuación. Esta individuación puede describirse como unidad relacional perceptiva (psíquica) y afectiva (colectiva):

Es la reciprocidad entre percepciones y afecciones en el seno de lo colectivo naciente la que crea la condición de unidad de la verdadera acción y la verdadera emoción. Acción y emoción nacen cuando se individúa lo colectivo; lo colectivo es, para el sujeto, la reciprocidad de la afectividad y de la percepción, reciprocidad que unifica esos dos dominios (...) dándole una dimensión más. (Simondon, 2015c, p. 320)

Esa nueva dimensión u organización, de complejidad creciente, significa que el sujeto únicamente puede resolver la tensión que lo caracteriza al interior de lo colectivo, puesto que su realidad solo es una vía transitoria (Combes, 2017). Desde otro punto de mira, puede plantearse que la subjetividad no podría contenerse en los límites del individuo porque “lo colectivo, para un ser individuado, es el lugar mixto y estable en el que las emociones son puntos de vista perceptivos y los puntos de vista son emociones posibles” (Simondon, 2015c, p. 331); la subjetividad, bajo este parámetro, se produce gracias al colectivo.

Con estas consideraciones, por ahora es posible sugerir que la dimensión de *lo/la polític@*, vista bajo el filtro de la perspectiva psicosocial que se ha venido fundamentando, requiere integrar a sus presupuestos la idea según la cual el campo de acción (resolución de problemas) que integra la influencia entre el poder instituyente (presencia del colectivo) y el poder instituido (gobierno), y que pretende la estabilidad de los sistemas sociales, debe contemplar el lugar que ejerce invariablemente el individuo psíquico-colectivo. Así, la concepción sobre *la política* relativa al gobierno como ejercicio del poder de organizaciones e instituciones sobre el campo de acción y elección colectiva en una sociedad determinada, como de *lo político*, en tanto relaciones de influencia, de fuerza, que posibilitan un tipo de organización social, podría adoptar un nuevo cariz bajo la luz que aporta los presupuestos de esta teoría sobre la individuación: si el individuo (sujeto individual y colectivo), no constituye un sistema cerrado o clausurado, puesto que en el sujeto reverbera el colectivo como sistema que lo ha integrado, y en los colectivos resuena el sujeto que aún posee un potencial informacional por individuar, debe tenerse en consideración que la dimensión afecto-emotiva del sujeto lo conmina de manera constante a la modificación del colectivo que propicia su configuración a la vez que lo supera, pues es allí, en el colectivo, el lugar donde el sujeto logra integrar y resolver la emoción con la que recubre la percepción del mundo que vivencia de manera recíproca con otros.

Desde otro punto de vista, esta serie de consideraciones invita a tener en cuenta que la relación entre lo político y la política, entre la participación democrática de los colectivos y las instituciones políticas que los mismos legitiman, recrea la experiencia afecto-emotiva del sujeto en un sistema colectivo, cuyas posibilidades de materialización o estructuración se definirán de acuerdo con el lugar funcional que se otorgue a la experiencia del sujeto. De este hecho también depende el grado de (meta)estabilidad del colectivo como sistema.

4.3 Transindividualidad de la/lo polític@

La problemática del sujeto, la disparidad entre percepción y afectividad también puede leerse como la imposibilidad de reabsorber el exceso de información preindividual que el sujeto porta consigo, y que se resuelve por medio de la transformación resultante de la individuación del componente preindividual cuando adviene lo colectivo.

La disparidad del sujeto, la problemática que debe resolver, y que impide su integración en lo colectivo, en términos más apropiados para este estudio, es la soledad como ausencia de otro sujeto en la experiencia vital del individuo, como sustracción del campo de relaciones con otros:

El verdadero individuo es aquel que ha atravesado la soledad; lo que descubre más allá de la soledad es la presencia de una relación transindividual. El individuo encuentra la universalidad de la relación al término de la prueba que se ha impuesto, y que es una prueba de aislamiento. (Simondon, 2015c, p. 356)

Este problema ubica en el horizonte de la comprensión la importancia del componente transindividual como *disposición a la transformación a través del colectivo* (Combes, 2017; Cf. Heredia, 2018a), y su relación con lo político, entendido como *la influencia del colectivo a partir de su constitución sobre el ordenamiento social*.

La tensión que el individuo vive entre la percepción y la afecto-emotividad, hemos visto, se resuelve por la mediación del colectivo, o de lo transindividual, entre la forma que adopta el mundo para el individuo (percepción) y el potencial energético preindividual que se expresa por medio de las emociones (Simondon, 2015c). En la unidad de lo colectivo podrá el individuo integrar percepción y emoción, las dos vertientes de su actividad psíquica, y de este modo coincidir consigo mismo, con el componente transindividual que lo constituye como sujeto (Combes, 2017).

Sin embargo, no es pertinente identificar transindividual y colectivo sin más, puesto que el tránsito de la individuación física a la orgánica (vital), de esta a la individuación psíquica, por medio del proceso denominado transducción, no deriva en la individuación colectiva, sino en lo transindividual subjetivo y objetivo (Combes, 2017; Simondon, 2015c).

Si “lo colectivo, para un ser individuado, es el lugar mixto y estable en el que las emociones son puntos de vista perceptivos y los puntos de vista [percepciones] son emociones posibles” (Simondon, 2015c, p. 331), debe considerarse que esta categoría de lo colectivo es constituida por el individuo psíquico, por su yo en el interjuego recíproco que entabla con otros como parte de la configuración de su personalidad, es decir, desde la influencia del colectivo en los individuos que son agentes de su individuación: ser más joven o más viejo que otro, más débil o fuerte que otro (Simondon, 2015c); de esta manera, se articulan percepción y emoción puesto que la comparación con otro está acompañada de una emoción.

Desde esta perspectiva, el tránsito de lo psíquico a lo colectivo no está dado por la pertenencia del individuo a una comunidad, puesto que el colectivo así visto es el resultado de una individuación específica, la psíquica, es el resultado de la resolución de la tensión de problemáticas psicológicas incompatibles en el sujeto solo (Combes, 2017). Estamos en el terreno de lo transindividual subjetivo. En el paso a la individuación colectiva se cierne lo concerniente a la dimensión transindividual como reciprocidad entre ambas individuaciones, la psíquica y la colectiva o, en otros términos, se cierne lo concerniente a la individuación psicosocial.

Debe considerarse que el colectivo es un sistema individual, individuándose en el devenir temporal, o individuo conformado a partir de los potenciales preindividuales que portan los sujetos en aras de individuarse; y en cuanto individuo colectivo, no está constituido simplemente por individuos psicológicos. Tampoco es lógico afirmar que se configura por medio de las relaciones interindividuales de los mismos. Estas relaciones dan cuenta de los vínculos que establece el yo “captado como personaje a través de la relación funcional que otro hace de él” (Simondon, 2015c, p. 356). Sería más preciso plantear que el colectivo está dado en los potenciales preindividuales que en términos de afecto (emoción) insta a los individuos a relacionarse de manera funcional, pues “el afecto es relacional por esencia” (Heredia, 2018a, p. 51). En otros términos, las relaciones interindividuales posibilitan que se configure la personalidad del individuo en su encuentro con otros, de ahí su carácter funcional. Pero de manera sincrónica, gracias a los potenciales preindividuales, los sujetos se sienten proclives a la configuración del colectivo que, finalmente, le indica al sujeto que es posible una fase más de su proceso de individuación, lo transindividual.

Así, la dimensión transindividual colectiva exige una suspensión del rol social asignado al individuo

en la red de intercambio humano propiciada por el lenguaje, para derivar en la experiencia afectiva de la soledad que se genera por la experiencia de que su ser es reticente a la modificación resultante del encuentro con otros, la cual, paradójicamente, posibilitará que el individuo pueda desplegar la carga preindividual que lleva consigo y, en consecuencia, pueda propiciar la configuración de un horizonte relacional con otros: “la individualidad psicológica aparece como aquello que se elabora al elaborarse la transindividualidad” (Simondon, 2015c, p. 358). De allí que pueda sostenerse que la configuración del sujeto y el colectivo se presenta de manera simultánea: “La relación transindividual de los sujetos entre ellos aparece de este modo como siendo simultáneamente una relación autoconstituyente del sujeto consigo mismo, a través de aquello que, en el otro, no es rol o función, sino realidad preindividual” (Combes, 2017, p. 75).

De la premisa simondoniana según la cual “la individualidad psicológica aparece como aquello que se elabora al elaborarse la transindividualidad” (Simondon, 2015c, p. 358), también se deriva que la aptitud para lo colectivo depende del encuentro del sujeto consigo mismo³⁸; es decir, de la integración entre percepción y afecto-emotividad. De este modo, sugiere Combes (2017), “la posibilidad de definir una relación transindividual está, en efecto, estrechamente ligada a la naturaleza transductiva del sujeto psicológico, que solo parece tener relación consigo mismo en tanto se vuelca hacia fuera” (p. 75).

Ahora, estas elaboraciones resuenan con la dimensión relativa a *lo político*, puesto que el compromiso de constituir el colectivo y potenciar su influencia sobre el ordenamiento social requiere de la puesta en acto de la transformación del individuo psicológico; en otros términos, de la realización de los potenciales informacionales preindividuales, de los afectos, que lo invitan a entablar una relación con otros y, en consecuencia, abrir el horizonte de posibilidades inventivas para un nosotros (Cf. Ramírez, 2012).

Nosotros, desde esta perspectiva, se convierte en el emblema de lo transindividual (la individuación de un nosotros), en el horizonte conceptual de una renovada forma de concebir la perspectiva psicosocial como sistema individuante, y de *lo político* como ordenamiento colectivo.

Retomando la relación entre polític@ e individuación psicosocial o transindividual, es pertinente aclarar que el individuo psicológico no debe ser asumido como el producto de la individuación psíquica, sino como el resultado procesual de lo que de esta clase de individuación está dirigido hacia la construcción de lo colectivo (Combes, 2017). De este modo, se hace más consistente el planteamiento que contempla *lo político* como la influencia del colectivo, a partir de su configuración, sobre el ordenamiento social, y se matiza el precepto soportado por el individualismo metodológico que ve en el ejercicio político del poder instituido (política), una forma unilateral, individualista, del poder ejercido por sujetos, organizaciones o instituciones, sobre el campo de acción y elección colectiva en una sociedad determinada.

Si el individuo psicológico se constituye simultáneamente con el individuo colectivo, se explica que “el dominio de la individualidad psicológica no posee un espacio propio; existe como sobreimpresión en relación a los dominios físico y biológico” (Simondon, 2015c, p. 354). De esta manera, se valida la propuesta que hace de lo político el terreno en el que es posible el despliegue de los potenciales del individuo psíquico-colectivo en aras de la constitución de un universo transindividual, puesto que la individualidad psicológica se ha configurado de manera transicional como pasaje hacia lo colectivo: “la relación entre el individuo y lo transindividual se define como lo que supera al individuo mientras lo prolonga” (Simondon, 2015c, p. 357-358).

Se hace posible la constitución de un *Nosotros* como universo en el que las relaciones de poder entre el colectivo y las organizaciones que promueven su ordenamiento se regularían de manera metaestable en pos de la estabilidad de un sistema político-social, el cual se nutre de la acción organizada que surge de la integración entre la emoción y la percepción que despliega el colectivo. De este modo, lo político se configura como un campo en el que los problemas colectivos emergen y es posible hallar una solución, en lugar de

³⁸ Las ideas sobre la relación entre polític@ e individuación psicosocial que aquí se sostienen, resuenan, desde otro punto de vista, con la idea sostenida por Michel Foucault en su genealogía del sujeto en relación con el ámbito de la política: para gobernar a los otros, para cuidarlos, en primer lugar, el sujeto debe gobernarse a sí mismo, debe cuidar de sí (Foucault, 1984).

resolverse partiendo de la concepción de una naturaleza humana que se ha centrado fundamentalmente en su preeminencia o dominio sobre otros seres, individualista por definición. La concepción transindividual de lo político ofrece así un horizonte estable de participación psíquico colectiva, lleno de posibilidades acordes con la visión sistémica que se está argumentando.

La novedad de la propuesta filosófica de Simondon en relación con la individuación, radica en que es natural; de ahí que la descripción de la conformación del colectivo sea puesta en escena como realidad física, pues los potenciales preindividuales poseen un carácter natural; de ahí que las derivaciones políticas amparadas en la conformación del colectivo, descansen sobre la misma armazón teórica, y no sobre posturas formalistas en las que el colectivo se constituiría a partir del contrato: “el contrato no funda un grupo, tampoco la realidad estatutaria de un grupo ya existente” (Simondon, 2015c, p. 378-379). La apuesta política de Simondon se encuentra “por fuera del horizonte de legitimación de la soberanía” (Combes, 2017, p. 87) como realidad simbólica y legitimante de un Estado³⁹.

Los potenciales preindividuales, de carácter natural, como aspecto común que portan los sujetos, y que promueven la constitución del colectivo, constituyen la apuesta simondoniana para repensar lo político, pues a partir de ellos se hacen posibles las modificaciones colectivas que determinan el cambio social, la innovación en los modos de ordenamiento que hemos configurado para constituirnos como sociedad.

El pensamiento sobre la constitución del colectivo que ofrece Simondon, se convierte entonces en una de las vías para repensar lo político. Y en este contexto, el concepto de transindividual permite su desarrollo en el sentido que representa la disposición a lo colectivo en cada sujeto. De este modo, se desustancializa lo colectivo propiciado por la tradición psicológica y sociológica, y se promueve su ser de transformación en devenir (Bardin, 2019; Combes, 2017; Gil Congote, 2021; Heredia & Rodríguez, 2017).

4.4 Formación política de la tecnicidad

La relación descrita en los dos anteriores apartados entre lo político y la individuación psíquico-colectiva, y su transindividualidad, se complementa con la reflexión sobre los sistemas técnicos y su repercusión social, que Simondon presenta en su segunda tesis doctoral, *El modo de existencia de los objetos técnicos* (2007).

Del modo sugerido en este trabajo, el pensamiento filosófico de Simondon aboga por una relativización de la postura sustancialista presente en la pareja individuo-colectivo que ha propiciado que tanto la sociedad como el individuo sean percibidos como dos entidades separadas que entablan relaciones. Simondon (2015c), por el contrario, propone un proceso de despliegue del individuo que, por medio del potencial natural preindividual, de carácter informacional, posibilita la emergencia de los colectivos. De este modo se logra una renovada perspectiva psicosocial que hace de la pareja individuo-colectivo una unidad sistémica en individuación.

Ahora bien, de esta tesis se deriva que las características de los sistemas en individuación, dado la relativización de las implicaciones presentes en la posición epistemológica que distanció la cultura y la

³⁹En la introducción que Fina Birulés realiza del libro *¿Qué es la política?*, de Hannah Arendt (2018), se resalta una premisa de esta autora que resuena con la propuesta que describe este estudio. Arendt afirma que preguntas tan elementales y directas como ¿qué es la política? solo pueden surgir cuando ya no son válidas las respuestas formuladas por la tradición, cuando estallan las viejas categorías de comprensión y juicio moral, porque convierten los problemas políticos relativos al totalitarismo, a la entronización de sujetos en el poder, en dificultades inofensivas que se resuelven haciendo uso de las viejas respuestas.

naturaleza a través de la pareja libertad/necesidad, también puedan observarse en los sistemas técnicos. En otros términos, en tanto sistemas, esta clase de entidades devienen en pos del equilibrio dinámico que propende a su autorregulación y metaestabilidad⁴⁰.

Bajo el principio que separa cultura y naturaleza, no se logra captar el funcionamiento de un sistema social, tampoco técnico, porque se desconoce que ambos se regulan a partir de cierto grado de indeterminación que favorece su modificación:

A través de este margen de indeterminación, y no por los automatismos, las máquinas pueden ser agrupadas en conjuntos coherentes, intercambiar información unas con otras por medio de un coordinador, que es el intérprete humano. Incluso cuando el intercambio de información es directo entre dos máquinas (como entre un oscilador piloto y otro oscilador sincronizados mediante impulsos), el hombre interviene como ser que regula el margen de indeterminación a fin de que se adapte al mejor intercambio posible de información. (Simondon, 2007, p. 35)

Como sistemas transductores, en un sistema psicosocial, en uno viviente, y en un sistema técnico, de manera general, la información se encarga de la actualización del sistema, favoreciendo el pasaje de lo potencial a lo actual, y esto se presenta gracias al margen de indeterminación que permite su funcionamiento (Simondon, 2007, p. 160).

De acuerdo con este punto de vista, por extensión de los términos, la regulación del orden político no obedece a un propósito mecánico externo exclusivamente, a la manera del establecimiento o entronización de un sujeto o un grupo en el poder, pues la metaestabilidad de un sistema, en este caso social, se produce gracias al margen de indeterminación presente en los grados de tensión informacional que le permiten modificarse, y que se expresa por medio de las posiciones discursivas, de los valores y normas, de las diversas organizaciones e instituciones, es decir, de la cultura que favorece el ordenamiento del sistema.

Establecer que el ordenamiento o regulación de un sistema técnico, viviente y psicosocial es una característica inherente del mismo y, en este sentido, político, implica replantear el modo tradicional como ha sido concebido el ordenamiento de un sistema psicosocial, es decir, un ordenamiento mecánico, operado por agentes externos al propio sistema, tal cual como se deduce de la oposición entre naturaleza y cultura. Este replanteamiento “es un riesgo, pero evitar este riesgo significa aniquilar la supervivencia del sistema como tal” (Bardin, 2019, p. 3).

⁴⁰Un sistema con estas características es definido del siguiente modo:

Un todo que evoluciona, que es capaz de gobernarse o al menos de reaccionar a los impulsos que recibe de una manera particular que da prueba de una elaboración individual por el objeto de los mensajes que recibe: sus relaciones con el mundo no son simples influencias, intercambios activos o pasivos de energía instantánea. [Un sistema hólico o cibernético así definido] tiene con el mundo las relaciones de un individuo con un medio, o de un individuo con una sociedad, o incluso de una sociedad con una sociedad (Simondon, 2018, p. 44).

Este hecho se reconoce porque su funcionamiento depende de que la actividad del mismo sea “modificada de una manera permanente por los resultados de esa actividad (...). Esta recurrencia de los efectos de la actividad sobre la actividad se llama reacción, feedback, o resonancia interna. Con la reacción comienza el sistema cibernético” (Simondon, 2018, p. 47).

Simondon (2018) identifica tres grupos de esta clase de sistemas: “el de los robots, puras imitaciones; el de los autómatas sin reacción (por ejemplo, un reloj...); finalmente, el de los autómatas con reacción (por ejemplo, un motor térmico con regulador automático, un sistema de calefacción a termostato)” (p. 48). Un sistema cibernético

Es un automatismo puro, es decir, es un sistema cuya actividad es modificada de una manera permanente por los resultados de esa actividad: produce un feedback o una resonancia interna. ¿Qué debemos entender con feedback? Una mezcla de acción y de información, o acción en retroalimentación (causalidad recurrente). (Ballabio et al., 2020, p. 45-46)

Las intervenciones destinadas a mantener la regularidad del sistema son definidas por Simondon como un *acto de gobierno* a través del cual la invención política adquiere todo el sentido. Esto es posible en la medida que se incorpore el conocimiento de la realidad técnica y de los valores implicados por su existencia a la cultura (Simondon, 2007) a través de la formación de una *actitud democrática* que contemple los diversos conjuntos de elementos que hacen parte de un sistema psicosocial, entre los que se encuentran aquellos que no han tenido participación como los sistemas técnicos, ecológicos, entre otros.

Como se sugirió, la base de esta premisa se encuentra en el hecho del funcionamiento común, en el sentido de la autorregulación, de la búsqueda de la metaestabilidad, de los seres vivos y las máquinas (Simondon, 2007). De este modo, se trasluce el proyecto político, presente en la segunda tesis doctoral de Simondon, y se acoplan con este las derivaciones políticas de su pensamiento sobre el nacimiento transindividual del colectivo:

La verdadera mediación entre la técnica y el poder no puede ser individual. Solo se puede realizar por mediación de la cultura. Porque existe algo que permite gobernar al hombre: la cultura que ha recibido; esta cultura le otorga significaciones y valores; la cultura gobierna al hombre, incluso si este hombre gobierna a otros hombres o máquinas. Ahora bien, esta cultura está elaborada por la gran masa de aquellos que son gobernados; aunque el poder ejercido por un hombre no provenga de él, para hablar con propiedad, sino que se cristalice y concretice en él, proviene de los hombres gobernados y vuelve a ellos. (Simondon, 2007, p. 166)

Esta tesis se soporta aún más si se considera que los mecanismos de autorregulación, a la manera de hipótesis, explican el origen de la vida, del mismo modo que ocurre en las operaciones mentales, los sistemas técnicos y el ordenamiento de los colectivos. Así, la cultura, es decir, el conjunto de instituciones que adoptan la forma de valores, normas, discursos, es la que posibilita la metaestabilidad de un sistema social. La falta de esta regulación o metaestabilidad social proviene, de acuerdo con Simondon (2007), de que existen aspectos de la realidad colectiva que no están representados en la cultura, logrando de este modo que la regulación que ofrece ésta última sufra una dificultad.

La dificultad presente en la cultura para propiciar la regularidad de un sistema social puede verse expresada en el proyecto educativo de Simondon, el cual se encuentra presente en sus elaboraciones sobre la técnica; proyecto que tiene como objetivo cuestionar la oposición entre técnica y cultura al revelar una tensión histórica entre las formas preindustriales, industriales y postindustriales de cultura técnica.

El análisis del modo de producción de objetos técnicos propuesto por Simondon se opone a la consideración de un sistema técnico como un objeto de uso exclusivamente; propone desvincularlo de los imperativos de la productividad puesto que trae aparejado inestabilidades ambientales y psicosociales que requieren una posterior reconfiguración tecnocultural; la obsolescencia programada de los objetos técnicos es un ejemplo, dada la inestabilidad ecológica que trae aparejada la explotación del material necesario para su construcción, como la poca funcionalidad que introduce en un colectivo la aparición desmedida de objetos que rápidamente se desechan.

En parte, esto se presenta porque se observa la técnica como aliada y reducida a la productividad a través del trabajo desde una mirada capitalista. De este modo, la productividad hace las veces de una norma que regula la relación entre los seres humanos y los sistemas técnicos, y entre los seres humanos mismos. Así, se olvida que esta clase de actividad normativa obedece a una extrapolación de la génesis de los sistemas técnicos a la experiencia antropológica cultural, e introduce un problema en los sistemas psicosociales relativo a la incapacidad para institucionalizar culturalmente el carácter regulador que posee el sistema técnico, del mismo modo que ocurre con los sistemas biológicos de acuerdo con la regularidad que introduce la norma natural que ellos mismos exhiben, y de la misma manera como se presenta en la relación sistémica entre el ser humano que propende por la elaboración del mundo que configura y este último (Bardin & Carrozzini, 2017; Simondon, 2017).

En otros términos, la norma relativa a la productividad que requiere un sistema económico capitalista no propicia la regularidad que exhibe un sistema técnico. Tampoco favorece que esta clase de sistemas se integren a la experiencia antropológica como seres en individuación en los que también opera un proceso de despliegue informacional que los hace proclives a entablar relaciones entre ellos y con otra clase de sistemas como el individuo psíquico-colectivo.

Ahora, debe considerarse que nada permite proponer a la sociedad y su cultura como el dominio de una

regulación incondicional, permanente, podría decirse, y por este motivo, tampoco podría admitirse sin más el postulado según el cual el fin último de una sociedad, como valor supremo, sea la prosecución de una estable regulación bajo el supuesto que el equilibrio dinámico, metaestable, se encuentra en el origen de los sistemas como característica esencial y, en consecuencia, un acto de gobierno debería estar animado exclusivamente por este ideal:

De hecho, del mismo modo en que lo viviente se basa en la [autorregulación] para desarrollarse y devenir, en lugar de permanecer perpetuamente en el mismo estado, del mismo modo, en el acto de gobierno, existe una fuerza de advenimiento absoluto que se apoya en las [autorregulaciones del sistema social] pero que las supera y las emplea. (...) La noción misma de finalidad aplicada a este devenir, parece inadecuada (...) [puesto] que no hay un fin único y superior que pueda sobreimponerse a todos los aspectos de la evolución para coordinarlos y considerar su orientación por medio de la búsqueda de un fin superior a todos los fines particulares. (Simondon, 2007, pp. 167, 173)

La anterior formulación resalta la razón por la cual la transformación de un sistema no posee como característica inherente a la misma modificación una serie de valores culturales que le ofrezcan una orientación determinada. Lo propio de un sistema, en este caso socio-político, es que su reconfiguración pretende recobrar la regularidad que permite su funcionamiento. El valor con el que se lo quiera recubrir podrá alterar su dirección u orientación solo si se expresa como contenido informacional propio del sistema en curso de cambio⁴¹ y, en todo caso, esos valores deberían propiciar su regularidad, la que el sistema adopte en pos de su funcionamiento y estabilidad, no el ideal que el individuo o el colectivo se fijen como meta a alcanzar producto de las creencias que lo animen en un momento determinado.

El carácter político de la autorregulación de un sistema social, por medio de su cultura, invita a considerar como técnicas humanas el conjunto de instituciones que favorecen el funcionamiento de un sistema psíquico-colectivo, sea que se trate de un grupo, una comunidad o una sociedad: las creencias, los mitos, las normas, los valores, la técnica, son un ejemplo funcional y operativo de la regulación que permiten. Si se asumen como tensión informacional en un sistema psíquico-colectivo, introducen la posibilidad de su modificación potenciado por el carácter transindividual del mismo.

Sin embargo, ese conjunto de instituciones también puede propiciar que un colectivo pierda dinamismo en términos de equilibrio, cerrándose así respecto a una posible innovación o transformación. Las creencias, bajo la forma del mito grupal o la opinión individual, aunque no fundan un colectivo, se hacen más fuertes cuando la cohesión de este se ve amenazada:

La producción de creencia bajo la forma de mitos y opiniones es el remedio, eficaz en lo inmediato, pero insuficiente a largo plazo, con el cual el “cuerpo colectivo” intenta oponerse a su propia decadencia. Mito y opinión, en tanto que declinaciones respectivamente “colectiva” e “individual” de la creencia, tienen, en este sentido, la misma función: son estructuras que –fruto de la parcial esclerotización de los procesos de construcción de la identidad colectiva (procesos de “individualización de grupo” en los términos de Simondon)– comparecen en el momento en el cual estos pierden parte de su propia potencia dinámica y expansiva para acabar replegando sobre una representación autorreferencial y estática. (Bardin et al., 2009, p. 39)

A través del fortalecimiento de las creencias, un colectivo intenta salvaguardar la identidad que lo define, aun cuando ese fortalecimiento reste eficacia al devenir de transformación del mismo. Cristalizando las estructuras sociales del colectivo, la creencia logra que la relación del colectivo con otros se haga impensable, amenazando así su propia estabilidad.

La solución respecto del estatuto de la creencia como discurso cultural, estriba en potencializar su función en términos de invención colectiva precisamente. De este modo, un colectivo podrá hacer de las instituciones culturales, de las creencias, un potencial informacional que podría desembocar en la invención técnica, ética y política (Bardin et al., 2009).

⁴¹Ver las características de un fenómeno psicosocial en el siguiente apartado.

A la manera de técnicas de elaboración del mundo por parte de los seres humanos, ese conjunto de instituciones culturales también puede ser agrupado bajo el nombre de formas de pensamiento que propende por la regulación del sistema social. De este modo, la relación del hombre con el mundo puede ser considerado como un sistema político en devenir, es decir, individuándose (Simondon, 2007)⁴²:

El sentido general de devenir sería el siguiente: las diferentes formas de pensamiento y del ser en el mundo divergen cuando acaban de aparecer, es decir, cuando no están saturadas; luego vuelven a converger cuando se sobresaturan y tienden a estructurarse por medio de nuevos desdoblamientos. Las funciones de convergencia se pueden ejercer gracias a la sobresaturación de las formas evolutivas del ser en el mundo, en el nivel espontáneo del pensamiento estético y en el nivel reflexivo del pensamiento filosófico. (Simondon, 2007, pp. 174-175)

Precisamente, es el carácter reflexivo del pensamiento filosófico la cualidad que actúa sobre las instituciones culturales de un sistema psíquico-colectivo haciendo las veces de un mecanismo regulador que propicia la metaestabilidad del mismo. De este modo, se hace probable que las creencias devengan facultades inventivas, innovadoras del sistema psíquico-colectivo. En este punto, estriba el sentido político que introduce Simondon como tendencia integradora de la técnica a la cultura.

El carácter reflexivo de este tipo de pensamiento no consiste en la transmisión de contenidos, sino en el establecimiento del modo organizativo y genético de los elementos o conjuntos de elementos que se relacionan en un sistema social. Del mismo modo, este tipo de pensamiento no debe ser visto como una característica esencial de la naturaleza humana, sino como una tradición capaz de sostener el poder desestabilizador de los actos creativos, inventivos, pedagógicos y políticos que, integrado al funcionamiento de los sistemas colectivos, podría propiciar la metaestabilidad de los mismos. Como consciencia reflexiva de sí, la formación del pensamiento filosófico favorece la construcción de un horizonte transindividual por medio de la elaboración y reelaboración del lugar funcional que poseen las instituciones culturales.

El carácter reflexivo del pensamiento filosófico puede asumirse también como la cualidad que potenciaría la reciprocidad entre la percepción organizante de los fenómenos del mundo, y la emoción con la que los recubre el individuo psíquico-colectivo como característica definitoria del mismo. Como ya se ha indicado, la finalidad de este tipo de acción es favorecer el equilibrio dinámico, metaestable, del sistema psicosocial. En esta apuesta podría resumirse el proyecto educativo, de carácter psicopedagógico, propuesto por Gilbert Simondon.

La lectura que se ha desarrollado en los anteriores apartados de este capítulo sobre lo político puede ser pensada como la base para auscultar un fenómeno, como hemos visto, de carácter psicosocial. Se ofrece con la finalidad de que los científicos o investigadores sociales agrupados en la categoría de ciencias humanas y sociales puedan favorecer la comprensión de un fenómeno psicosocial a partir del derrotero descrito en este trabajo. Para más precisión, a continuación, se presentan una serie de características de los fenómenos psicosociales, que se contrastan con la democracia como actitud favorecedora de la regularidad de un sistema psicosocial desde el punto de vista de lo político.

⁴²El primer modo de relación en el sistema hombre-mundo puede ser llamado mágico. En éste “la mediación entre el hombre y el mundo no está aún concretizada y constituida de modo separado, en medio de objetos o seres humanos especializados (Simondon, 2007, p 173),” pero existe una primera estructuración, la que hace surgir la distinción entre figura y fondo en el universo que se aplica a todas las formas de pensamiento: técnico, mágico, religioso, estético y filosófico. El fondo corresponde a funciones de totalidad expresados en conocimientos, y la figura a esquemas definidos y particulares que conducen a maneras de actuar.

La *tecnicidad* como modo de pensamiento da cuenta de una estructuración que resuelve en parte los problemas planteados por la fase mágica por medio del empleo de objetos técnicos. El pensamiento religioso deriva del pensamiento mágico como una totalidad sobre el ser humano. Sobresaturada la tecnicidad al incorporar la realidad del mundo al cual se aplica, y la religiosidad al incorporar la realidad de los grupos humanos mediatizada por la relación primitiva con el mundo, la tecnicidad se desdobra o deviene en teoría y práctica, y la religiosidad en ética y dogma.

El pensamiento filosófico tiene el propósito de hacer converger las divergencias de los modos de pensamiento cuando no están saturadas, a través de nuevas estructuraciones propiciadas por los desdoblamientos de los mismos modos de pensamiento. Tres son las dimensiones que el pensamiento filosófico usa para lograr su propósito: la teoría del saber y de la acción en relación con la teoría del ser (Simondon, 2007).

4.5 Características de un fenómeno psicosocial

La cualidad psicosocial de un fenómeno se presenta gracias al carácter psíquico individual y social que contiene. Es psíquico en el sentido de la información incidente aportada por el individuo; es social, dado que la misma se propaga por amplificación en el colectivo:

Los fenómenos puramente psíquicos son aquellos que se producen en el individuo sin modificar su estado de equilibrio, sin activar en él una transformación que se traduzca en una actitud percibida como nueva y significativa por otro individuo. Es información la incidencia que, en un grupo dado, conlleva un cambio de equilibrio en cierto número de individuos, que, por el resultado mismo de su cambio, desencadenan el cambio de otros individuos potencializados de manera análoga. (Simondon, 2015b, pp. 145-146)

Como puede apreciarse, el carácter psicosocial de un fenómeno requiere tener en cuenta que la información que moviliza, vía la transferencia de la misma, debe ser percibida como significativa por otro individuo, e introduzca, a su vez, una modificación del equilibrio en un colectivo; por este motivo, un fenómeno de esta naturaleza es esencialmente informacional (Simondon, 2015b).

La condición de posibilidad de un cambio de equilibrio para que se produzca un fenómeno de carácter psicosocial requiere de un colectivo en un estado de *tensión inicial*, puesto que, de ese modo, se hace proclive la transformación del sistema. Estados psicológicos moldeados por afectos como el temor, la inquietud, la espera de un cambio, son el equivalente psíquico, vivido de manera colectiva, de un estado metaestable y, en consecuencia, de un fenómeno psicosocial (Simondon, 2015b).

Otra característica que define el carácter de un fenómeno psicosocial está dada en el *tiempo de recuperación* que exige la transformación de un sistema colectivo, si la información incidente que se despliega por amplificación logra propiciar un cambio de estado como la autorregulación del sistema, por ejemplo. En los fenómenos psicosociales (sentimientos nacionales, la alienación política de un colectivo) el tiempo de estabilización u organización no está determinado, puede alcanzar semanas o incluso años (Simondon, 2015b).

Asociada a esta característica temporal, y por ese motivo, estos fenómenos se producen de manera más rápida que los fenómenos sociales, dado que su existencia no depende de la modificación de condiciones de base como un tipo especial de población, producción y desarrollo industrial, una clase especial de educación, sino la puesta en juego de las reservas del potencial energético preindividual por medio de una propagación transductiva, moduladora y, finalmente, organizativa, en un momento determinado, puesto que la tensión del sistema no se presenta de manera indefinida. Por último, y derivado de la rapidez en el tiempo de configuración en estos fenómenos, el cambio psicosocial propiciado no es perdurable si las estructuras sociales que conforman un sistema colectivo no lo incorporan en el funcionamiento del mismo sistema (Simondon, 2015b).

Con la finalidad de que las dimensiones ordenadoras de un fenómeno como el aquí descrito puedan apreciarse de manera concreta, el ámbito relativo a la democracia se ofrece como una alternativa viable para dar continuidad a la derivación política referenciada en este estudio. No obstante, antes de dar a conocer las dimensiones que este trabajo propone para ordenar un fenómeno psicosocial, es pertinente contextualizar qué se entiende por democracia como ámbito de realización de lo político.

4.5.1 Fenómeno psicosocial y democracia

De manera ordinaria, la democracia (del griego *δημοκρατία* *dēmokratía*: ‘gobierno popular’, gobierno del pueblo, formado con *dēmos* ‘pueblo’ y *kratēin* ‘gobernar’) se utiliza como mecanismo para legitimar los actos organizativos de un Estado; en términos amplios, no se la utiliza para dar cuenta de una actitud reflexiva democrática, o como una cualidad ética, como un modo de ser, indispensable para la formación de una actitud reflexiva democrática y para la creación o transformación de un estado democrático (Herrera, 2002).

En este sentido, la democracia está asociada a la regulación de la convivencia humana y su práctica colectiva a partir de lo que es posible ser y, desde allí, tomar distancia crítica frente a las diferentes modalidades que a través de la historia ha adoptado la práctica de la convivencia colectiva. (Herrera, 2002) También, alude a la soberanía popular como fuente de organización y legitimación de la normatividad social (Herrera, 2002).

No es posible, entonces, desde este punto de vista, considerar que un país es democrático solo por

medio de un decreto de los organismos estatales como la asamblea constituyente, en el caso de Colombia: “los decretos tienen efectividad para normatizar la práctica colectiva de los ciudadanos sólo si se da en éstos una mentalidad democrática arraigada en actitudes y hábitos democráticos” (Herrera, 2002, p. 91). Por ejemplo, no se puede pensar en ser demócrata cuando la solidaridad, la responsabilidad social, el respeto por los bienes comunes y por la persona humana, no se han practicado hasta su incorporación como valores inherentes a una actitud democrática (Herrera, 2002).

Ahora, es importante resaltar que la práctica de la democracia no se constituye en un fenómeno psicosocial de acuerdo con lo planteado líneas atrás, pero sí es posible vislumbrar fenómenos de esa naturaleza en los que la democracia esté implicada. Baste con recordar las protestas en Colombia durante el 2021, denominadas Paro Nacional Colombiano y, por algunos medios de comunicación, como Estallido social de Colombia⁴³. Esta clase de movimiento cívico introduce una nueva forma de praxis en Colombia y la oportunidad para que la democracia pueda ser una realidad⁴⁴. En este contexto es posible observar un estado de tensión energética metaestable, individual y colectivo, propenso a una transformación psicosocial en la que la democracia ocupa un lugar destacado.

El estado de tensión es visible en el descontento individual y colectivo; en la indignación y en la esperanza de un cambio en las condiciones socioeconómicas y políticas de Colombia, dado que el ejecutivo, representado por el Gobierno, perdió desde su inicio la credibilidad de la ciudadanía. Este fenómeno tiende a ser democrático, puesto que es la ciudadanía, la sociedad civil, agremiada en las diversas organizaciones mencionadas, quien alza la voz en pos de una mejora de la vida en común (G. Vargas, 2021).

La democracia como actitud valorativa no es un fenómeno psicosocial en sí mismo, porque no alude a un xambio de actitud; “una actitud, como fenómeno psicosocial, es una relación interindividual en curso de cambio” (Simondon, 2015b, p. 147). Tomando en cuenta lo descrito sobre la metaestabilidad de un sistema, de la anterior afirmación se puede extraer que la transformación de un sistema en estado de tensión energética no implica que su ordenamiento o reconfiguración traiga consigo, de manera inherente, los valores que el individuo y el colectivo desean en un momento determinado; en otros términos, el cambio de un sistema no contiene una dirección teleológica a la manera de una finalidad u orientación (dirección) valorativa programada de antemano, puesto que la regularidad que permite su funcionamiento puede adoptar diferentes matices:

⁴³ El Paro Nacional de 2021 fue convocado por las distintas centrales obreras del país, organizaciones civiles y populares aglutinadas en el Comité Nacional de Paro (CNP), para protestar en distintas ciudades el día 28 de abril bajo el lema “Por la vida, la paz, la democracia y contra la Reforma Tributaria y el paquetazo de Duque” (CNP, 2021). Esta consigna vino acompañada de la exigencia al gobierno nacional de dar cabida a un documento titulado “Pliego de Emergencia” que se remonta al 19 de junio de 2020 [en el que] dicho Comité presentaba 7 propuestas que, de ser ejecutadas, aliviarían la crisis económica que la epidemia del coronavirus vino a agravar (CNP, 2020). (Díaz, 2021, p. 623)

En un comunicado publicado por el periódico *El Tiempo*, el 25 de abril de 2021, firmaron como miembros del Comité las siguientes organizaciones: CUT, CGT, CTC, FECODE, CPC, CDP, USO, ACREES, UNEES, PCN- Afros, CINCOP, Dignidad Agropecuaria, Arte y cultura, Cumbre Agraria, Étnica y Popular, COS, ONIC, Plataforma Paz y DD. HH., CRIC, Salud en Paro, Confederación de Pescadores, Mesa Nacional de Páramos, Federación Nacional de Mineros, varias organizaciones nacionales de mujeres, ambientalistas, víctimas y LGBTI, entre otros que no cuentan con vocería específica.

⁴⁴ Es muy difícil asumir que Colombia es un país plenamente democrático, puesto que el Estado,

En sus diversas ramas, brilla por la incapacidad para orientar y representar a toda la sociedad; [posee] una clase dirigente que, en buena parte, continúa dominada por una mentalidad excluyente, enemiga de la participación popular, incapaz de reconocer los derechos humanos, opuesta a la justa distribución de los bienes sociales, económicos y culturales, enemiga de la igualdad y libertad democráticas, (...) desconocedora de la soberanía popular. [En términos sociales, Colombia todavía vive bajo la égida de la visión religiosa heredada de la Colonia,] por el orden jerárquico, por la autoridad, [y por] el papel que se le otorga a la Iglesia (...). El proceso de emancipación tampoco permitió una real vivencia de la democracia ni la instauración de un Estado democrático a partir de la soberanía popular. La emancipación, en buena parte, fue el resultado de la lucha por el poder de un reducido grupo —el de los criollos— que al negárseles los mismos derechos burocráticos de los residentes españoles lograron movilizar a parte del pueblo para el éxito de su empresa. (Herrera, 2002, pp. 96-98)

La noción misma de finalidad aplicada [al devenir de un sistema], parece inadecuada (...) [puesto] que no hay un fin único y superior que pueda sobreimponerse a todos los aspectos de la evolución para coordinarlos y considerar su orientación por medio de la búsqueda de un fin superior a todos los fines particulares. (Simondon, 2007, p. 173)

El carácter actitudinal que adopte el sistema tras su transformación depende de la elección (libertad) que el individuo psicosocial (sujeto y colectivo) imprima en el mismo de acuerdo con la historia discursiva y valorativa que haya consolidado. En otros términos, valores como la solidaridad y el respeto, la participación y la aceptación de la norma, los cuales comprenden una actitud democrática, ejercen una impronta en el devenir político de un sistema colectivo, solo si hacen parte de la información proclive a transformar o reconfigurar el sistema en aras de cambio.

El mito, los valores, las creencias son estructuras capaces de consolidar un grupo o una comunidad; propician que estos últimos puedan acceder al sentido de identidad colectiva; sin embargo, corren el riesgo de cristalizar la dinámica de los colectivos si estos se repliegan sobre sí mismos, dificultando la transmisión de información (en este caso los discursos que, en términos de potencial energético expresado en las creencias, valores, constituyen la cultura) con otros sistemas. Este tipo de estructuras simbólico-culturales pueden propiciar la individuación psicosocial si se asumen como potencialidad de invención colectiva, de invención política, de producción de significados compartidos con otros individuos psíquico-colectivos (Bardin et al., 2009).

De este modo es probable que la amplificación de la información en el renovado sistema, vía la modulación, se sitúe entre el haber informacional del mismo; sin embargo, debe decirse, nada garantiza que así sea, pues de lo contrario, se estaría negando una característica esencial de los sistemas que este trabajo ha referenciado: el margen de indeterminación que se fundamenta en la presencia del azar.

Es por ello por lo que planteamos que la democracia como un valor actitudinal no es inherente a la reconfiguración de un sistema sociopolítico, o cualquier otro valor simbólico cultural que prefigure su orientación. Lo propio de un sistema es propiciar la regularidad que permita su funcionamiento; este es el hecho que se traduce en el valor que se deriva de la observación de sistemas naturales, tal y como se describió líneas atrás para referenciar la continuidad entre naturaleza y cultura a partir del surgimiento de la norma como prescripción y regularidad en sistemas naturales y culturales, de acuerdo con Canguilhem (1971).

Sin embargo, la democracia como valor actitudinal podría ser un componente de la reconfiguración de un sistema en el sentido de propiciar su regularidad en términos de metaestabilidad, si en el haber informacional de los subsistemas en estado de disparidad, este se halla inscrito en el sujeto psíquico y colectivo como un elemento favorecedor del equilibrio dinámico del mismo sistema que se encuentra en aras de modificación. En este sentido, la tensión que se expresó en el momento de aparición del fenómeno psicosocial, relativo al Paro Nacional, no redundó en una modificación concreta del sistema sociopolítico, porque, desde el punto de vista de la actitud democrática, esta todavía se encuentra en vía de configuración.

Otro modo de observar la democracia es considerarla no solo como una actitud, sino como un camino de acción en el que la actitud valorativa que comporta el concepto se alía a los actos que la refrendan por medio de la organización que propician. En este sentido, la democracia se constituiría en un esquema de acción que haría proclive la regularización de un sistema sociopolítico; en otros términos, favorecería la modificación del sistema propiciando la continuidad de la individuación psicosocial:

La democracia es una vía normativa de pensamiento y acción presente desde el surgimiento de la filosofía que ha probado su eficacia para organizar y regular fines comunes desde la participación y la representación. Podemos pensar la democracia como una invención que perdura porque es portadora de tecnicidad, resuelve problemas desde una capacidad transductiva, es decir que opera en una red que encarna valores, normas y creencias para articular lo individual y lo colectivo. (Gil, como se cita en Red Latinoamericana de Estudios Simondonianos, 2021, 7:20)

Con el ánimo de apreciar un poco más las implicaciones prácticas de esta propuesta, a continuación, se presentan una serie de dimensiones ordenadoras de los fenómenos con ese carácter: psicosocial, y se toma como referencia el análisis descrito en este estudio sobre lo político en el marco del Paro Nacional colombiano durante el 2021 como despliegue en ciernes de una actitud democrática.

4.6 Dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial

Las dimensiones que siguen se ofrecen con la pretensión de favorecer la comprensión de un fenómeno psicosocial por parte de los profesionales y científicos adscritos a las ciencias humanas y sociales, y avizorar un posible modo de intervención. Tienen su basamento en la fundamentación de una perspectiva psicosocial que tiene como correlato el proyecto simondoniano relativo a la unificación de las ciencias humanas por medio de la elaboración de una ontogénesis del proceso de individuación de los seres; proyecto que, como ya se indicó, depende de un descentramiento del sustancialismo ontológico que asimila al individuo a una sustancia ya configurada, y el dualismo metafísico que no tiene en cuenta la operación que configura al ser al separar materia y forma por considerarlos ya constituidos.

Tal descentramiento permite a Simondon desarrollar una epistemología transductiva, no deductiva, una ontología no determinista, y las bases de un pensamiento político basado en la invención colectiva de carácter transindividual, en la autorregulación de los sistemas como característica del ordenamiento de los sistemas sociales. En el marco conceptual de estos desarrollos, tiene lugar el desasimiento de postulados epistemológicos tales como interior/exterior, activo/pasivo, sujeto/objeto, forma/materia, que se traslucen en postulados relativos a la oposición entre el individuo y su medio, o que abogan, como ya se indicó en el primer estudio de este trabajo, por la disolución del primero en el segundo o viceversa; postulados que fundamentaron el positivismo, y perfilaron el modo de pensar, concebir la realidad, y la manera de aprehenderla durante siglos.

La diferencia ontológica entre el ser humano y la naturaleza, como el ordenamiento político de una sociedad, por ejemplo, cimentada en la oposición libertad/necesidad, es desvirtuada por Simondon en la consideración del nacimiento del colectivo como sistema social natural. En este marco se desvanece la dialéctica entre el individuo y la sociedad en el sentido de su desustancialización, y se invita a considerar la relación entre el individuo y el colectivo como un sistema en devenir (Bardin, 2019).

Las dimensiones que se derivan de este trabajo son:

4.6.1 Reciprocidad informacional

Desde una perspectiva psicosocial, en un fenómeno con ese carácter, el intercambio recíproco de información opera de manera constante durante el tiempo de permanencia del mismo fenómeno. Gracias a esa transmisión de información y de las propiedades inherentes que conlleva, los elementos que la comparten introducen la posibilidad de modificar el sistema, en este caso psicosocial, en el sentido de una renovada forma de modulación (conservación) y de transferencia (transducción) de información (Simondon, 2015b). Calificada como “la piedra angular de las doctrinas sobre la reciprocidad” (Simondon, 2015a, p. 482), la información modifica o reordena el sistema por medio de su amplificación “organizante,” constituyéndose de este modo en la base de la invención y evolución colectiva (Simondon, 2015b).

Asumiendo que el movimiento denominado Paro Nacional es un fenómeno psicosocial, el grado de tensión informacional entre Gobierno y ciudadanía en el sistema sociopolítico colombiano, se manifiesta en la precariedad laboral, la difícil movilidad social, alimentadas de una latente crisis económica (Díaz Guevara, 2021); tensión igualmente expuesta en otra serie de denuncias que nutrieron la movilización social como aspectos que vulneran el ideal democrático descrito anteriormente: reforma pensional y laboral, muerte de líderes sociales, falta de recursos para la educación, la salud, entre otros (Tamayo, 2021). Aspectos psicológicos, expresiones de la dimensión perceptiva y afecto-emotiva, como el descontento, la preocupación vivida por el sujeto y el colectivo a raíz de la situación laboral y económica de la población colombiana, entre ellos los jóvenes⁴⁵, hizo posible que su malestar fuera escuchado de diversas maneras durante el proceso de movilización descrito (Díaz Guevara, 2021).

El Paro Nacional es un movimiento social que acontece en el ámbito de lo político, en el sentido antes

⁴⁵En abril de 2021, de acuerdo con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), Colombia poseía la segunda cifra de desocupación entre los miembros del organismo: el 14.96% de la población económicamente activa no encontraba trabajo. Entre los jóvenes es más preocupante la situación porque el 20.7% de los hombres no estaba empleado, y entre las mujeres el desempleo alcanzó el 33.3% (Díaz Guevara, 2021).

mencionado; es decir, apela a una regulación de las condiciones sociales que permiten la vida común de una sociedad, y, precisamente por esa cualidad, es propenso a un devenir democrático. Ahora, como sistema psíquico-colectivo y socio-político, de manera amplia, es posible discernir transmisión de información entre los elementos o subsistemas que lo integran: la sociedad civil, representada parcialmente por diversas agremiaciones cuya vocería estuvo a cargo del Comité del Paro Nacional (CPN), y las instituciones estatales que estructuran el Estado Colombiano.

No es posible determinar en el momento el grado de modificación o reconfiguración del sistema, en el sentido de su estabilidad (modulación y organización); sin embargo, el devenir del sistema continúa operando, puesto que, en el caso concreto de la relación entre el gobierno y el CPN, se reconoció a este último como contraparte, y se denominó negociación a las reuniones que tuvo con sus líderes, aspecto este que aseguraba que las peticiones tuviesen el carácter de acuerdos y no simples demandas por parte de la sociedad civil (Tamayo, 2021). A esto último alude la reciprocidad informacional como una característica del fenómeno psicosocial expresado en el Paro Nacional.

Sin embargo, podría plantearse, apelando al tiempo de recuperación como característica de un fenómeno psicosocial, que no es posible determinar el grado de estabilización u organización del sistema sociopolítico colombiano; es difícil mostrar con amplitud sus implicaciones y alcances como fenómeno psicosocial; de hecho, parte de las dificultades con la concreción de alternativas entre el CPN y el Gobierno, se debe al escepticismo de las agremiaciones participantes respecto de la democracia, a la poca confianza en las instituciones, incluyendo el propio Comité de Paro. En consecuencia, el verdadero alcance de la movilización como fenómeno psicosocial no se puede discernir todavía, puesto que no se ha trascendido el descontento que introduce la posibilidad del cambio y no se ha expresado en acción organizada; porque aún no convergen el pensamiento reflexivo y la acción, decantada en un proyecto común. Por este motivo, la retroalimentación de información entre ciudadanía y gobierno no ha propiciado la modificación del mismo sistema. Tras el desgaste del Paro, se ve como alternativa futura la expresión del cambio a través de un mecanismo de participación ciudadana como lo es el voto⁴⁶ en las urnas durante el período de elecciones en el año 2022.

4.6.2 Devenir sistémico

La utilidad de esta dimensión se refleja en la necesidad de considerar que un sistema social se transforma de manera regular en el tiempo; dicho de otra manera, no permanece estático, se reconfigura de acuerdo con la modalidad de transmisión de información (modulación, transducción, organización), de la significación que orienta en otra dirección la trayectoria del sistema modificado.

⁴⁶La Constitución política de Colombia establece que la soberanía del pueblo, de la cual deriva el poder público, para llevar a cabo la participación democrática cuenta, además del voto, con los siguientes mecanismos: plebiscito, referendo, consulta popular, cabildo abierto, iniciativa legislativa y revocatoria del mandato.

La formación del pensamiento reflexivo, de carácter filosófico, se constituye en este contexto en una alternativa viable para que, principalmente los jóvenes, como grandes protagonistas del devenir sociopolítico colombiano, puedan influir de manera directa, no representativa, en los designios de nuestro país, Colombia (Espitia, 2021; Gil, 2021).

A la fecha, agosto de 2022, posicionado un nuevo gabinete, se hace pertinente recordar las palabras del actual ministro de educación, Alejandro Gaviria, antes de las elecciones presidenciales (19 de junio de 2022). El 19 de mayo de 2022 dijo: “Estamos durmiendo en la cima de un volcán. Hay mucha insatisfacción. Podría ser mejor tener una explosión controlada con Petro, que embotellar el volcán. El país está exigiendo un cambio” (<https://www.ft.com/content/b91ef3e6-6969-40de-84db-26e220dddf18a?sharetype=blocked>).

Es posible considerar que la elección de Gustavo Petro, por parte de la sociedad civil, como presidente de Colombia, representa el cambio anunciado por Alejandro Gaviria como alternativa ante la posibilidad de un más fuerte y lleno de consecuencias “estallido social”. La población colombiana, principalmente los jóvenes, determinaron la elección del nuevo presidente, motivados por el cambio del *statu quo* gubernamental. Este tipo de acto renueva la vigencia de lo descrito para cada una de las dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial. En aras de una mayor estabilidad, el grado de tensión afecto-emotiva vivenciada de manera individual y colectiva (sistema psicosocial), se tradujo en una elección que representa la esperanza de un cambio social, en principio, pero con repercusiones individuales y colectivas. La estabilidad no se ha logrado en términos de la modulación y organización de la información que posibilita la individuación del sistema, pero las acciones (elección de ministros, reformas importantes como la tributaria, de entidades gubernamentales como la policía) que desde la posesión presidencial ha realizado el nuevo gobierno, introducen la posibilidad de que en el futuro cercano Colombia logre un mayor equilibrio, metaestable, por supuesto. El Paro Nacional del 2021, como fenómeno psicosocial, introdujo la posibilidad de una transformación (individuación) del sistema socio-

El advenimiento del orden metaestable en un sistema no implica que el sistema se reconfigure, en términos valorativos, de manera positiva. Desde ese punto de vista es posible que un sistema socio-político no represente para los sujetos la mejor forma social posible; sin embargo, este hecho no desdice de su transformación o devenir.

Con el propósito de otorgar un poco más de claridad sobre el devenir de un sistema, es importante recordar lo dicho líneas atrás sobre el proceso ontogenético de la individuación: la palabra ontogénesis toma todo su sentido si se la considera con el carácter de devenir del ser, “aquello por lo que el ser deviene, en tanto es, como ser” (Simondon, 2015c, p. 10). Esta condición exige que el devenir o transformación sea considerado una dimensión del ser, de un sistema, de lo cual se extrae que ser y devenir solo se oponen en un marco en el que el ser sea asimilado a una sustancia.

De este modo, un sistema es captado en su complejidad porque es aprehendido a partir del proceso de su configuración o individuación, no el proceso auscultado a partir de lo que ocurre procesualmente en un ser individuado. Se obtiene, además, una visión mejorada del conjunto de elementos que constituye un sistema, “una visión del devenir real que relativiza la independencia de los individuos volviéndolos relativos a un sistema energético en proceso” (Simondon, 2015c, p. 452).

En consecuencia, un sistema psicosocial no debe ser pensado como una realidad plenamente individuada y autónoma, sino como un ser en constante individuación y, por tanto, en interdependencia con otros; esto es, debe ser pensado a partir de una realidad psicosocial, transindividual. La relación entre el individuo y la sociedad debe concebirse como una dimensión de la individuación por la cual un sistema o fenómeno psicosocial deviene. La importancia de esta constante temporal se relleva al recordar que “la individuación no es el resultado del devenir, ni algo que se produce en el devenir, sino el devenir mismo, en tanto el devenir es devenir del ser” (Simondon, 2015c, p. 415). De este modo, lo que se quiere recalcar es que la individuación de un fenómeno psicosocial o un sistema psicosocial es un proceso constante.

En el contexto del Paro Nacional de Colombia, el sistema socio-político conformado por la sociedad civil y el gobierno, continúa el proceso de reconfiguración en pos de una mayor estabilidad. Es notable la interdependencia de los actores mencionados puesto que la metaestabilidad del mismo sistema no puede dejar de contar con la tensión de información que introduce la posibilidad del cambio. La negociación entre el CPN y el Gobierno llegó hasta el preacuerdo de condiciones, deteniéndose el 8 de junio de 2021. No obstante, ante la ausencia de compromiso y materialización de las solicitudes o condiciones por parte del Estado, el CNP anunció que su pliego de peticiones lo convertiría en proyectos de ley para presentar ante el Congreso (Tamayo, 2021), hecho este que destaca la característica que esta dimensión sostiene: un sistema se transforma de manera regular en el tiempo mientras haya una tensión informacional entre los elementos del mismo, instándolo de este modo, a una configuración adicional.

político colombiano. Solo resta confiar en que el pensamiento reflexivo motive las acciones que deberían favorecer una mayor integración de las funciones psicológicas y sociales en un sistema psicosocial como el colombiano, el cual sigue buscando el modo de lograr una configuración mucho más armónica con el entorno socio-político.

Este grado de armonización puede lograrse en la medida que el gobierno cumpla con los designios establecidos en la constitución, en el sentido que representa el acuerdo fundante de un Estado:

Lo propio de la vida política occidental, derivada del tránsito de la monarquía al estado moderno contractualista, es que la ciudadanía pueda pasar de los malestares sociales —que se despliegan entre la espontaneidad de la ciudadanía y liderazgos de base— a las formas normativas y estructurales que atiendan de manera normalizada dichos malestares, es decir, a incorporaciones en el contrato social que, efectivamente, recojan y atiendan dichos fenómenos sociales y políticos sobrevivientes. (E. Vargas, 2021)

De este modo, y bajo una perspectiva sistémica del Estado, las respuestas de las instituciones políticas son dadas bajo la forma de decisiones colectivas obligatorias para toda sociedad; a su vez tales respuestas influyen en la transformación del ambiente social, del que, dependiendo de la manera en que son dadas las respuestas, nacen nuevas demandas en un proceso de cambio continuo, que puede ser gradual cuando existe correspondencia entre demanda y respuesta, y puede ser brusco cuando debido a una sobrecarga de las demandas sobre las respuestas se interrumpe el flujo de retroalimentación. (E. Vargas, 2021)

Desde otro punto de mira, puede plantearse que el sistema sociopolítico colombiano (sociedad civil y gobierno) no se encuentra en un estado estático que imposibilitaría su modificación o individuación, a pesar de la reticencia para participar activamente por parte de la ciudadanía en los designios del país. En palabras de E. Vargas (2021), ha llegado la hora para la ciudadanía de un agenciamiento que transforme el devenir del movimiento social en organización para afectar las políticas públicas que, en últimas, podrían producir el cambio que se desea. Este agenciamiento es por definición democrático.

4.6.3 Potencial y disparidad informacional

Un sistema psíquico-colectivo porta consigo una carga informacional que lo hace proclive a nuevos desfases en aras de su individuación. Ese potencial energético, causal de la transformación del mismo, relativiza la idea según la cual es posible su disolución de acuerdo con una visión entrópica del potencial energético (información) que porta, puesto que la metaestabilidad lograda en su transformación relieves el componente dinámico, no estático u homogéneo, del equilibrio alcanzado.

El conflicto o disparidad (tensión informacional) entre los subconjuntos o elementos que conforman el sistema, desde esta perspectiva, es inherente a las condiciones de estabilidad del mismo sistema. De su resolución dependerá la transformación y trayectoria que adopte. Ahora, la reconfiguración del sistema, dado el despliegue del potencial informacional, como ya se insinuó, implica que el renovado sistema aún puede desplegar el potencial energético preindividual que lo insta a una individuación más:

La información, ya sea al nivel del organismo o de una colectividad, nunca está depositada en una forma que pueda estar dada; es la tensión entre dos reales dispares, es la significación que surgirá cuando una operación de individuación descubra la dimensión según la cual dos reales dispares pueden devenir sistema. (Simondon, 2009, p. 36)

Enfatizamos lo dicho líneas atrás: la individuación psíquico-colectiva implica asumir la realidad psicosocial (correlacional y procesual) como un devenir en el que el sujeto, reunido con otros, hace nacer lo colectivo mientras se individúa.

Esta realidad psicosocial, transindividual, es la que hace posible que la individuación se instituya como un referente en el futuro de un sistema psicosocial, como el soporte de su devenir socio-político. Es potencia que procura que el sistema complejice cada trayecto vital a través de un constante intercambio energético informacional con otras clases de sistemas: singulares, heterogéneos, con cierto grado de similitud. Es por ello por lo que declara Simondon (2009): “Lo psicosocial es lo transindividual: es esta realidad lo que el ser individuado transporta consigo, esta carga de ser para individuaciones futuras” (p. 451).

En el contexto socio-político colombiano, concretamente el fenómeno psicosocial expresado en el Paro Nacional, una situación histórica representa una tensión de información en vías de resolución.

A partir de la constitución del Estado colombiano, la lógica organizacional que lo asiste implicó que los procesos sociales fuesen pensados desde la funcionalidad de los elementos del sistema social: simbólicas, reguladoras, extractivas, distributivas. De este modo, a guisa de requisitos funcionales del sistema, fueron reemplazadas las categorías de soberanía, representación civil, voluntad, amparadas en el principio de autodeterminación del individuo. En otros términos, el componente democrático que se expresa en el Paro Nacional resurge con fuerza como la contraparte dispar en aras de resolución, puesto que el gobierno, a través de una razón instrumental, pretende la eliminación del componente afectivo que resuena en la configuración del sistema social como colectivo (Herrera, 2002).

Este hecho relieves la necesidad de considerar, de acuerdo con lo descrito en esta dimensión, que un sistema dispuesto a individuarse es asistido por tensiones dispares de información contenidas por los subconjuntos o elementos del mismo, y de cuya resolución depende su modulación y organización; depende también la posibilidad de individuarse una vez más.

Como ya se insinuó, la rabia, la desidia, la indignación, la esperanza del cambio, en tanto modalidades afecto-emotivas, no se encuentran desvinculadas de las modalidades de pensamiento que movilizan formas comportamentales y de acción en el contexto del Paro Nacional. Esta descripción es un ejemplo del potencial

informativa que busca una resolución en aras del advenimiento de una modificación que propicie la estabilidad del sistema, en este caso psíquico-colectivo. Esa clase de vivencias singulares, en la medida que portan un potencial preindividual, las hace proclives a convertirse en emociones sociales y políticas, compartidas con otros en aras de favorecer la reconfiguración o individuación del sistema; por ejemplo, el odio transformado en compasión, la vergüenza en orgullo ciudadano, la envidia en solidaridad (Arroyave, 2021; Cf. Gil Congote, 2021; Nussbaum, 2014).

4.6.4 Acción (resolución de problemas)

Esta dimensión es importante porque a través de ella se introduce la posibilidad del despliegue de un sistema psico-colectivo en un medio socio-político. Debe ser considerada en términos de resolución de problemas para alcanzar nuevas fases de individuación; esto es, en términos de la resolución de la disparidad informativa que portan los elementos o subsistemas que conforman el sistema psíquico-colectivo, y de este con el entorno:

La acción es bisagra (...) entre individuo y medio, que compatibiliza la estructura [del sistema], pues en ella se ponen en escena (...) las operaciones [que posibilitan la reconfiguración a través de] un actuar transductivo que resulta en la consecución de una equilibración [metaestable] –sin resolución plena de la disparidad–, [el cual es, a su vez,] nexo entre la actualización de potenciales de estadios de organización previos y la posibilidad de actualizaciones futuras. (Londoño & Mena, 2020, p. 256)

La acción, así vista, se nutre de la dimensión afecto-emotiva que permite el encuentro del sujeto consigo mismo y con los otros, acompañada del pensamiento reflexivo como condición psicológica que permite la integración de aspectos sociales y psicosociales. De este modo, se promueve “la resolución de la disparidad energética para el alcance del despliegue de potenciales, de la resolución de problemas en un mundo de vida compartido” (Londoño & Mena, 2020, p. 259). Así, un sujeto o sistema psicosocial reflexivo en su pensar, es condición de posibilidad para que su acción haga efectivo el horizonte transindividual, psicosocial, en compañía de otros.

La acción, como resolución de problemas, se presenta de manera más apropiada por medio de la organización lograda a través del proceso de amplificación de la información, pues ella, la organización, incorpora el proceso transductivo y modulador de la misma. De este modo, un fenómeno psicosocial expresa la propagación transductiva de la información en un nivel elemental, por ejemplo, psicológico individual; pero si la información transferida logra su modulación y, finalmente, la organización, el cambio de equilibrio resuena en el colectivo por síntesis o reclutamiento de los elementos contenidos vía la transducción inicial a nivel individual (Simondon, 2015b). Es por ello por lo que la resolución de problemas no es un arreglo entre términos dispares simplemente, pues implica “una ampliación del campo de conciencia gracias a la nueva organización descubierta” (Simondon, 2015b, p. 157) por el pensamiento reflexivo; organización que a su vez hace compatibles las disparidades informativas que requerían resolución.

La organización descubierta representa la clave de la invención o innovación en un fenómeno psicosocial, o en un sistema con ese carácter, que ha alcanzado un nivel de complejidad creciente o un mayor nivel de generalización (Simondon, 2015b), dada la compatibilización de las cargas informativas lograda, en el sentido de que ese nivel de compatibilización no había sido puesto en juego por el fenómeno o el sistema. Exige, como se ha descrito, la integración de información histórica y presente en pos del porvenir del mismo.

En este caso, la sociedad civil ha levantado su voz para denunciar la incongruencia e injusticia del gobierno colombiano respecto de los asuntos que ordenan a la sociedad en términos de empleo, justicia, educación, nivel adquisitivo, violencia, entre otros, tal y como se denunció durante el período de Paro Nacional, y exige el reconocimiento democrático a través de diversos intermediarios entre ella y el mismo gobierno. El problema no ha hallado una solución en términos de la organización resultante de la transducción y modulación de la información. En un nivel primario o elemental, la resolución de problemas se produce a menor escala en sistemas como la familia, el colegio, comunidades concretas, por medio de la intermediación de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, con ánimo y sin ánimo de lucro, que rescatan el componente democrático como ámbito de realización de lo político.

La resolución del problema planteado a nivel sociopolítico, tal y como se denunció con la movilización social en el marco del Paro Nacional, a la manera de una amplificación sistémica organizante, requiere de acciones psicosociales en principio. De este modo, se podrá incidir informacionalmente con la finalidad de que el bagaje informacional que ha caracterizado al sistema sociopolítico colombiano relativo a la jerarquización social derivada de la doctrina social de la iglesia católica, y la visión colonialista que asume la autoridad como el principio del orden (Herrera, 2002), pueda modificarse propiciando la reconfiguración del sistema que sostenemos. Quizás así, se pueda alcanzar el grado de estabilidad deseado.

En el campo de la formación se encuentran algunas de las acciones posibles a ejecutar para que la democracia, como cualidad ética del ser y ámbito de realización de lo político, se constituya en la base de un sistema sociopolítico más estable. Se requiere de acciones formativas concretas que introduzcan, según Herrera (2002),

La posibilidad de que exista una pluralidad de sujetos autónomos como gestores de la historia humana (...); el reconocimiento de nuestro ser intersubjetivo en un mundo que nos es común (...); determinar a partir de nosotros mismos nuestras condiciones y modos de vida (...); [asumir que] el Estado es un momento de la construcción de la sociedad civil. (pp. 108-109)

Retomando la perspectiva psicosocial que este trabajo ha fundamentado, es pertinente expresar que este tipo de acciones formativas se hacen más realizables bajo el auspicio de una perspectiva psicosocial como unidad sistémica procesual, transindividual, pues éticamente nos invita a considerar que, como seres humanos, la dirección que adoptemos invariablemente tendrá un efecto en términos sistémicos, sea que se trate de uno individual, social, ecológico, biológico: “la unidad del campo psicosocial es una condición de la validez de la autodisciplina y de todo aprendizaje real de civismo, de educación para la libertad y de educación para la cooperación” (Simondon, 2019, p. 224).

Si el Estado es un momento de la construcción de la sociedad civil, como lo plantea Herrera y, en el caso de Colombia, ese Estado no ha propiciado que el país devenga democrático, la formación de una actitud democrática o mentalidad democrática se constituye en una acción organizada para construir la democracia, para fortalecerla. De este modo, la acción formativa representa una vía para que los jóvenes, principalmente, asuman que la orientación de sus vidas y de un país no se encuentra solamente en manos de quienes los representan políticamente en el gobierno; la acción formativa posibilitaría la asunción responsable del individuo y del colectivo en la forma que adopte el sistema sociopolítico del que hacen parte. En esta misma línea, dado la interdependencia entre los elementos de un sistema como el socio-político colombiano, el gobierno está llamado a ser fuerza instituyente, forjador de acciones que posibiliten una mayor estabilidad.

El Paro nacional, mejor aún, el estallido social, irrumpe como una bomba de tiempo, contenida en la pandemia, antecedida de una larga historia de iniquidades en nuestro país. Las movilizaciones masivas, en su mayoría de jóvenes, llenaron las calles con expresiones muy diversas de descontento. En el momento más álgido, la gran preocupación no solo la generaron los bloqueos o los actos aislados de violencia, sino también la pérdida de fuerza o el desgaste de las expresiones espontáneas que hacían lejano el ideal de cambio. La inmanencia de las percepciones, sumadas a las expresiones afecto-emotivas se conjugaron como potencial preindividual que encontró realización en lo colectivo, en una “confluencia de voluntades” (E. Vargas, 2021), pero el paso a la concreción de medidas de cambio, de plasmar acciones duraderas con arraigo institucional y carácter vinculante requiere otro tipo de proceso. Es el paso de la inmanencia a la trascendencia, del ímpetu de las emociones al ámbito de la reflexión que convocan la acción consciente como vía de la resolución de problemas. Es, al fin y al cabo, lo que caracteriza la individuación psíquica y dispone lo transindividual.

La disparidad informacional encontró reciprocidad y se abrió una opción diferente de gobierno en las urnas, en una confianza, quizás inédita, en la democracia. Dos opciones de cambio se perfilaron, una más orientada al populismo mediático, otra, aun en su larga trayectoria dentro del “establecimiento”, funda una propuesta en algo más que un partido. Bajo la idea de unidad convoca diferentes deseos y expresiones, voces individuales y colectivas para buscar lo común aun en las diferencias.

La afinidad con la idea de *Multitud* se ha reconocido en la formación y en los discursos del nuevo presidente. No es casual que la dimensión política de la obra de Simondon se haya retomado desde la relación que existe entre lo transindividual y las aproximaciones de Paolo Virno (2011), entre otros autonomistas italianos que proponen un poder instituyente, más allá de la idea de clase o de pueblo, para que emerja la potencia inventiva desde la pluralidad y las significaciones compartidas que antes estaban dispersas o no

encontraban eco. Simondon (2007) plantea el “acoplamiento entre capacidades inventivas y organizativas de varios sujetos” (p. 268), y es allí donde se halla su fuerza política.

Esta confianza en una perspectiva de futuro también requiere un tiempo para decantarse; como lo propone la idea de multitud, es necesario que el poder, más que estar concentrado en un líder, con todos los riesgos de caudillismo que conlleva, se amplifique a los ciudadanos capaces de generar nuevas acciones, no solo desde la democracia como sistema de gobierno, sino desde una mentalidad —con sus respectivos esquemas cognitivos y axiológicos— que garantice su permanencia y continua vigilancia. Esto requiere, sin lugar a dudas, dirigir la mirada a la formación para que el pasado violento quede atrás y la potencia de la vida a través de lo colectivo sea posible.

A continuación, se podrán apreciar una serie de conclusiones por cada uno de los capítulos que componen esta investigación, las cuales pretenden afianzar el objetivo general de este trabajo relativo a la fundamentación de una perspectiva psicosocial, en el marco de las ciencias sociales y humanas colombianas, que permita una mayor comprensión de la relación individuo y colectivo y, en consecuencia, avizorar alternativas para el abordaje práctico de los fenómenos con ese carácter psicosocial.

Las elaboraciones realizadas en el primer capítulo, *Perspectiva psicosocial de la relación individuo y sociedad. Estudio histórico-lógico*, permiten concluir lo siguiente:

Las propuestas procesuales que centraron su mirada en una desustancialización del individuo y el colectivo permiten la emergencia de una perspectiva psicosocial a partir de la cual las relaciones entre individuo y colectivo son más comprensibles, dado que se las concibe como una unidad sistémica en devenir; en otros términos, tales relaciones se hacen más transparentes en la medida que se atiende a las operaciones que permiten su configuración, a los mecanismos de ajuste, regulación, adaptación. De este modo, las ciencias humanas y sociales abordarían los fenómenos psicosociales trascendiendo, sin anular, el plano de las interacciones en un medio social, para favorecer el desarrollo humano, y de la acción individual y colectiva que posibilita el cambio social en pos del progreso de la civilización, características comunes del componente psicosocial en esta clase de ciencias.

Bajo la mirada procesual de una perspectiva psicosocial, la intervención de los fenómenos psicosociales tendería a propiciar el advenimiento de un equilibrio metaestable; es decir, un equilibrio limitado pero duradero, puesto que la indeterminación de un sistema y fenómeno psicosocial impiden su concepción en términos estáticos, sin dinamismo temporal.

Desde un punto de vista epistemológico, una perspectiva psicosocial como la descrita se descentra de la preeminencia del discurso, del símbolo, como marco de la realidad humana, y que autoriza el abordaje psicosocial en las ciencias humanas y sociales, y hace de él un eslabón en el entramado informacional que permite la configuración, tanto de un sistema como de los fenómenos psicosociales. Este hecho autoriza un abordaje transdisciplinar que comprende a las disciplinas que hacen parte de las ciencias físico-químicas, biológicas, y no solo a las que hacen parte de las ciencias humanas y sociales.

El carácter psicosocial de esta perspectiva, por otra parte, no se alcanza partiendo del establecimiento de un objeto de estudio, por oposición al sujeto que conoce, de acuerdo con los postulados que posicionaron al positivismo, y que permearon las tradiciones individual y grupal, y en parte la tradición institucional. De este modo, no era posible acceder a la lógica sistémica que caracteriza a la dimensión psicosocial por cuanto individuo y colectivo, asimilados a objetos definidos de estudio, a sustancias, impedía observar que ambos surgen y devienen de un potencial informacional preindividual que hace de los mismos sistemas en constante transformación.

El segundo capítulo, *Lo psicosocial como unidad sistémica procesual transindividual*, sustentó que la dimensión transindividual de la individuación psíquico-colectiva es la condición que permite brindar un fundamento conceptual a la perspectiva psicosocial que, mediante la operación transductiva de información, hace del individuo y el colectivo una unidad sistémica, irreductible a una mirada psicológica o sociológica. Una perspectiva *psicosocial* definida como *unidad sistémica procesual, de carácter transindividual*, permite comprender e intervenir la tensión constante entre un individuo singular y la interdependencia con otros en un horizonte correlacional que favorece el despliegue de potenciales informacionales.

La perspectiva psicosocial así definida ofrece a las ciencias humanas y sociales una mirada integradora para la comprensión y abordaje de los fenómenos psicosociales a los que se aboca para su estudio e intervención. De esta manera, se propicia que las disciplinas que componen esta familia de ciencias asistan al encuentro de los fenómenos, teniendo como premisa la configuración de los mismos a partir de conceptos como potencial informacional y su transducción. Este hecho invita a un alejamiento del establecimiento de objetos de estudio que dificulta el diálogo transdisciplinar en esta familia de ciencias.

La definición del término sistema, la cual reza así: unidad metaestable hecha de una pluralidad de conjuntos entre los cuales existe una relación analógica, un potencial energético, y una actividad relacional de información, permite concebir que tanto el individuo como el colectivo son sistemas, del mismo modo que permite colegir que la correlación de ambos configura un sistema de mayor escala de complejidad, denominado sistema psicosocial.

Un sistema psicosocial así definido es metaestable, porque resuelve las tensiones propias a través de la conservación de estas en un equilibrio dinámico en lugar de anularlas en un equilibrio de estabilidad; en otros términos, la relación entre el individuo y el colectivo se soporta en un sistema de estructuras y funciones en el cual las tensiones son compatibles. Este hecho relleva el carácter dinámico del sistema e introduce, a sí mismo, la consideración de su transformación más no de su disolución.

La realidad procesual u operacional del sistema es la causa que imposibilita concebir la autonomía de un objeto como el individuo o el colectivo. El proceso de configuración del ser, su individuación, admite la idea según la cual la realidad psicosocial de un sistema es su devenir y, por este motivo, la individuación del sujeto, reunido con otros, permite la configuración del colectivo mientras ocurre. En otras palabras, la configuración del individuo y el colectivo se produce simultáneamente. Esta premisa invita a considerar que, en principio, el individuo y el colectivo participan de una red de relaciones sin posibilidad de separarlos. El abordaje de los fenómenos y sistemas psicosociales, en consecuencia, no puede prescindir de la correlación funcional que introduce el individuo y el colectivo, pues ambos hacen parte de un sistema energético en proceso de una reconfiguración si la información que lo dinamiza introduce un estado de tensión en vías de resolución.

En este contexto, lo transindividual alude a la correlación entre el individuo y el colectivo que permite la individuación del individuo psíquico-colectivo. Por esta razón, lo transindividual es lo psicosocial propiamente dicho, una realidad que el individuo transporta consigo en aras del advenimiento de una individuación más, la colectiva. Dicho de otro modo, lo transindividual es la relación entre lo que sobrepasa al individuo (el potencial preindividual) a través de su transmisión; de manera más precisa, de su transducción como información, con la parte no individual, preindividual, que porta otro individuo.

Si la individuación psíquico-colectiva, su conceptualización, permitió sustentar la perspectiva psicosocial antes descrita, fue gracias a que la relación transindividual es posible en la medida que ocurre como operación transductiva. Esta última premisa introduce las elaboraciones del tercer capítulo, *Lugar de la información en el proceso de configuración del individuo psicosocial*, para declarar que, sin este concepto (información) no se podría concebir el proceso genético de un sistema.

La información tiene la propiedad de configurar y reconfigurar el sistema que se trate con la finalidad de favorecer la emergencia de un equilibrio metaestable. Esto ocurre por medio de la operación transductiva de la misma información entre los elementos o subconjuntos que hacen parte del sistema, en este caso, psicosocial, y es la razón por la cual se la califica como la piedra angular de las doctrinas sobre la reciprocidad.

Definida como *energía amplificante en el tiempo* y el espacio, la información es dimensión organizadora de las incompatibilidades que el propio sistema no ha resuelto: en este sentido, es sustento de la configuración o reconfiguración de un sistema y, por ello, enriquece los modos de acercamiento a los fenómenos por parte de las ciencias humanas y sociales, dado que un fenómeno se presenta como un haz de relaciones en constante intercambio, transducción de información, en pos de lograr un equilibrio metaestable.

Una consecuencia epistemológica de este concepto, la transducción de información, se vislumbra en el hecho de que un fenómeno, como lo es la génesis del individuo psíquico o colectivo, no es pensado como el objeto privilegiado de una ciencia en particular, la psicología o la sociología, por ejemplo. Sin embargo, propicia que se sitúe (la psicología y la sociología) al nivel de una física que no se ocupa de las leyes, sino de los efectos de estabilidad compleja de los fenómenos en un sistema autónomo, puesto que posee capacidad de autoconservación. Esta idea, la cual se corresponde con la tercera fase de la historia de la psicología para Simondon, se aleja de las propuestas conceptuales de las psicologías ubicadas en la primera fase descrita, y que se caracteriza por un dualismo causal en el que el sujeto y el objeto constituyen realidades separadas e independientes.

El cuarto y último capítulo, *Implicaciones psicosociales teórico-prácticas*, ofrece la oportunidad de contrastar el piso conceptual de la perspectiva psicosocial desarrollada en un campo en la que la participación individual y colectiva motiva el ordenamiento de un sistema psicosocial en devenir: lo político.

A partir de una concepción psicosocial sistémica transindividual se reconoce que la indeterminación, no sustancialización, o no linealidad de sus elementos (presencia del azar) constituye el fundamento de las relaciones entre los miembros de un colectivo; introduce la posibilidad de comprender el andamiaje de su organización, de las aparentes contrariedades u oposiciones que lo muestran en su singularidad, en la potencia de configurarse una vez más. Precisamente, el margen de indeterminación presente en la configuración de un sistema autoriza a situar lo político como ordenamiento, como autorregulación en pos de la metaestabilidad y, así mismo, observa en el componente transindividual que caracteriza a la perspectiva psicosocial, una

disposición a la transformación a través del colectivo.

La concepción de lo político como ordenamiento o autorregulación nace de una filosofía de la naturaleza relativa al funcionamiento de los sistemas, de igual modo que la ontogénesis del individuo y el colectivo. Este hecho permite decir que el ordenamiento político de una sociedad debería tener en cuenta que, si el individuo (sujeto individual y colectivo) no constituye un sistema cerrado o clausurado, puesto que en el sujeto reverbera el colectivo como sistema que lo ha integrado, y en los colectivos resuena el sujeto que aún posee un potencial informacional por individuar, debe tenerse en consideración que la dimensión afecto-emotiva del sujeto lo conmina de manera constante a la modificación del colectivo que propicia su configuración a la vez que lo supera, pues es allí, en el colectivo, el lugar donde el sujeto logra integrar y resolver la emoción con la que recubre la percepción del mundo que vivencia de manera recíproca con otros.

Dicho lo anterior, se hace preciso tener en cuenta que la relación entre lo político y la política, entre la participación democrática de los colectivos y las instituciones políticas que los mismos legitiman, recrea la experiencia afecto-emotiva del sujeto en un sistema colectivo cuyas posibilidades de materialización o estructuración se definirán de acuerdo con el lugar funcional que se otorgue a la experiencia del sujeto. De este hecho también depende el grado de (meta)estabilidad del colectivo como sistema.

La experiencia transindividual del sujeto resuena con la dimensión relativa *a lo político* puesto que el compromiso de constituir el colectivo y potenciar su influencia sobre el ordenamiento social, requiere de la realización de los potenciales informacionales preindividuales, de los afectos, que invitan al individuo psicológico a entablar una relación con otros y, en consecuencia, abrir el horizonte de posibilidades inventivas para un colectivo.

Nosotros se convierte en el emblema de lo transindividual, en el horizonte conceptual de una renovada forma de concebir la perspectiva psicosocial como sistema individuante, y de *lo político* como ordenamiento colectivo. Un *nosotros* como dimensión organizadora en la que las relaciones de poder entre el colectivo y las organizaciones que promueven su ordenamiento se regularían de manera metaestable en pos de la estabilidad de un sistema político-social que se nutre de la percepción, la emoción y la acción que despliega el colectivo. De este modo lo político se configura como un campo en el que los problemas colectivos emergen y es posible hallar una solución, en lugar de resolverse partiendo de la concepción de una naturaleza humana que se ha centrado fundamentalmente en su preeminencia o dominio sobre otros seres, individualista por definición. La concepción transindividual de lo político ofrece así un horizonte estable de participación psíquico-colectiva, lleno de posibilidades acordes con la visión sistémica que se argumentó.

Desde otro punto de mira, aparece que el carácter político de la autorregulación de un sistema social, por medio de su cultura, invita a considerar como técnicas humanas el conjunto de instituciones que favorecen el funcionamiento de un sistema social: las creencias, los mitos, las normas, los valores, son un ejemplo funcional y operativo de la regulación que permiten. Si se asumen como tensión informacional en un sistema colectivo, introducen la posibilidad de su modificación potenciado por el carácter transindividual del mismo.

En ese contexto hace su aparición el proyecto político-pedagógico de Simondon presente en su concepción sobre la individuación del ser, del individuo psicosocial y técnico. Lo hace por medio del carácter reflexivo del pensamiento filosófico, como cualidad que potenciaría la reciprocidad entre la percepción organizante de los fenómenos del mundo, y la emoción con la que los recubre el individuo psíquico-colectivo como característica definitoria del mismo. Como ya se ha indicado, la finalidad de este tipo de acción es favorecer el equilibrio dinámico, metaestable, del sistema psicosocial. El carácter reflexivo de este tipo de pensamiento no consiste en la transmisión de contenidos, sino en el establecimiento del modo organizativo y genético de los elementos o conjuntos de elementos que se relacionan en un sistema psicosocial.

Como consciencia reflexiva de sí, la formación del pensamiento filosófico favorece la construcción de un horizonte transindividual por medio de la elaboración del lugar funcional que poseen las instituciones culturales. *La mentalidad democrática* se constituye en una vía de formación y de acción de esa clase de pensamiento. En esta apuesta podría resumirse el proyecto educativo, de carácter político-pedagógico, presente en las dos tesis doctorales, *El modo de existencia de los objetos técnicos*, y *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, de Gilbert Simondon.

Finalmente, en este último capítulo se proponen una serie de dimensiones ordenadoras de los fenómenos psicosociales, las cuales los organizan propiciando su comprensión y tratamiento en el campo de las ciencias sociales y humanas.

La *reciprocidad informacional* es una dimensión para considerar si se asume que un sistema, como un fenómeno psicosocial, se configura con la información incidente que se despliega en él. El *devenir sistémico* apela a la transformación regular en el tiempo, de acuerdo con el intercambio de información, de la significación que orienta en una renovada dirección la trayectoria del sistema modificado. La dimensión denominada *potencial y disparidad informacional* indica, simplemente, que un sistema psicosocial porta consigo una carga informacional que lo hace proclive a nuevos desfases en aras de su transformación. El potencial energético, causal de la transformación del mismo, relativiza la idea según la cual es posible su disolución de acuerdo con una visión entrópica del potencial energético (información) que porta, puesto que la metaestabilidad lograda en su individuación relieves el componente dinámico, no estático u homogéneo, del equilibrio alcanzado. El conflicto o disparidad (tensión informacional) entre los subconjuntos o elementos que conforman el sistema, desde esta perspectiva, es inherente a las condiciones de estabilidad del mismo sistema. De su resolución dependerá la transformación y trayectoria que adopte. La *acción*, finalmente, debe ser considerada en términos de la resolución de la disparidad informacional que portan los elementos o subsistemas que conforman un sistema psíquico-colectivo, o sociopolítico, por ejemplo. Así, un sujeto o sistema psicosocial reflexivo en su pensar, es condición de posibilidad para que su acción haga efectivo el horizonte transindividual, psicosocial, en compañía de otros.

Para finalizar este apartado relativo a las conclusiones, es importante señalar el horizonte investigativo y de posible intervención que se abre a partir de la propuesta psicosocial que este trabajo ha argumentado, y los límites que halló en su desarrollo.

Las elaboraciones aquí expuestas podrían complementarse con la implementación de estrategias formativas en el ámbito educativo, relacionadas con la formación de una actitud y mentalidad democrática a través de las cuales resuenen los constructos conceptuales de carácter psicosocial que esta investigación ha desarrollado, en particular las dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial⁴⁷.

De esta manera, la implementación de la propuesta conceptual que esta investigación configuró, propiciaría el trabajo interdisciplinar y transdisciplinar en ciencias humanas y sociales, en consonancia con la idea de que los procesos investigativos deben favorecer alternativas de solución a los problemas que nos aquejan, ahora alejados de la premisa según la cual el establecimiento de objetos de estudio haría más aprehensible la realidad de los fenómenos de los que se ha ocupado tradicionalmente las disciplinas de esa familia de ciencias. En parte esto sería posible porque la finalidad de este horizonte investigativo es favorecer el equilibrio dinámico de grupos, comunidades, y de la sociedad colombiana en términos amplios y, a su vez, soporta la perspectiva psicosocial fundamentada.

Desde un punto de vista teórico, esta investigación abre el camino para consolidar las bases conceptuales sobre la individuación que permitan la comprensión de la amplificación de información en términos de su organización en los procesos psicológicos de un individuo psicológico y, en consecuencia, en el individuo colectivo. En otros términos, abre el camino para la continuación de la indagación de la manera como se produce la traducción del potencial informacional natural en información simbólica, representacional, a través de los procesos de percepción y emoción de manera concreta y, en consecuencia, de su repercusión a través de la acción en el colectivo.

Con el ánimo de dar cuenta de los límites con los que se encontró esta investigación, es pertinente expresar que la metodología implementada, como se indicó en la introducción, obedece al derrotero propiciado por la perspectiva cualitativa de investigación en ciencias humanas y sociales. Sin embargo, de ahí el límite,

⁴⁷ El grupo de investigación *El método analítico y sus aplicaciones en las ciencias humanas y sociales* (Grupo de investigación interinstitucional: Universidad EAFIT-Universidad de Antioquia, con sede en Medellín-Colombia), adelanta un programa de investigación en la línea entornos de individuación psíquica y colectiva en la cual se inscribe este trabajo. Desde 2016 se ha propuesto la consolidación de las bases conceptuales de los procesos de individuación psíquica y colectiva (transindividual) como un tema de frontera entre la psicología y la filosofía —en especial la fenomenología—, en asocio con la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá. Paralelamente ha desarrollado un amplio trabajo de campo en el ámbito educativo (nivel de educación básica y media), en especial la formación ciudadana en instituciones que viven el posconflicto como una apuesta de paz, de transformación individual, grupal y colectiva que reafirma la tesis de la individuación como un proceso de formación (Cf. Gil, 2016, 2017, 2019; Gil & Vargas, 2019; Vargas Guillén & Gil Congote, 2015).

las propuestas de esta investigación hubiesen encontrado una mayor coherencia argumentativa si se hubiese dado un desdoblamiento del pensamiento operado por la amplificación de información que agrupara en una renovada forma conceptual las elaboraciones contenidas en cada uno de los capítulos en orden de continuidad creciente, a tono con el método analógico usado por el autor referente de este trabajo, Gilbert Simondon. Desde otra perspectiva, se hace pertinente continuar la indagación e implementación de los criterios de validez en el campo conceptual respecto del método procesual, es decir, analógico, usado por Simondon (Cf. Vargas, 2019).

Otro límite que ofrece esta investigación es que, al no recurrir al trabajo de campo, a la experiencia subjetiva de individuos o grupos, prescinde de la contrastación empírica para validar aún más las tesis planteadas.

Solo resta declarar que confiamos en que la elaboración aquí expuesta sobre una perspectiva psicosocial, resuena en las ciencias humanas y sociales colombianas que inician un nuevo periplo en la historia del pensamiento armadas de nuevos constructos epistemológicos, metodológicos y técnicos, para que, a partir de la comprensión e intervención de un sistema y fenómeno psicosocial, propicien la estabilidad dinámica de éstos y consoliden la relación indisoluble entre los modos de pensamiento: lo político como expresión de tecnicidad proyecta la acción colectiva; la construcción de conocimiento científico se integra a la dimensión ética, gracias al pensamiento filosófico, a la actitud reflexiva que modula y organiza las acciones con sentido para el despliegue de potenciales de todos y cada uno en un *nosotros*.

Se destaca de nuevo que este trabajo doctoral aporta a la discusión epistemológica en ciencias sociales sobre la relación naturaleza y cultura, sujeto y objeto, individuo y entorno; dimensiones que no solo están imbricadas, sino que toman en la obra de Gilbert Simondon el carácter de ser, y al admitir el devenir, lo preindividual, aboga por la superación de los dualismos o las separaciones que asumen una mirada sustancial. Detenerse en la ontogénesis, en la trayectoria de los procesos de individuación atendiendo su realidad, el sustrato material, lo lleva a ver en la cibernética (en auge en su época) un modelo para la integración de los conocimientos, “un ecumenismo científico”, integrador, que toma en su obra la vía de la allagmática, el estudio de la transformación de las estructuras en operaciones y viceversa.

Esta posible integración otorga a las ciencias sociales y humanas un lugar protagónico, en especial a la psicología más allá del estudio del individuo como unidad de análisis y a la sociología más allá del estudio de los grupos y los colectivos. Es la comprensión de la ontogénesis, del ser en su devenir desde el proceso mismo lo que debe ser atendido. En la gramática conceptual de Simondon, la transducción toma el lugar de la superación de la inducción, la deducción, y la dialéctica; aspecto que, de ser integrado al abordaje de los fenómenos de interés por las ciencias sociales y humanas, enriquecerían su comprensión e intervención. Lo transoperatorio quiere señalar que no basta el positivismo, si bien los experimentos son valorados, las exploraciones en terreno, no basta para captar las diferentes fases del ser.

No es extraño el marcado interés de este autor por estudiar las formas más elementales de la sensibilidad, en plantas (tropismo y taxias), en animales inferiores, en animales superiores, hasta llegar a la dimensión psíquica y colectiva, en lo que puede entenderse como un pluralismo metodológico. Son sistemas crecientes en complejidad que pueden ser estudiados bajo la misma tesis de una unidad sistémica procesual que toma en lo humano el carácter de transindividual.

En otras especies son colectivos, como las colonias que no desarrollan su autonomía porque cada organismo depende del funcionamiento del otro, pasando por relaciones interindividuales en las que se comparten coordenadas de espacio y tiempo, pero no se da necesariamente la transformación que convoca el encuentro con el otro, las acciones compartidas que desafían la diferencia, la singularidad. Lo transindividual (psicosocial) la afianza, proyecta lo común que hay en ella como forma de realización de potenciales, de aquello que no está en el yo, en el tú, como se ha expresado, sino en el entre, en el nosotros, en la fuerza de lo transindividual que es para Simondon la dimensión espiritual, más allá de lo biológico y lo psíquico individual.

Para terminar, se puede afirmar que la gran recepción de su obra como filósofo de la técnica radica en el lugar que le otorga en la transformación de la cultura con concretizaciones que portan, no solo un sentido, sino una información amplificante que se plasma en la *tecnicidad*, en esquemas cognitivos y axiológicos que se transmiten para resolver problemas, desde la apertura como valor y modo de operación inherente a los sistemas complejos; esa información transita y se puede actualizar en cada época, en cada invención que proyecte y encarne la posibilidad de vivir juntos en un mundo más viable para todos.

El carácter político de su obra solo se ha dejado esbozado en estas páginas, pero se advierte su convergencia

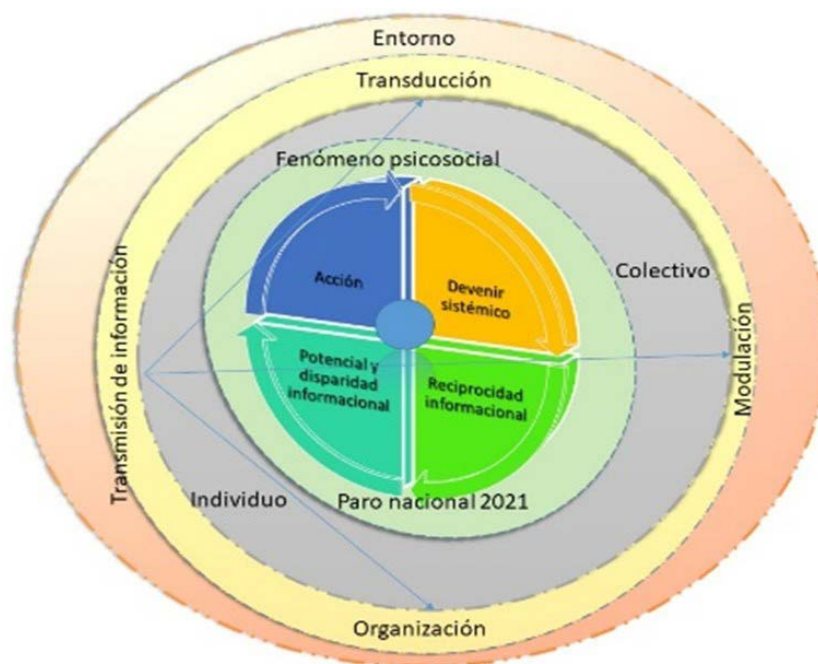
como un modo de pensamiento que en obras simbólicas, como la democracia, es una invención que marca la génesis de occidente, de lo que somos como sociedad que resuelve problemas, o aspira a resolverlos, mediante la mentalidad democrática —una variante explorada de la mentalidad técnica, de la tecnicidad— cuando se trata de orientar el devenir de la ciudadanía y concretar la acción colectiva. La transformación y organización de lo senso-perceptivo y de lo afecto-emotivo no se da sin los otros, pero estos pueden permanecer en la presencia, en lo interindividual sin acceder a la *participación*, escenario de lo transindividual como condición de los cambios que perduran.

La esfera de lo político se ubica como una dimensión de análisis que en un fenómeno reciente de nuestro país deja trazado el modo en que se expresan las tensiones y se da la resolución de problemas de manera procesual, sin que llegue a concretarse plenamente. La obra de este autor ha sido leída en clave psicológica, política, técnica, desde luego filosófica, porque propone una epistemología a tono con la crítica a los discursos y las prácticas que resten posibilidades a los sujetos, que restrinja los potenciales de unos y otros; lo que algunos han llamado un nuevo humanismo es la invitación a transformar en nuestro presente la precarización, el uso indiscriminado del poder y de la fuerza, el consumismo, la obsolescencia, problemas diversos que acentúa el actual neoliberalismo para hacernos olvidar o enmascarar los potenciales humanos. Esta mirada surge de la confianza en el devenir que se realiza hacia lo común, integrando y fortaleciendo lo singular: lo que hay en cada uno y en la fuerza del encuentro se amplifica como posibilidad de acción, acompañada por la reflexión.

Ahora, ¿cómo llevarlo a cabo? Este trabajo ofrece un recorrido básicamente teórico para ahondar en un marco conceptual capaz de leer fenómenos situados, de mostrar su vigencia a partir de los problemas que anticipó Simondon y hoy reclaman nuestra atención como profesionales de las ciencias sociales y humanas, para no olvidar que aquello que hacemos cobra sentido en la pertinencia social, en la resolución de problemas que no se pueden dejar a una sola mirada, a la separación de dos realidades o dimensiones. Si algo tiene de provocador para futuros estudios e investigaciones es la convergencia del conocimiento sólido, científico, proyectado a un horizonte ético mediante la reflexión para que nada del ser humano le sea ajeno a las ciencias, en especial, sin aplazamiento, a las ciencias sociales y humanas.

Esta tesis ha querido mostrar una discusión epistemológica que, como tal, se pregunta por el objeto, el método y la validez que desde el marco de Simondon se reconfigura y reinterpreta, y aunque no ofrece respuestas para muchos asuntos que el propio autor solo deja esbozados, como el alcance del método en su propia obra, o la validez que pueda darse en diálogo con las ciencias físicas, con los enfoques experimentales, sí propone una aproximación valiosa, desde luego incompleta, pero con vocación o aspiración de sistema que encuentra en el ámbito formativo un camino para explorar. Si el conocimiento es incompleto, como lo es el sujeto, el desafío es ofrecer variantes para su comprensión y abrir nuevas preguntas para las ciencias, en especial aquellas que sitúan en el centro la comprensión de lo humano en su dimensión biológica, psíquica y colectiva, transindividual, espiritual.

Figura 1
Sistema psicosocial



Nota. Elaboración propia.

Creemos que es pertinente explicar el diagrama anterior, puesto que constituye un intento de reflejar gráficamente la tesis de esta investigación. Como representación de un sistema psicosocial, muestra que se lleva a cabo un intercambio constante de información. Concretamente, alude a que un sistema de esa naturaleza encuentra la manera de estabilizarse a través de las operaciones relativas a la amplificación de información: organización, modulación y transducción; operaciones que, en tanto implican transmisión de información entre los elementos del sistema: individuos, colectivos, y el entorno que los envuelve, permiten el funcionamiento del sistema de referencia de que se trate. Por ejemplo, el individuo y el colectivo cobijados por un entorno socio-cultural.

Las dimensiones ordenadoras de un fenómeno psicosocial adquieren importancia a la hora de comprender el modo como el fenómeno psicosocial, una vez se presenta, favorece el funcionamiento regular del sistema.

Desde nuestra perspectiva, el Paro Nacional del 2021 emerge como un fenómeno de esa naturaleza, psicosocial, por cuanto refleja un estado de tensión informacional entre la sociedad civil y el gobierno. Sociedad civil y gobierno son asumidos como sistemas que, en este caso, son subconjuntos de un sistema de mayor escala como lo es el sistema socio-político colombiano.

La dimensión *potencial y disparidad informacional* permite una mayor comprensión del fenómeno a partir de las tensiones informacionales como una cualidad inherente al funcionamiento mismo del sistema; es decir, el conflicto, las expresiones de descontento colectivo, vividas como emociones que reflejan un estado de insatisfacción, se presentan de manera regular en el tiempo con el fin de propiciar que el sistema advenga a una modificación de las condiciones funcionales que propician su metaestabilidad. El Paro Nacional se torna en un fenómeno psicosocial en la medida que la movilización convocó diferentes actores, propagándose como un clamor popular que incidió en la estabilidad de todo el país; es decir, las tensiones que genera requieren ser atendidas para no poner en riesgo la permanencia del sistema, en especial la democracia y sus diferentes mecanismos de participación ciudadana como alternativa de cambio.

La *reciprocidad de información* hace énfasis en la necesidad de un intercambio de información entre los elementos del sistema para que este devenga metaestable; en otros términos, la sociedad civil, representada por diversas organizaciones, y el gobierno, propiciaron un intento de diálogo en aras de una solución a la crisis que en varios sectores era vivida de manera apremiante. Sin embargo, esta iniciativa no fue suficiente, entre otras razones porque la legitimidad de la representación se puso en duda y las políticas del gobierno no propician

cambios de estructura necesarios para lograr la resolución de las tensiones, al menos en términos duraderos.

Consideramos que una *acción*, como dimensión que favorece el ordenamiento del sistema, se produjo en la confianza depositada en la democracia, en el voto como mecanismo de participación en las elecciones presidenciales que se llevaron a cabo este año. En este caso, la acción funge como vía resolutoria del estado de inestabilidad vivido por el sistema socio-político colombiano. Durante el tiempo de duración del Paro Nacional, otras acciones se produjeron: algunas demandas adquirieron el estatuto de proyectos de ley, por ejemplo; sin embargo, ante la proximidad de las elecciones presidenciales, se confió en que la participación democrática actuara como fuerza de cambio hacia un nuevo gobierno que impacte en la dinámica del sistema a partir del diálogo social y la atención a las necesidades más sentidas que originaron el estallido social. Los dos sistemas (sociedad civil y gobierno) entran en una fase de acoplamiento, se puede decir, de mayor resonancia interna. Es muy pronto para anticipar el desenvolvimiento de los cambios y los efectos a corto y mediano plazo, pero es cierto que asistimos a la emergencia de algo nuevo, otro modo de pensar y actuar que matiza la tendencia a la polarización y se avizora la idea de un nosotros más abarcante y plural. Si algo caracteriza a un sistema de carácter transindividual es la capacidad de integrar lo singular y lo común mediante la participación y las significaciones compartidas.

Finalmente, la dimensión denominada *devenir sistémico* alude a que un sistema que intercambia información de manera constante es proclive a nuevas configuraciones como característica inherente del mismo. Para ello se requiere un estado de tensión que expresa la necesidad de un cambio, de un nuevo desfase, diríamos nosotros. Si la información es totalmente nueva, no produce resonancia interna o incidencia de un sistema en otro; si es similar o totalmente homogénea, el sistema tiende a cerrarse, no se modifica, o se perpetúa en sus tensiones. La modulación (tendencia conservadora) y la transducción (proyección futura, amplificación a partir de lo indeterminado), se organizan en el presente y producen una estabilidad transitoria que a partir de nuevas tensiones y potenciales garantizan su devenir como sistema abierto.

El trasfondo de esta tesis sitúa a la democracia, más que como sistema de gobierno (asociado al orden de la política), como mentalidad democrática (del orden de lo político), una dimensión de análisis que articula lo psíquico y lo colectivo, en la medida en que promueve la reflexión sobre los valores, las creencias, las normas, las experiencias, y dispone a la acción consciente desde la participación y la co-responsabilidad. Queda solo indicado el desafío que conlleva recorrer este camino de “tareas infinitas”; por ejemplo: transitar del paro y del estallido social a la formación ciudadana, mediante una mentalidad democrática, en una unidad sistémica procesual de carácter transindividual, con mayor proyección de futuro y permanencia.

- Allport, F. (1962). A Structuronomic Conception of Behavior: Individual and Collective. I Structural theory and the master problem of Social Psychology [Una concepción estructuralista del comportamiento: individual y colectivo. I. Teoría estructural y el problema fundamental de la psicología social]. *Journal of Ab- normal and Social Psychology*, 64(1), 3-30. <https://doi.org/10.1037/h0043563>
- Appleby, V., Manrique, H., & Henao, C. (2019). Investigación documental cualitativa, investigación teórica y método analítico. En S. López Franco (Ed), *Texturas 2: tipología de formas de lectura y escritura en la universidad*. Editorial EAFIT.
- Arendt, H. (2018). *¿Qué es la política?* Paidós.
- Arroyave, O. [@BienestarDeIngenieriaUdeA]. (2021, 14 de mayo). *Emociones políticas y manifestaciones sociales en Colombia* [Podcast]. Facebook. <https://n9.cl/r1hhr>
- Ballabio, A., Gamboa, S., & Vargas Guillén, G. (2020). Modus essendi y cognoscendi del individuo y del sistema cibernético en Gilbert Simondon [El modo de ser y conocer del individuo y el sistema cibernético en Gilbert Simondon]. *Folios*, (52), 37-50. <https://doi.org/10.17227/folios.52-10664>
- Barahona Quesada, M. (2013). El papel de la investigación teórica en la construcción del conocimiento: una reflexión desde la Universidad Estatal a Distancia (UNED). *Rupturas*, 3(1), 2-16. <https://doi.org/10.22458/rr.v3i1.254>.
- Bardin, A. (2015a). Elements for a Philosophy of Individuation [Elementos para una filosofía de la individuación]. En *Epistemology and Political Philosophy in Gilbert Simondon. Individuation, Technics, Social Systems* (pp. 3-20). Springer.
- Bardin, A. (2015b). Genesis and Structure of the Collective: The Transindividual [Génesis y Estructura del Colectivo: Lo Transindividual]. En *Epistemology and Political Philosophy in Gilbert Simondon. Individuation, Technics, Social Systems* (pp. 89-110). Springer.
- Bardin, A. (2015c). Reforming the Concepts of Form and Information [Reformando los conceptos de forma e información]. En *Epistemology and Political Philosophy in Gilbert Simondon. Individuation, Technics, Social Systems* (pp. 21-34). Springer.
- Bardin, A. (2015d). Regulation and Invention: Simondon's Political Philosophy [Regulación e invención: la filosofía política de Simondon]. En *Epistemology and Political Philosophy in Gilbert Simondon. Individuation, Technics, Social Systems* (pp. 217-242) Springer.
- Bardin, A. (2015e). The Object of a Philosophy of Individuation [El objeto de una filosofía de la individuación]. En *Epistemology and Political Philosophy in Gilbert Simondon. Individuation, Technics, Social Systems* (pp. 35-50) Springer.
- Bardin, A. (2019). Simondon et la politique [Simondón y la política]. *Implications Philosophiques*. <https://www.implications-philosophiques.org/simondon-et-la-politique/>
- Bardin, A., Pellarin, S., & Vicenzutto, D. (2009). Creencia y fundación de la identidad comunitaria: Simondon, Nancy y Lacan. *Kath'autón*, 3, 38-45. https://www.academia.edu/4787143/_Creencia_y_fundaci%C3%B3n_de_la_identidad_comunitaria_Simondon_Nancy_y_Lacan_with_S_Pellarin_D_Vicenzutto_Kath_aut%C3%B3n_3_38_45
- Bardin, A., & Carrozzini, G. (2017). Organising invention through technical mentality: Simondon's challenge to the civilization of productivity. *Culture and Organization*, 23(1), 26-33. <http://dx.doi.org/10.1080/14759551.2016.1240400>
- Basabe, J. (1974). *Síntesis del pensamiento de Fromm: individuación, libertad y neurosis*. Nova terra.
- Benamo, M. (2018). *La cultura neguentrópica: el concepto de organización en Gilbert Simondon* [Tesina de licenciatura, Universidad Nacional del Sur]. Repositorio digital institucional. <https://repositoriodigital.uns.edu.ar/bitstream/handle/123456789/4513/Benamo%2c%20María%20Eva.%20Tesina.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Bertalanffy, V. L. (1986). *Teoría general de los sistemas. Fundamentos, desarrollos, aplicaciones* (7 Reimp.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1968).
- Blanco, A. (1995). *Cinco tradiciones en la psicología social*. Ediciones Morata.
- Blanco, J., & Rodríguez, P. (2015). Sobre la fuerza y actualidad de la teoría simondoniana de la información. En J. Blanco, D. Parente, P. Rodríguez, & A. Vaccari (Coords.), *Amar las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*. Prometeo Libros.

- Canguilhem, G. (1971). *Lo normal y lo patológico*. Siglo Veintiuno Editores.
- Carmona Otálvaro, J. G. (2019). Sistemas sociales y psíquicos. Relación entre Niklas Luhmann y Gilbert Simondon. En L. M. Gil Congote (Ed.), *Individuación –Fenomenología y Psicología–* (pp. 151-168). Editorial Aula de Humanidades.
- Carmona Otálvaro, J. G., & Perea Palacios, Y. A. (2019). Aprender el mundo. Percepción, imaginación y fantasía. Relaciones entre Husserl y Simondon. En L. M. Gil (Ed.), *Individuación –Fenomenología Y Psicología–* (pp. 187-208). Editorial Aula de Humanidades.
- Castorina, J. A., & Baquero, R. (2005). *Dialéctica y psicología del desarrollo*. El pensamiento de Piaget y Vygotsky. Amorrortu editores.
- Celis Bueno, C., & Schettini, C. (2022). Transindividual Affect: Gilbert Simondon's Contribution to a Posthumanist Theory of Emotions [Afecto transindividual: la contribución de Gilbert Simondon a una teoría posthumanista de las emociones]. *Emotion Review*, 14(2), 121-131. <https://journals.sagepub.com/doi/full/10.1177/17540739221091984>
- Chabot, P. (2013). *The Philosophy of Simondon* [La filosofía de Simondon]. Bloomsbury.
- Combes, M. (2017). *Simondon: una filosofía de lo transindividual*. Cactus.
- Cubero, M., & Rubio Martín, D. (2005). Psicología histórico-cultural y naturaleza del psiquismo. En *Vygotsky en la psicología contemporánea* (pp. 21-46). Miño y Dávila Editores.
- Díaz, A., & Díaz Arboleda, J. (2015). Qué es lo psicosocial. Ocho pistas para reflexiones e intervenciones psicosociales. En J. Moncayo Quevedo & A. Díaz Gómez (Eds.), *Psicología social crítica e intervención psicosocial. Reflexiones y experiencias de investigación* (pp. 57-64). Editorial Bonaventuriana.
- Díaz Guevara, H. H. (2021). Comentarios para una historia crítica del presente: el Paro Nacional de abril de 2021 en Colombia como acontecimiento. *Cambios y Permanencias*, 12(1), 619-645. <https://revistas.uis.edu.co/index.php/revistacyp/article/view/12400>
- Durkheim, E. (1986). *Las reglas del método sociológico* (5 ed.). Morata.
- Espitia, M. A. (2021, 27 de mayo). *El pueblo de Colombia decreta*. <https://universidadsiempreabierta.wordpress.com/articulos-de-opinion-ensayos-2/>
- Fernández Fernández, J. M., & Puente Ferreras, A. (2009). La noción de campo en Kurt Lewin y Pierre Bourdieu: un análisis comparativo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (127), 33-53. <https://n9.cl/ttups>
- Fleck, L. (1986). *La génesis y desarrollo de un hecho científico*. Alianza.
- Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa* (2 ed.). Ediciones Morata.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. Siglo Veintiuno Editores.
- Foucault, M. (1984). Cuidado de uno mismo y conocimiento de uno mismo. En *Hermenéutica del sujeto*. Ediciones de la Piqueta.
- Foucault, M. (1999). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* (27 ed.). Siglo Veintiuno Editores.
- Freud, S. (1976). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas*, Vol. XVIII. Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1921).
- Galeano Marín, M. E. (2012). *Estrategias de investigación social cualitativa*. El giro en la mirada. La Carreta Editores.
- Gil Congote, L. M. (2016). *Psicología, trabajo e individuación*. Editorial San Pablo.
- Gil Congote, L. M. (2017). Individuación, ciencias humanas y humanismo en la teoría de G Simondon. *Revista colombiana de Educación*, (72), 79-98. <https://doi.org/10.17227/01203916.72rce79.98>
- Gil Congote, L. M. (2019). *Psicología de la individuación: perspectiva de un tratado*. Editorial Aula de Humanidades, y Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Fondo Editorial FCSH.
- Gil Congote, L. M. (2021). *Mentalidad democrática y formación*. https://universidadsiempreabierta.wordpress.com/wp-content/uploads/2021/05/mentalidad-democracc81tica-y-formaciocc81n_lina-marcela-gil.pdf
- Gil Congote, L. M., & Vargas Guillén, G. (2019). The Psychology of Individuation as Epistemology [La psicología de la individuación como epistemología]. *Philosophy Today*, 63(3), 659-672. https://www.pdcnet.org/philtoday/content/philtoday_2019_0063_0003_0659_0672
- Gil, L. M., Carmona, J. G., & Londoño, J. D. (En prensa). Enfoque psicosocial: transducción y transindividuación. En *A Máquina Abierta: A mentalidade técnica de Gilbert Simondon*.

- Giral, B. H. (2020). Política. Entre allagmática y cibernética. En L. M. Gil (ed.). *Individuación, tecnología y formación –Simondon: en debate–* (pp. 315-327). Editorial Aula de Humanidades y Universidad de Antioquia.
- Goldstein, J. (1980). *Social Psychology* [Psicología Social]. Academic Press.
- González Rey, F. (2015). Los estudios psicosociales hoy: aportes a la intervención psicosocial. En J. Moncayo Quevedo, & A. Díaz Gómez (Eds.), *Psicología social crítica e intervención psicosocial. Reflexiones y experiencias de investigación* (pp. 21-36). Editorial Bonaventuriana.
- Guba, E., & Lincoln, Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En C. Denman, & J. A. Haro (Comps.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*. El colegio de Sonora.
- Guchet, X. (2010). *Pour un humanism technologique. Culture, technique et société dans la philosophie de Gilbert Simondon* [Hacia un humanismo tecnológico: cultura, tecnología y sociedad en la filosofía de Gilbert Simondon]. Presses Universitaires de France.
- Heredia, J. M. (2012, julio-diciembre). Los conceptos de afectividad y emoción en la filosofía de Gilbert Simondon. *Revista de Humanidades*, (26), 51-75. <https://www.redalyc.org/pdf/3212/321227327003.pdf>
- Heredia, J. M. (2015, julio-septiembre). Lo psicosocial y lo transindividual en Gilbert Simondon. *Revista Mexicana de Sociología*, 77(3), 437-465. <http://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v77n3/v77n3a4.pdf>
- Heredia, J. M. (2016, enero-diciembre). La invención de la individuación a la luz de una problemática histórico-epistemológica. *Páginas de filosofía*, 17(20), 59-82. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5827599>
- Heredia, J. M. (2017). *Simondon como índice de una problemática epocal* [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires]. Repositorio digital institucional. http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/4636/uba_ffyl_t_2017_30629.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Heredia, J. M. (2018a). El carácter problemático y auto-problemático del individuo según Simondon. *Revista de Psicología. Universidad de Antioquia*, 10(1), 45-68. <https://doi.org/10.17533/udea.rp.v10n1a02>
- Heredia, J. M. (2018b). Forma e individuación: Simondon y la Gestaltpsychologie. *Eidos*, (29), 366-399. <https://www.redalyc.org/journal/854/85458929015/html/>
- Heredia, J. M. (2019, enero-junio). Sobre la lectura y conceptualización simondoniana de la cibernética. *Tópicos, Revista de Filosofía*, 56, 273-310. <https://orcid.org/0000-0002-4363-9811>
- Heredia, J. M., & Rodríguez, P. E. (2017). Prólogo ¿En qué se reconoce el Simondonismo? En M. Combes, *Simondon: una filosofía de lo transindividual*. Cactus.
- Herrera, D. (2002). *La persona y el mundo de su experiencia. Contribuciones para una ética fenomenológica*. Universidad de San Buenaventura.
- Hoyos, C. (2000). *Un modelo para investigación documental. Guía teórico práctica sobre construcción de estados del arte*. Señal Editora.
- Kuhn, T. (2006). *La estructura de las revoluciones científicas* (3 ed.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1962).
- Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan, Libro II. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1964*. Paidós.
- Lenartowicz, M., Weinbaum, D., & Braathen, P. (2016). The Individuation of Social Systems: A Cognitive Framework [La individuación de los sistemas sociales: un marco cognitivo]. *Procedia Computer Science*, 88, 15-20. <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1877050916316568>
- Lewin, K. (1978). *La teoría del campo en la ciencia social*. Paidós.
- Lewin, K. (1983). Der Begriff der Genese in Physik. Biologie und Entwicklungsgeschichte [El concepto de génesis en física. Biología e historia evolutiva.]. En C. F. Graumann (Ed.), *Kurt Lewin Werkausgabe* (Vol. 2). Hans Huber.
- Lewkow, L. (2017). *Luhmann, intérprete de Husserl. El observador observado*. Miño y Dávila Editores.
- Londoño, J., & Mena, K. (2020). Individuación, método genético y acción. En L. M. Gil (Ed.), *Individuación, tecnología y formación –Simondon: en debate–* (pp. 249-262). Editorial Aula de Humanidades y Universidad de Antioquia.
- Lopera Echavarría, J. D. (2012, enero-junio). Salud mental y sabiduría práctica. Un intento de integración y aproximación conceptual. *Tesis Psicológica*, (7), 60-75. <https://www.redalyc.org/pdf/1390/139025258009.pdf>

- Lopera Echavarría, J. D., Manrique Tisnés, H., Zuluaga Aristizábal, M., & Ortiz Vanegas, J. (2010). *El objeto de la psicología: el alma como cultura encarnada*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Lopera, J. D. (1999). *La ética*. (Inédito).
- Luhmann, N. (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Anthropos, Universidad Iberoamericana y CEJA.
- Luhmann, N. (2006). *La sociedad de la sociedad*. Editorial Herder.
- Maldonado, C. (2011). *Termodinámica y complejidad. Una introducción para las ciencias sociales y humanas*. Ediciones Desde Abajo.
- Maldonado, C. (2016). *Complejidad de las ciencias sociales. Y de otras ciencias y disciplinas*. Ediciones Desde Abajo.
- Manrique, H., Lopera, I., Pérez, J., Ramírez, V., & Henao, C. (2016). El sujeto: De la institución a la organización. En *Clínica analítica de las organizaciones*. Editorial San Pablo.
- Mardones, J. M. (2012). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*. Materiales para una fundamentación científica. Anthropos.
- Maturana, H., & Varela, F. (1973). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Editorial Universitaria.
- Mead, G. (1972). *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós.
- Mead, G. (1974). *Mind, Self and Society* [Mente, yo y sociedad]. University of Chicago Press.
- Merton, R. (1964). *Teoría y estructura sociales*. Fondo de Cultura Económica.
- Merton, R. (1980). Sobre las teorías sociológicas de alcance intermedio. En *Teoría y estructura sociales* (pp. 39-72). Fondo de Cultura Económica.
- Monje, C. A. (2011). *Metodología de la investigación cualitativa y cuantitativa. Guía didáctica*. Universidad Surcolombiana.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria*. Paidós.
- Morán Reyes, A. (2015). Revisión del problema de Wiener o del estatus ontológico de la información. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 38(1), 65-78. <http://www.scielo.org.co/pdf/rib/v38n1/v38n1a5.pdf>
- Moreno Carmona, N., & Bohórquez Marín, O. (2015). Lo psicosocial como categoría transdisciplinar. En J. Moncayo Quevedo, & A. Díaz Gómez (Eds.), *Psicología social crítica e intervención psicosocial. Reflexiones y experiencias de investigación* (pp. 65-84). Editorial Bonaventuriana.
- Moreno, M., & Moncayo, J. (2015). Abordaje psicosocial. Consideraciones conceptuales y alternativas de análisis en el escenario de atención a víctimas del conflicto armado. En J. Moncayo Quevedo, & A. Díaz Gómez (Eds.), *Psicología social crítica e intervención psicosocial. Reflexiones y experiencias de investigación* (pp. 37-56). Editorial Bonaventuriana.
- Nussbaum, M. (2014). *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Paidós.
- Obregón, D. (2002). La construcción social del conocimiento: Los casos de Kuhn y de Fleck. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 3(7), 41-58. <https://www.redalyc.org/pdf/414/41400702.pdf>
- Quecedo, R., & Castaño, C. (2003). Introducción a la metodología de investigación cualitativa. *Revista de Psicodidáctica*, (14), 5-40. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17501402>
- Ramírez, C. (2012). *La vida como un juego existencial. Ensayitos*. Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Ramírez Gómez, C., Lopera Echavarría, J. D., Zuluaga, M., & Ortiz, J. (2017). *El método analítico. Volumen I: Formalización teórica*. Editorial San Pablo.
- Red Latinoamericana de Estudios Simondonianos. (2021, 28 de octubre). *Ressonâncias* [Resonancias] [Video]. <https://youtu.be/KSDj8P9fNyo>
- Rodríguez, P. (2007). Prólogo. El modo de existencia de una filosofía nueva. En G. Simondon, *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Prometeo.
- Rodríguez, P. (2016). La transindividualidad de Simondon: la coyuntura latinoamericana entre la política, la técnica y la afectividad. *Demarcaciones. Dossier Gilbert Simondon: repercusiones y perspectivas*, (4), 155-161. https://revistademarcaciones.cl/wp-content/uploads/2023/N4_2016/12.Rodríguez.pdf
- Sánchez-Mateos, J. (2006). Psicología en crisis. Metodología dogmática. Encuentros y desencuentros. *Anuario de Psicología*, 37(1-2), 7-26. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=97012824001>
- Sherif, M. (1963). Social Psychology: Problems and Trends in Interdisciplinary Relationships [Psicología social: problemas y tendencias en las relaciones interdisciplinarias]. En S. Koch (ed.), *Psychology: A*

- study of a science*. Wiley.
- Simondon, N. (s.f.). *Gilbert Simondon. Site d'information sur l'œuvre et les publications* [Gilbert Simondon. Sitio web con información sobre su obra y publicaciones.]. <http://gilbert.simondon.fr/content/biographie>
- Simondon, G. (2007). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Prometeo.
- Simondon, G. (2009). *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*. Cactus y La Cebra.
- Simondon, G. (2012). *Curso sobre la percepción (1964-1965)*. Cactus.
- Simondon, G. (2013). *Imaginación e invención (1965-1966)*. Cactus.
- Simondon, G. (2015a). Forma, información y potenciales. En *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información* (2 ed.). Cactus.
- Simondon, G. (2015b). La amplificación en los procesos de información. En *Comunicación e información: cursos y conferencias*. Cactus.
- Simondon, G. (2015c). *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información* (2 ed.). Cactus.
- Simondon, G. (2017). *Sobre la técnica (1953-1983)*. Cactus.
- Simondon, G. (2018). *Sobre la filosofía (1950-1980)*. Cactus.
- Simondon, G. (2019). *Sobre la psicología (1956-1967)*. Aula de Humanidades, Cactus.
- Simondon, G., & Le Terrier, F. (1957). La psychologie moderne. En M. Doumas (Dir.), *Histoire de la science - Des origines au XX^e siècle*. Gallimard.
- Stein, M. (2006). El dúplice movimiento de la individuación. En *El principio de individuación. Hacia el desarrollo de la consciencia humana*. Luciérnaga.
- Tamayo, N. (2021, 21 de noviembre). ¿En qué van los proyectos que nacieron del paro nacional? *El Espectador*. <https://n9.cl/vq4se>
- Tarde, G. (1903). *The laws of imitation* [Las leyes de la imitación]. Henry Holt and Company.
- Uribe, J. (2011). La investigación documental y el estado del arte como estrategias de investigación en ciencias sociales. En P. Páramo (Ed.). *La investigación en ciencias sociales*. Universidad Piloto.
- Valsiner, J., & Veer, R. (2006). Desde el gesto hasta el self: perspectivas comunes en las Sociopsicologías de George Mead y Lev Vygotsky. En D. Páez, & A. Blanco (Eds.), *La teoría sociocultural y la Psicología social actual* (pp. 63-75). Fundación Infancia y Aprendizaje.
- Vargas, E. (2021, 27 de mayo). *De la inmanencia a la trascendencia: Sociedad civil y estado como pregunta abierta para la teoría de estado*. <https://universidadsiempreabierta.wordpress.com/articulos-de-opinion-ensayos-2/>
- Vargas, G. (2019). *La validez. El problema del método en G. Simondon*. Editorial Aula de Humanidades.
- Vargas, G. (2021). *¿Cómo seguir con esto? –Más allá del paro–* <https://universidadsiempreabierta.wordpress.com/articulos-de-opinion-ensayos-2>
- Vargas Guillén, G., & Gil Congote, L. M. (2015). Excelencia, excedencia e individuación: el problema de la formación como despliegue de tecnicidad. *Revista Colombiana de Educación*, (68), 65-90. <http://www.scielo.org.co/pdf/rcde/n68/n68a04.pdf>
- Villa, D. F., & Londoño, J. D. (2019). Bases sociales de la individuación psíquica en la obra de G. H. Mead y G. Simondon. En L. M. Gil (Ed.), *Individuación –Fenomenología Y Psicología–* (pp. 127-149). Editorial Aula de Humanidades.
- Virno, P. (2011). *Ambivalencia de la multitud: entre la innovación y la negatividad* (2 Ed.). Tinta Limón.
- Vygotsky, L. S. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Crítica.
- Vygotsky, L. S. (1981). The genesis of higher mental functions [La génesis de las funciones mentales superiores]. En J. V. Wertsch (Ed.), *The concept of activity in Soviet Psychology* (pp. 144-188). Sharpe.
- Watkins, J. W. (1955). Methodological Individualism: A reply [Individualismo metodológico: una respuesta]. *Philosophy of Science*, 22(1), 58-62. <https://www.jstor.org/stable/185771>
- Wundt, W. (1982). Objetos, divisiones y método de la psicología. En J. Gondra Rezola (Coord.). *La psicología moderna. Textos básicos para su génesis y desarrollo* (pp. 181-196). Creset.

